LOAN

FLAMMARION

EL MUNDO
DE LOS SUEÑOS

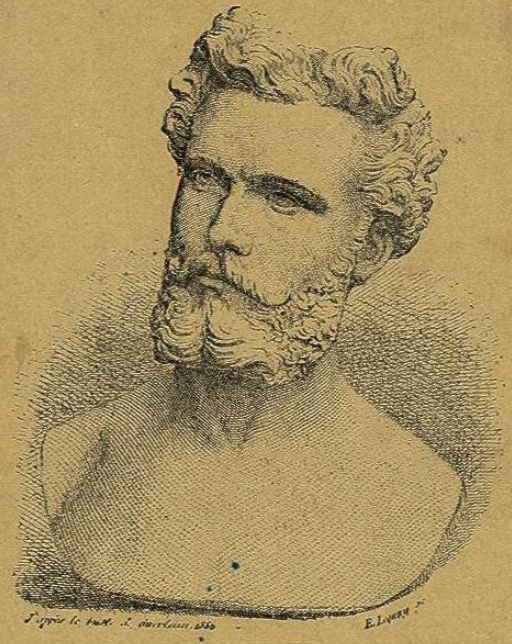
BF1078
F5

R. C.

1020024857

EL MUNDO

DE LOS SUEÑOS



CAMILO FLAMMARIÓN

CAMILO FLAMMARIÓN

EL MUNDO

DE LOS SUEÑOS

Traducción de F. SARMIENTO

CONTINUACIÓN DE

LO DESCONOCIDO Y LOS PROBLEMAS PSÍQUICOS

BIBLIOTECA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LIBRERIA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
[illegible] 14

1901

Propiedad del Editor.

88733

29499

840
F.
BF 1078
F5

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

I

LA TELEPATÍA EN LOS SUEÑOS.

Diversidad indefinida de los sueños. — Fisiología cerebral. — Sueños psíquicos. — Manifestaciones de moribundos percibidas durante el sueño. — La telepatía en los sueños.

Los fenómenos psíquicos de que hemos hablado en el tomo anterior, pueden producirse durante el sueño lo mismo que en el estado de vigilia. Hasta hoy el sueño y los ensueños han sido estudiados mucho y por gran número de observadores perspicaces, pero hay que confesar que todavía no han sido conocidos completamente.

El sueño no es un estado excepcional en la vida, sino una función normal de nuestra existencia orgánica, de la que es, próximamente, la tercera parte. El hombre ó la mujer que ha vivido sesenta años, ha dormido veinte, poco más ó menos. Las horas de sueño, unas tres mil al año, son, sin contradicción, horas de reposo y de reparación vital para el cerebro como para los demás miembros aletargados, pero no son horas de muerte. Nuestras facultades intelectuales permanecen en actividad, con la única diferencia de que entonces

840
F.
BF 1078
F5

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

I

LA TELEPATÍA EN LOS SUEÑOS.

Diversidad indefinida de los sueños. — Fisiología cerebral. — Sueños psíquicos. — Manifestaciones de moribundos percibidas durante el sueño. — La telepatía en los sueños.

Los fenómenos psíquicos de que hemos hablado en el tomo anterior, pueden producirse durante el sueño lo mismo que en el estado de vigilia. Hasta hoy el sueño y los ensueños han sido estudiados mucho y por gran número de observadores perspicaces, pero hay que confesar que todavía no han sido conocidos completamente.

El sueño no es un estado excepcional en la vida, sino una función normal de nuestra existencia orgánica, de la que es, próximamente, la tercera parte. El hombre ó la mujer que ha vivido sesenta años, ha dormido veinte, poco más ó menos. Las horas de sueño, unas tres mil al año, son, sin contradicción, horas de reposo y de reparación vital para el cerebro como para los demás miembros aletargados, pero no son horas de muerte. Nuestras facultades intelectuales permanecen en actividad, con la única diferencia de que entonces

obra lo *inconsciente* y no nuestra lógica consciente del estado de vigilia.

Lo mismo que se piensa sin cesar en una cosa ó en otra, así durante el sueño parece como que se sueña constantemente. El ensueño es la imagen de la vida. Las personas cuyas ideas son fuertes y cuyos pensamientos son poderosos, tienen sueños intensos. Las que piensan poco, sueñan débilmente. Hay tantos sueños como ideas y todas las clasificaciones intentadas hasta ahora han sido vanas é ilusorias.

No se recuerdan siempre los sueños, así como tampoco nos acordamos de las tres cuartas partes de los pensamientos que han atravesado nuestro cerebro durante el día.

Para coger al vuelo un sueño es preciso despertar muy de pronto y fijar en él vivamente la atención, pues nada se borra tan fácilmente como el recuerdo de un sueño. En general, basta un segundo ó dos, y si no se le fija en seguida, se desvanece... como un sueño. Gran número de autores aseguran que no se sueña más que por la mañana antes de despertarse ó por la noche al dormirse. Sin embargo, basta despertarse ó despertar á cualquiera á una hora indeterminada de la noche, para observar que se está soñando. Se asegura también que el sueño es producido por el acto de despertar, pero esto no es siempre exacto, seguramente, porque somos á veces muy felices al librarnos de una pesadilla y hay sueños tan violentos que nos obligan á despertar.

La cuestión, pues, del sueño completo, ó sea del

reposo absoluto del espíritu, no me parece resuelta.

En general se sueña con las cosas en que nos ocupamos y con las personas que conocemos. Hay, sin embargo, excepciones muy extraordinarias y los pensamientos más intensos de día no tienen á veces ninguna resonancia durante el sueño que sigue. Las células cerebrales que se han empleado en ellos se quedan agotadas y en reposo, lo que es algunas veces muy agradable. Por otra parte, el tiempo y el espacio desaparecen por completo y los acontecimientos de muchas horas y aun de muchos días pueden desarrollarse en un segundo. Podemos encontrarnos muchos años atrás y aun en nuestra infancia, y con personas muertas hace mucho tiempo, sin que esos lejanos recuerdos parezcan debilitados. En sueños, encontramos sin asombro personas de otros siglos. También se puede soñar con cosas que nunca han sucedido y que hasta son imposibles. En sueños se asocian sin la menor verosimilitud las imágenes más extravagantes y más burlescas.

Hay también sueños que proceden de una transmisión hereditaria.

Fuera del espíritu mismo, obran sobre los sueños mil causas diversas: una digestión difícil, una respiración contrariada, una mala posición del cuerpo, el roce de la sábana ó de la camisa, un enfriamiento, un ruido, una luz, un olor, el tacto de la mano, el hambre, la sed, la plenitud de los tejidos, todo obra sobre los sueños.

Se puede observar, á propósito de esto, una alucinación hipnofágica bastante frecuente, según la cual nos caemos en un agujero, rodamos una escalera ó nos

precipitamos al fondo de un abismo. Esto ocurre generalmente un poco después de quedarnos dormidos, en el momento en que los miembros, al abandonarse enteramente, hacen cambiar de repente, según creo, el sitio del centro de gravedad de nuestro cuerpo. El cambio repentino del centro de gravedad es sin duda lo que origina ese género de sueños.

Cuando nos ocupemos del *Tiempo*, tendremos ocasión de volver á hablar de la asombrosa rapidez de los sueños.

Las actitudes del sueño tienden á un equilibrio pasivo. Todas las actividades sensitivas se obscurecen por grados y el olvido del mundo exterior llega por transiciones insensibles, como si el alma se retirase lentamente hacia sus últimos refugios. Los párpados se cierran y los ojos se duermen los primeros. El tacto pierde sus facultades de percepción y se duerme en seguida. El olfato se desvanece á su vez. El oído permanece el último, como centinela vigilante, para advertirnos en caso de peligro, pero acaba también por dormirse. Entonces el sueño es completo y el mundo de los ensueños se abre ante el pensamiento con su indefinida diversidad.

En la época en que yo frisaba en los veinte años, ó sea de los diez y nueve á los veintitrés, me divertía en observar mis sueños y en escribirlos al despertar con los comentarios que podían explicarlos. Después he seguido, aunque con mucha irregularidad, tomando nuevas notas sobre este asunto. Acabo de encontrar un cuaderno bastante voluminoso, titulado Ονειροι y escrito alternativamente en griego y

en latín, supongo que como diversión. Como subtítulos lleva : γνωστε y εμπερία. En ese volumen había yo sentado ciertas conclusiones que no carecen de interés.

Extraeré de mi cuaderno inédito algunos sueños y algunas reflexiones que me parecen enteramente bien colocadas aquí.

Había yo dejado el Observatorio de París á consecuencia de disentimientos con su director, Le Verrier, y había sido encargado en la Oficina de las Longitudes de los cálculos relativos á las posiciones futuras de la Luna. Soñé que estaba en el *Palais-Royal*, en la galería de Orleáns, en casa del librero Ledoyen, y que M. Le Verrier entraba y compraba mi primera obra : *La Pluralidad de mundos habitados*.

Al verme allí, dijo mirándome « ¿ Es suya? — Sí, señor senador, respondió el librero, y es nuestro mejor éxito de librería. »

Había en el almacén varias personas ; pero todas desaparecían como por encanto y me encontré solo con Le Verrier en un inmenso salón de un hotel.

« ¿Está usted contento en la Oficina de las Longitudes, me preguntó, con los Mathieu, los Laugier y los Delaunay? Mejor haría usted en volver al Observatorio.

— Estoy allí muy bien, contesté. Aquellos cálculos, son más interesantes que las reducciones de observaciones que ustedes hacen.

— Allí no hay porvenir, continuó. En su lugar de usted, entraría en un ministerio.

— M. Rouland ha recibido una recomendación para

que me meta en el de Trabajos Públicos, en la estadística de Francia.

— ¿Rouland? No; Legoix.

— Tiene usted razón. Pues bien, no he aceptado. La astronomía ante todo.

— Sin embargo, lo principal en la vida es tener una buena plaza.

— No estamos en el mundo para comer, sino para alimentar nuestro espíritu con los alimentos que él prefiere.

— Es usted muy desinteresado. ¡No llegará usted á nada!

— No comprendemos la ciencia de la misma manera. Para mí, no es un medio, sino que tiene en ella misma su propio fin.

— Podría dar á usted en el Observatorio un puesto importante, pero sería preciso que dejara usted antes la oficina de las Longitudes y que estuviera yo seguro de que no abandonará más el Observatorio.

— ¿Por qué había de abandonar una posición que realizaría una parte de mis esperanzas?

— Lo que usted llama la filosofía astronómica es una quimera. La astronomía es el cálculo.

— El cálculo es su base; nada más.

— Ya hablaremos », añadió volviéndome la espalda y dirigiéndose hacia una mampara que conducía, me pareció entonces, al departamento que ocupaba en el hotel.

Me desperté; eran las siete.

Este sueño se explica muy fácilmente por mis preocupaciones de esta época. El ilustre astrónomo guarda en él el carácter que yo le conocía. El nombre de Rouland, ministro de Instrucción pública, sustituyendo al de Rouher, ministro de Trabajos públicos, pudo tener por causa la semejanza de los dos nombres y el hecho de que yo veía con más frecuencia este nombre que aquel. M. Legoix era entonces jefe de la sección de Estadística y se había tratado, en efecto, de que yo entrase en ella. Le Verrier mostraba siempre un profundo desdén hacia la Oficina de las Longitudes. Mi sueño fué, pues, sencillamente, el reflejo, el eco, de pensamientos reales, y es bastante razonable. Todos los tenemos que lo son mucho menos. He aquí uno que termina de un modo raro.

Encuentro á mi amigo el doctor Eduardo Fournier, el cual me acusa de no haber ido á verle hace mucho tiempo y añade : « Estos reproches no vienen solamente de mí, sino también de la señorita A... que se queja de la indiferencia de usted, porque no ha ido á bailar con ella en el baile de la señora de F... Se ha enfadado mucho porque le han dicho que había usted ido á otro baile, y su pena, que no podía confiar á nadie, ha producido á esa pobre niña una *fiebre cerebral*.

« Un estudiante de medicina, joven cirujano, la ha cuidado y ha conseguido salvarla. Y no sólo ha logrado curar la fiebre, sino también la causa de la enfermedad, pues en cuanto vió el *haba conyugal*, se enamoró apasionadamente, fué correspondido y ahora es á él á quien ama. Está ya en plena convalecencia. »

En la nota adjunta á este sueño había yo escrito : « Conocía á la señorita A..., sentía por ella una viva admiración y le había dedicado mi romanza « *¡Si su-*

pieras! » ; pero no había creído en una reciprocidad de su parte. En casa del doctor Fournier había conocido á un joven cirujano de *Val-de-Grâce*, elegantemente vestido, que me pareció que hacía la corte á aquella señorita, lo que me hizo retirarme por despecho. El sueño no fué, pues, más que una asociación de ideas habituales. La expresión *haba conyugal* es curiosa porque parece una deformación de la consonancia *fiebre cerebral*, y recuerda por lo extravagante la metamorfosis en el sueño precedente de Rouher en Rouland. Se ve que las células del cerebro trabajan en este caso obscuramente y en una especie de inconsciencia. Acaso también, colocándose en la situación del sueño, se podría encontrar otra relación de imágenes que diera nacimiento, en una actividad cerebral inconsciente y rápida, á esa singular expresión...

En otro sueño me encontré en las últimas filas de un ejército en batalla. Las balas pasaban á mi lado y enormes granadas se sucedían, pero *sin ruido alguno*. Yo veía venir las balas y me volvía á la derecha ó á la izquierda según su dirección, pero empezaron á llegar con tan cortos intervalos, que creí lo mejor no molestarme, pues al evitar una podía ponerme al alcance de otra.

Entonces pensé : « ¡ Pero qué brutos son los hombres para divertirse así ! ¿ No tendrían nada mejor que hacer? »

La explicación de este sueño es también muy sencilla. Quince días antes había jugado la suerte de soldado y obtenido un mal número. Lo más curioso

acaso son esas balas inofensivas que llegaban sin ruido y á las que se veía llegar.

Otro sueño.

Estábamos varias personas en una plaza pública, y en el aire, sobre nosotros, un inmenso globo parecía luchar desesperadamente contra el viento. De pronto se volvió completamente, con la cesta hacia arriba, y toda la gente se reunió esperando ver caer al aeronauta. Pero se vió lanzarse al espacio un paracaídas y el aeronauta descendió sano y salvo.

Este sueño es raro, pues difícilmente se concibe que un globo pudiera volverse de tal modo. Se ven en sueños cosas irracionales y que no pueden suceder. Hacía varias semanas que Mr. de Landelle estaba anunciando la salida de un globo monstruoso.

Soñé otra vez que varias mujeres se acercaban á mí en la calle. Una de ellas, la última, era notablemente joven y graciosa, y me volví para verla. Pero de pronto oí que muchas personas decían : « ¡ Es el presidente ! ¡ Es el presidente ! ». Tuve vergüenza y seguí mi camino.

Era yo entonces presidente de una modesta sociedad de jóvenes que consagraban sus ocios á la literatura, y obré en sueños como lo hubiera hecho despierto.

El 5 de Octubre de 1863, la señorita K. D... me contó que había soñado que me veía en el cielo, al otro lado de la luna, con un compás de oro en la mano, midiendo desconocidas grandezas. De pronto bajé rápidamente hacia ella á decirle que había allí un nuevo planeta que nadie conocía aún.

El mismo día recibí el número 1439 de los *Astronomische Nachrichten*, por el que supe que se acababa de descubrir un nuevo planeta. Nadie lo sabía aún en Francia y yo lo anuncié al otro día en el *Cosmos*.

No hubo allí, sin duda, más que una simple coincidencia.

Hacia aquella misma fecha escribí en mi cuaderno la nota siguiente :

« El doctor Hoefer, director de la *Biographie générale* que se publica en casa de Didot, me decía ayer que los sueños representan operaciones del alma complejas y difíciles de determinar. En el artículo : « Humboldt » había puesto que Alemania podía estar orgullosa de dos grandes hombres, muy diferentes en su genio ; Federico el Grande y Alejandro de Humboldt. Este, al que Hoefer envió una prueba, le escribió para suplicarle de rodillas que suprimiera esa comparación, pues se creía demasiado pequeño para ser llamado genio en el país de Leibniz, y demasiado adicto á las ideas de libertad para que se le pusiera á la par de Federico.

« El doctor Hoefer fué descuidando de día en día el responder á esa carta, hasta que supo la muerte del ilustre sabio.

Unos dos meses después soñó que se encontraba en un inmenso y espléndido salón, brillantemente decorado, en el cual un auditorio escuchaba atentamente á un orador. Ese orador era él mismo. Pero he aquí que paseando una mirada por el público, reconoció á su amigo Humboldt. « ¡Calla! exclamó de repente, interrumpiendo su discurso; ¿ *Es usted ?* Me habían dicho que se había usted muerto. »

—No, querido, respondió Humboldt con su sonrisa habitual, ha sido una broma. He hecho correr el rumor de que me había muerto, pero ya ve usted que no es verdad. »

Este sueño es también un resultado de las preocupaciones habituales y Humboldt muerto tiene en él su razón de ser.

Asistí en una ocasión á una sesión de espiritismo, en la cual M. Mathieu, decano de la Oficina de las Longitudes y de la Academia de Ciencias (cuñado de Arago) era *medium*. Me trajeron la cabeza de mi padre, muy hermosa, como si fuera de marfil ó de cera, y aquel cuadro no me impresionó absolutamente, pues mi padre, bien vivo en este sueño, como lo estaba en realidad, asistía á aquella exhibición y no quería creer en ella.

Este sueño debe ser clasificado entre los absurdos más estupendos.

Otra vez soñé que salía del Observatorio donde estaba la sección de cálculos de la oficina de las Longitudes (falso : estaba entonces en la calle de *Notre-Dame-des-Champs*), en la que acababa yo de brindar « á la caída de M. Le Verrier » ; atravesé un patio gótico de la edad media, que no existe, y fuí á *Montrouge*, donde vi las fortificaciones de la ciudad de Langres y su extenso paisaje.

Asociaciones de ideas y de imágenes contradictorias.

En una ocasión vi en sueños muchos hombres que

pasaban volando por la calle de Rívoli, y entre ellos mi tío Carlos, que llegaba con ellos de América.

En 1864, estaba yo preparando mi segunda obra : *Los Mundos imaginarios*, en la que se trata de los hombres que vuelan ; y en las sesiones de espiritismo se leían comunicaciones firmadas por aquel tío Carlos, que no había muerto en aquel entonces.

Después del baile de la Ópera, la orquesta continúa tocando, los bailes no cesan, las aventuras y las intrigas seguían como en realidad.

Sensaciones de la víspera que continúan.

Un magnífico día pasado en Atenas. Estaba yo haciendo un pequeño viaje y llegué allí por casualidad antes de la salida del sol. Me encontraba en el Acrópolis viendo un magnífico panorama y andaba errante entre las tumbas, los monumentos de mármol blanco y las estatuas yacentes.

Pura imaginación.

M. Le Verrier figuraba con frecuencia en mis sueños. Decididamente me ocupaba más de él de noche que de día. Aquella noche estaba en el pabellón del guarda del Observatorio. Era múy tarde. La señora de Le Verrier fué á buscarme y me habló con toda la amabilidad del mundo. Nos paseamos por los jardines y me aseguró que su marido se alegraría mucho de verme, que me daría un instrumento para mí solo para observar cuando yo quisiera, y que sería independiente, cosas todas inverosímiles é imposibles.

Diez años después eso fué precisamente lo que ocurrió. M. Le Verrier puso á mi disposición el gran

ecuatorial para mis medidas de estrellas dobles. Pero no se trata por eso de un sueño premonitorio. Las asociaciones de ideas la explican completamente.

He aquí un fragmento de carta que he dudado si debía insertar, pues muchos sueños, seguramente no pueden ser publicados, pero que, sin embargo, me parece que debe ser leído. Tenía yo un camarada llamado Sazin.

« Al volver el otro día de tu casa, me escribió, no tuve encuentro alguno que pudiera dar origen á lo que soñé aquella noche. Hacia la una y media me dormí y soñé que estaba contigo en el *boulevard*. Pasó una mujer de costumbres ligeras á la que yo conocía, y fué abordada por un hombre que se marchó con ella. Los seguí, siempre en sueños, y permanecí en el cuarto como espectador invisible. El hombre era alto y rubio, con aspecto de inglés. Yo no le conocía. Cuál fué mi sorpresa cuando, por la mañana y ya bien despierto, vi salir del número 68 de la calle de la Victoria aquella misma mujer con el mismo hombre. »

El caso es interesante, sin probar nada. No es imposible que, sin darse cuenta, el autor hubiera ya encontrado á aquel señor rubio en su barrio, ó acaso aquella misma noche, cerca de la mujer. El sueño pudo asociarlos, lo que no deja de ser curioso como coincidencia.

Una vez encontré en el jardín del Luxemburgo á M. Desains, miembro del Instituto, profesor de la Sorbona y físico del Observatorio. Mi amigo me dijo que estaba escribiendo una obra sobre los *hombres de los planetas*, que sería una reproducción de la teoría de Wolff, según la cual la estatura de los seres está en

proporción con la dimensión de los ojos y éstos en proporción con la dilatación de la retina, la cual está en proporción inversa con la intensidad de la luz, de tal modo que en nuestro sistema solar los habitantes de Mercurio serían los más pequeños y los de Neptuno los más gigantescos.

Le respondí que esa hipótesis no era fundada, porque los elefantes tienen los ojos pequeños con relación á su tamaño, mientras que el mochuelo los tiene grandes y no es nada gigantesco.

« Para usted es para quien yo trabajo, añadió; usted hará de ello lo que quiera. »

La explicación de este sueño está igualmente en mis investigaciones astronómicas y fisiológicas de aquella época.

Si recuerdo unos cuantos sueños de estos es porque su estudio está lejos de ser extraño á la psicología y á los problemas que nos ocupan. Acaso también nuestras conclusiones ofrecerán más de una aplicación cuando lleguemos al espiritismo.

Soñé en una ocasión que estaba en una alta montaña, cuando pasó graznando una bandada de cuervos, los cuales se despojaron de su piel, como las orugas y las crisálidas, y dejaron caer á mi alrededor sus envolturas, que, con gran asombro mío, no parecían ya cuervos, sino cabezas apergaminadas de orangután. El astrónomo Babinet, que estaba allí, se llenó de ellas los bolsillos.

La explicación de este sueño es muy sencilla. El día antes había yo estado estudiando detenidamente, en el

atlas celeste de Flamsteed, la constelación del Cuervo. El sabio Babinet no tenía nada de hermoso. Su cara, como la de Littré, hacía pensar en el origen simiesco de la especie humana.

Al despertarme una mañana, oí pronunciar este nombre : « Señorita de Arquier. » Ahora bien, el día anterior había yo escrito en el *Cosmos* que la nebulosa perforada fué descubierta por Arquier en 1779.

En el mismo cuaderno figuran las reflexiones siguientes :

« Casi todos mis sueños tienen en este momento por objeto á la mujer más hermosa que he encontrado en el mundo ; la señora S. M.

« El que conoce los sueños de una persona conoce sus sentimientos.

« Sucede con frecuencia, sin embargo, que los pensamientos dominantes del día entran por mucho en los sueños, pero no los llenan por completo como durante la vigilia, pues se mezclan con ellos otras impresiones muy inesperadas y somos á veces en sueños lo contrario de lo que somos en realidad. Hay en ellos verdad y mentira. Así pues, juzgando según los sueños nos expondríamos á juzgar mal.

« M. Didier, el editor, me dice que ordinariamente tiene conciencia de sus sueños y sabe perfectamente que lo que hace en ellos no es verdad.

« No hace mucho tiempo, me dijo, me encontré en sueños en un salón al lado de una mujer elegante y muy apetecible. La cogí en mis brazos, la besé y ella me dejó hacer delante de todo el mundo que nos estaba

mirando, pero yo me decía : « *Me da lo mismo, porque estoy soñando* ». Y en efecto, obré como si estuviera solo, desdeñando todas aquellas miradas que no existían.

El mismo me contó un día que había soñado que le perseguía un malhechor y que á punto de ser alcanzado, se dijo á sí mismo : « Para escaparme, no tengo más que acabar este sueño, y despertarme ». Y se despertó.

Leo en mi cuaderno :

« Había yo ido al castillo de Compiegne, en el que M. Filon, preceptor del príncipe imperial, me habló de Home, á quien yo no conocía aún. Comí y me acosté en el colegio, y el director, M. Paradis, me contó un sueño que merece ser consignado. Dormía profundamente y soñó que una gruesa y asquerosa araña trepaba por él y le llegaba al pecho. Su horror fué tal que se despertó sobresaltado. Su mujer, que le estaba observando, le preguntó qué le sucedía para despertarse tan de pronto, y él le contó su pesadilla. La señora de Paradis extendió la mano y encontró en la colcha una araña de gran tamaño. »

Es probable que el durmiente recibiera al dormir la impresión del paso de la araña por su mano ó por su cuello, y que esa impresión determinara el sueño.

Yo soñé en cierta ocasión que echaba sangre por las narices, lo que no me sucede nunca ó casi nunca. Por la mañana, al despertarme, observé que tenía un poco de sangre en las fosas nasales.

Esta fué igualmente una impresión causada por una sensación física.

Otro sueño.

Me encontraba en el cráter de un volcán, en París, ó en los alrededores. No sé lo que había sucedido con un transeunte, pero ello es que yo le hablaba con altanería y el sombrero puesto, y le rogaba que siguiese su camino sin decirme ni una palabra. De repente, en el fondo de la caverna, una dulce y resplandeciente claridad inundó las entrañas del volcán, y vi abrirse unas maravillosas minas de cristal que se desarrollaban en brillantes estalactitas. El suelo no temblaba. De ese suelo salieron unas sombras cubiertas con capuchones de frailes y hábitos de estameña. Un ligero movimiento de terror se apoderó de mí, pero pronto pude dominarme y esperar con calma que uno de aquellos aparecidos estuviese cerca de mí. Yo era allí solo del mundo de los vivos y no tuve miedo, porque estaba dominado por el más ardiente deseo de interrogar á aquellas sombras sobre el otro mundo, á fin de tener por fin la certeza á que aspiraba. En cuanto uno de aquellos muertos estuvo á mi lado, le supliqué me dijese si realmente volvía de la mansión de los muertos, si todos los hombres revivían en ella y si era aquel un mundo positivo y definido como el de los vivos. Iba á responderme cuando la escena cambió de aspecto y en lugar de las columnas irregulares de cristal natural que se veían en el fondo, se pusieron en movimiento de abajo arriba y de arriba abajo unas sustancias desconocidas, límpidas, transparentes y adornadas de los más ricos matices. Aquello era espléndido. Una hermosa luz alumbraba aquellos

colores. Las sombras continuaban paseándose tranquilamente. La tierra no temblaba y la majestad de aquel espectáculo no era turbada por nada desagradable. Sin embargo, se apoderó de mí la idea del fin del mundo y sentí que las palabras expiraban en mis labios. Pronto perdí hasta el deseo de hacer las preguntas precedentes, pues pensé que de un momento á otro pasaría sin sacudida del estado de ser viviente en que me encontraba al estado de ultratumba á que pertenecían los que me rodeaban.

Una nota que sigue á este sueño parece explicarle. Dice así:

« Pienso mucho en el más allá hace algún tiempo y en la posibilidad de creaciones diferentes á esta en que vivimos. »

Soñé otra vez que estaba en la librería académica Didier, en la que he publicado mis primeras obras; *La Pluralidad de mundos habitados*, *Los Mundos imaginarios*, *Dios en la Naturaleza*, etc., y que encontré allí á Cousin, Guizot, de Barante, de Montalembert, Lamartine, Maury, Mignet, Thiers, Caro, á quienes, en efecto, he encontrado allí algunas veces. Juan Reynaud, Enrique Martin y Charton, á quienes conocía más particularmente, me habían detenido un instante en la puerta y me habían rogado que no estuviese allí más tiempo, porque había reunión al lado, en el *Magasin Pittoresque*. Didier me dijo en cuanto llegué: « Venga usted conmigo á las Tullerías; hoy toca la música de la Guardia ». Dejamos á todos en la librería y nos fuimos. « ¿ No tiene usted ya á su

empleado Maindron ? le pregunté en el camino. — No — ¿ No piensa usted reemplazarle? — ¡ Si estuviese seguro de encontrar un joven laborioso é inteligente ! — Tengo uno que proponer á usted. — ¿ Verdaderamente? — Sí, mi hermano. Es muy joven ; tiene cuatro años menos que yo. Le gusta el comercio y estoy seguro de que se arreglará bien con la librería — Pues bien ; que venga. »

Llegamos á las Tullerías. Las sillas estaban llenas de gente y tratamos de introducirnos. El emperador, que estaba sentado en una silla, se levantó y se la ofreció á Didier, diciéndole : « ¿ Qué ha sido de Maury, que ya no se le ve? — Señor, respondió el editor, están todos en este momento en mi librería preparando un golpe de Estado. » En este momento la escena cambió á mis ojos para dejar el sitio á un valle del Alto Marne, enfrente de Bourmont, y á un arroyo en cuya orilla jugaba yo de pequeño con mi hermano.

Este sueño se explica por asociaciones de ideas muy sencillas. Había yo, en efecto, hecho entrar á mi hermano como empleado en la librería Didier. Algunos días antes de este sueño había comido y dormido en casa del historiador Enrique Martín, donde se había hablado del golpe de Estado, y el recuerdo de los autores á quienes había encontrado más de una vez en el muelle de los Agustinos había despertado todas esas reminiscencias. M. Maury era bibliotecario del emperador y almorzaba frecuentemente con él. La idea de que todos esos autores se encontraran el mismo día en la librería es enteramente inverosímil ; la de que el

emperador estuviese sentado en una silla oyendo música, es absurda. Pero en los sueños todo parece natural.

Soñé después que M. Didier no había muerto y que al entrar un día en su librería le vi como de costumbre y nos dimos la mano sin asombrarnos. Pensé entonces que le habían enterrado en letargo hacía tres días, el 5 de diciembre de 1865, y que se había reanimado en la tumba, pero no creí que debía pedirle explicaciones sobre esto y nos pusimos á hablar de asuntos de librería.

Después de haber hablado, salimos juntos como de costumbre y bajamos por los muelles hasta las Tullerías. Su persona, aunque no difería en nada de la que yo conocía, me parecía extraña y como sagrada. Estaba, sin embargo, muy vivo y le dije que tenía el aspecto de un resucitado. « Bien puedo tener el aspecto, me contestó, puesto que lo soy. » Quería á toda costa tocarme la mano, pero me retiré poseído de un horror invencible.

« Perdóneme usted, añadí, que me niegue, pero, no sé por qué, no puedo hacer lo que quiero. »

Esta respuesta empezó á indisponerle conmigo. Hice entonces un esfuerzo supremo y le cogí el brazo, pero pronto me eché á temblar y tuve que soltarle. « Hablemos, le dije, tranquilamente, el uno al lado del otro. »

Aquel hombre me parecía un muerto andando y vi por sus respuestas que no tenía ya ni su inteligencia ni su juicio habituales y que hablaba como un autómata. Me acerqué un poco á sus labios, por casualidad, y observé que despedía un mal olor que acabó de horrorizarme. No sé qué altercado surgió entonces

entre nosotros, pero ello fué que me puse á disputar con aquel muerto, el cual acabó por darme un bofetón.

En ese momento apareció un grupo de gendarmes y de municipales y en lugar de encontrarnos, como antes estábamos, delante del Instituto, nos hallamos en la vertiente de una colina. Entonces le miré fijamente. « ¿No sabe usted, le dije, que soy Camilo Flammarión, el autor favorito de usted? Didier pareció recordar. « Sí, dijo, ¡ gran autor ! Pero ¿ por qué no me quiere usted ya, Silvia? — No soy Silvia, respondí, sino Camilo. » Me cogió la mano y aquel contacto fué tan horrible que me desperté.

Esta pesadilla pudo tener por causa la muerte de aquel amigo, ocurrida tres días antes. Didier murió de repente en el momento de sentarse en el despacho de los ómnibus de la plaza *Saint-Michel*, y al verle al día siguiente en su cama, me pregunté si no podría ser presa de un letargo. Aquella muerte me impresionó mucho y habiéndome visto obligado á pronunciar un discurso en el acto del entierro, lo hice sin poder vencer mi emoción. La forma agresiva de la pesadilla es inexplicable. La substitución del final es muy singular, pero hay, sin embargo, sueños más incoherentes. Así, en otro sueño, Montmartre estaba convertido en mar y un barco de vapor me conducía de allí al alto Marne, como á dos pasos.

He aquí otro sueño más reciente, que prueba hasta la evidencia la acción de una causa extraña al cerebro superponiéndose á un sueño y determinando una nueva imagen.

La mañana del 6 de junio de 1897 ví en sueños á un individuo que golpeaba fuertemente con el tacón en un escalón de madera. El golpe me despertó, y en realidad provenía de un disparo de fuegos artificiales de los que anuncian á las seis de la mañana la fiesta de Pentecostés en Juvisy. El disparo había sido hecho á 200 metros del Observatorio, en la parte alta de la calle Camille Flammarion. A poco, sonaron otros dos disparos.

Así, el ruido que me despertó fué causa determinante de una imagen que me pareció anterior al momento de despertarme.

Esa imagen, pues, se produjo durante el cortísimo tiempo necesario para despertar, acaso una décima de segundo.

Cuando ví al hombre golpeando con el pie el escalón, soñaba yo que estaba completamente desnudo y obligado, para salir de la pieza en que me encontraba é ir á buscar mi ropa, á atravesar el salón, en el que estaban hablando unas treinta personas. Cuando me desperté hacía mucho tiempo que duraba aquella inquietud. Ahora bien, al despertarme sentí frío y vi que se había caído la manta de la cama. Sin duda fué aquella sensación de frío la que determinó el sueño, como la explosión determinó la imagen del hombre que pegaba con el tacón.

Se ve por estas descripciones sumarias tomadas del natural, qué variados y múltiples son los sueños y cuántas causas diversas los producen.

Es un error fisiológico pensar que los elementos de

los sueños son tomados únicamente de la realidad. Por mi parte, por ejemplo, y no soy el único que está en el mismo caso, he soñado con frecuencia que volaba por los aires, á poca distancia de un valle ó de un paisaje delicioso, y esa agradable sensación experimentada en sueños es la que me ha inspirado el deseo de subir en globo, y hacer viajes aéreos. Debo decir á este propósito que la sensación de un viaje en globo, por muy agradable que sea á causa de la extensión de los panoramas que se desarrollan á la vista del espectador y por el solemne silencio de las alturas, no equivale, desde el punto de vista del movimiento, al de los sueños, pues en la navecilla del globo se siente uno inmóvil y como una molécula de aire inmergida en el aire que marcha, y esto es una desilusión.

No se ve bien cuáles son los hechos de la vida orgánica que pueden producir la sensación del vuelo en sueños. El vértigo no entra para nada en este fenómeno, como se ha pensado. ¿Será, acaso, el pesar de ser inferior á los pájaros? ¿Cómo se explica entonces la sensación?

Con frecuencia me sucede soñar con Napoleón. Seguramente, he oído hablar mucho en mi infancia de aquel conquistador á personas que le habían visto, y mi espíritu pudo ser impresionado por esa idea. Pero la relación de causa y efecto permanece bastante lejana.

Algunas veces me veo encerrado en una torre, con una hermosa pradera verde delante de mí. ¿Dónde está aquí la causa?

Otras veces estoy condenado á muerte y no me queda

más que una hora ó algunos minutos de vida. ¿Es un recuerdo pasado ?

A veces viajo en sueños por otros mundos en las profundidades infinitas; pero aquí puede haber asociaciones de ideas que me son familiares.

En general y en el estado normal de las cosas, los sueños son tan numerosos, tan variados, tan incoherentes, que es casi superfluo buscar las causas fuera de las asociaciones de ideas latentes en el espíritu ó de imágenes dormidas en el cerebro. Se sueña como se piensa en toda clase de cosas y de situaciones, solamente que en lugar de *pensamientos*, como en el estado de vigilia, nos imaginamos que *obramos* verdaderamente, que vemos las cosas pensadas, y las *ideas se convierten en actos* aparentes. Toda la diferencia consiste en esto, y como la razón no interviene en esos actos inconscientes, las situaciones más extravagantes se encuentran realizadas sencillamente, sin ninguna sorpresa, como si fuesen naturales.

Se pueden, pues, observar en el sueño tres fases características. Mientras en el estado de vigilia una *idea* sigue siendo una idea, en el sueño se convierte en *imagen* y después en *ser real*, persona ó cosa.

Personificamos nuestras ideas y atribuímos en sueños á personas diferentes pensamientos y palabras que no son más que nuestros. Algunos hombres de gran talento, por ejemplo, Benjamín Franklin, creen tratar con seres que les asisten, pero no hay en esto más que una personificación de sus propios pensamientos. He aquí algunos ejemplos :

« En uno de los sueños más claros y más razonables que nunca he tenido, escribe A. Maury, sostenía con un interlocutor una discusión sobre la inmortalidad del alma y ambos hacíamos valer argumentos opuestos, que no eran más que objeciones que yo mismo me hacía. Esta escisión no es más que un fenómeno de memoria por el que recordamos el pro y el contra de cada cuestión y atribuímos á dos seres diferentes los dos órdenes opuestos de ideas. En una ocasión me vino en mientes el nombre de Mussidan. Sabía entonces que era el nombre de un pueblo de Francia, pero ignoraba dónde estaba situado, ó por mejor decir, lo había olvidado. Algún tiempo después vi en sueños un personaje que me dijo que venía de Mussidan. Le pregunté dónde estaba ese pueblo y me respondió que era una cabeza de partido de la Dordogne. Me desperté y el sueño estaba presente en mi imaginación, pero yo seguía en la duda. El nombre de Mussidan se ofrecía entonces á mi espíritu en las condiciones de los días precedentes, es decir, sin saber dónde estaba tal pueblo. Me apresuré á consultar un diccionario geográfico y vi con asombro que el interlocutor de mi sueño sabía mejor que yo la geografía, es decir, que yo había recordado en sueños un hecho olvidado en estado de vigilia y que había puesto en boca de otro lo que no era más que una reminiscencia mía.

« Hace muchos años, en una época en que estaba yo estudiando el inglés y poniendo sobre todo empeño en conocer el sentido de los verbos seguidos de preposiciones, soñé que estaba hablando inglés y que que-

riendo decir á una persona que le había visitado la víspera, empleé esta expresión : *Y called for you yesterday.* « Se expresa usted mal, me respondió alguien ; se debe decir : *Y called on you yesterday.* » Cuando me desperté por la mañana recordaba aquella circunstancia de mi sueño. Cogí una gramática que estaba en una mesa próxima y vi que la persona imaginaria tenía razón. »

Una cosa olvidada en el estado de vigilia había sido recordada en sueños y el observador había atribuido á otra persona lo que no era más que una operación de su espíritu.

La gran mayoría de los sueños puede explicarse naturalmente por la concentración de pensamiento estando durmiendo.

Ninguna persona que tenga costumbre de trabajar intelectualmente ha dejado de observar, como dicen Max Simon y Alfred Maury, que el trabajo del cerebro se realiza con frecuencia sin que lo sepamos y sin que intervenga nuestra voluntad. Los hechos que prueban esa acción se presentan á cada momento. Cuando los estudiantes tienen que aprender una lección difícil, la estudian con preferencia por la noche y creen con razón que ese modo de obrar les ayuda singularmente. La lección que han aprendido la saben mejor y con más seguridad el día siguiente que la noche anterior. Las personas que tienen que luchar con las dificultades que lleva consigo el estudio de una lengua extranjera han podido observar igualmente que si las ocupaciones diarias ó los deberes de su situación les han obligado

á interrumpir durante algún tiempo el estudio de esa lengua, al volver á emprenderle tienen de él un conocimiento más perfecto que cuando le abandonaron. Igual observación puede hacerse á propósito de trabajos originales, de composiciones literarias ó de problemas científicos. Si alguna dificultad detiene al que trabaja y le hace dejar de ocuparse del objeto de su estudio, le basta tomarse unos días de descanso para que la inteligencia realice sola, por decirlo así, su trabajo, y domine como por juego y con la mayor facilidad el obstáculo que antes parecía infranqueable. Pero hay que observar un hecho que tiene la mayor importancia, y es que con frecuencia, en esos casos de actividad cerebral inconsciente, se ha impreso al principio un impulso y una dirección al pensamiento, y que sólo después de ese impulso se ha continuado la acción cerebral que lleva al fin á un trabajo más adelantado.

Es fácil comprender que el trabajo mental que resulta de un impulso cerebral dado durante la vigilia y que termina durmiendo, puede engendrar sueños que serán en cierto modo una *expresión en imágenes* del problema perseguido por el que duerme y de la preocupación que le domina.

Condillac cuenta que en la época en que estaba redactando su curso de estudios, estaba obligado á interrumpir, para irse á la cama, un trabajo preparado, pero incompleto, y le sucedía con frecuencia que al despertar encontraba el trabajo terminado en la mente.

Voltaire refiere igualmente que soñó una noche un

canto completo de la *Henriada* de diferente modo que el que empleó para escribirlo.

Se ha contado con mucha frecuencia, á este propósito, un sueño que ha llegado á ser célebre y en el cual ocurre una escena de las más curiosas y fantásticas, en la que es protagonista el célebre compositor Tartini. Este conocido músico se durmió después de haber intentado en vano terminar una sonata y esa preocupación le siguió en su sueño. En el momento en que, soñando, se creía entregado de nuevo á su trabajo y le desesperaba ya trabajar con tan poca inspiración y tan escaso éxito, se le apareció de repente el diablo y le propuso acabar la sonata si le entregaba su alma. Subyugado enteramente por aquella aparición, Tartini aceptó el trato propuesto por el diablo, y éste tocó entonces en el violín la tan deseada sonata con una ejecución deliciosa. El compositor se despertó y en el transporte de su alegría, *corrió á su mesa y escribió de memoria* la composición que acababa de ocurrírsele creyendo oírla.

¿Cómo se producen las imágenes que figuran en el sueño de Tartini? ¿Por qué mecanismo aperecen? Es imposible decirlo, no porque la cuestión no tenga solución, sino porque ordinariamente, en los hechos que no nos son personales, el narrador omite algunos detalles que nos darían la clave de ciertas particularidades del sueño que él considera como poco importantes. Es posible que aquella imagen del diablo que se asoció al trabajo mental del gran compositor, tenga su explicación en algún pensamiento que atravesase su espíritu

ó en cualquier representación artística, como pintura ó grabado, del espíritu del mal. Pero ese aspecto de la cuestión es secundario. Lo que conviene hacer constar una vez más, es la manera de producirse el sueño, su génesis y su origen. El pensamiento de Tartini había sido fuertemente impresionado por la composición musical á que estaba dedicado y como sucede muchas veces en las obras de la inteligencia, el efecto no se había producido al principio por no estar aún madura la idea; pero durante el sueño y á pesar de él, el trabajo empezado se acabó y la maravillosa melodía brotó de las profundidades del cerebro del músico.

Suprímase aquel esfuerzo, aquella tensión anterior del espíritu, y el sueño no se producirá. Tan verdad es esto, que esos singulares trabajos cerebrales no se producen más que sobre el objeto más especial de los estudios del que sueña, y sobre la ciencia ó el arte que cultiva con más pasión.

Gratiolet cuenta este sueño, un poco fúnebre:

« Ocupado hace algunos años, con mi ilustre amigo M. de Blainville, en estudiar la organización del cerebro, tenía que preparar gran número de ellos, humanos y de animales. Les quitaba con cuidado las membranas y los ponía en alcohol. Estos fueron, dichos de un modo sumario, los antecedentes del sueño que voy á contar.

« Una noche me pareció que había extraído mi propio cerebro. Le despojé de las membranas, le suspendí en el alcohol y al poco tiempo le retiré y me le coloqué de nuevo en el cráneo. Me pareció entonces que mi

cerebro, condensado por la acción del líquido, había sufrido una gran reducción y no llenaba por completo la cavidad craneana, de manera que bailaba en mi cabeza. Esta sensación me sumió en una perplejidad tan extraña, que me desperté sobresaltado y salí de aquel sueño como de una pesadilla.

« He aquí, seguramente, una imaginación rara y de las más absurdas, pero que no dejaba de tener su causa, pues, en efecto, había una relación evidente entre aquel sueño y las cosas que me ocupaban entonces más particularmente. Es probable que en el momento en que yo creía estar despojando un cerebro cualquiera, alguna causa hizo más distinto el sentimiento de mi propia cabeza. Pensando á la vez en mi cabeza y en mi cerebro, esas dos ideas debieron asociarse y de aquí se siguió naturalmente todo el fin del sueño ».

El fisiólogo Abercombie cita en este orden de estudios, un sueño muy curioso que no es más que una continuación de las preocupaciones del espíritu.

« Uno de mis amigos, dice, empleado como cajero en un importante banco de Glasgow, estaba un día en su oficina cuando se presentó un individuo á cobrar una suma de seis libras (150 francos). Antes que él había muchas personas esperando la vez, pero era el tal tan impaciente, tan ruidoso y sobre todo, tan insoportable por su tartamudez, que uno de los presentes rogó al cajero que le pagase para que se marchara. Así lo hizo el cajero, con un ademán de impaciencia y sin tomar nota de la cantidad pagada. A fin de año, ocho ó nueve meses después, no pudo hacer el balance

de los libros porque le faltaban siempre seis libras. Mi amigo pasó muchos días y muchas noches buscando en vano aquel error y vencido por el cansancio, se fué á su casa, se acostó, y soñó que estaba en su oficina, que se presentaba el tartamudo y que se reproducían todos los detalles de aquel pago. Se despertó con el pensamiento empapado en aquel sueño y con la esperanza de descubrir lo que buscaba y, en efecto, examinados los libros, vió que las seis libras no habían sido anotadas en el diario y que en eso consistía el error. »

Se ve que, en este sueño, lo que se descubrió al que dormía era, en suma, conocido por él, pero que su voluntad había sido por mucho tiempo impotente para despertar aquel recuerdo, enterrado en las profundidades de la memoria. Sin embargo, como la preocupación era viva y el espíritu había permanecido mucho tiempo fuertemente inclinado en la misma dirección, debió suceder que por un esfuerzo del pensamiento las células cerebrales en que se conservaban aquellas imágenes entraron al cabo en acción y acabaron por producir una sensación clara del hecho buscado inútilmente estando despierto.

Muchos sueños de apariencia telepática están en el mismo caso y así puede explicarse más de una aparición de muerto.

Las influencias físicas y la acción cerebral inconsciente de ideas y de imágenes latentes en el cerebro, explican la mayor parte de los sueños. Es importante que nos demos bien cuenta de esa acción fisiológica para juzgar científicamente los hechos que vamos á ana-

lizar. Los resultados de mi información me han transmitido un gran número de esos sueños que se explican fisiológicamente y que no reproduciremos.

Pero hay fuerzas psíquicas exteriores que pueden ejercer influencia sobre nuestro espíritu durante el sueño lo mismo que cuando estamos despiertos. Llegamos ahora al examen de esa clase de sueños. Los fenómenos psíquicos que hemos hecho constar en nuestro libro « *Lo Desconocido* » han sido observados por personas despiertas, en su estado normal y en plena posesión de sí mismas, y no hemos comprendido en ellos los que hacían relación á los sueños, porque éstos pertenecen á otro orden y tienen un carácter diferente. Estos hechos nos parecían menos seguros por ser los sueños numerosos y porque las coincidencias que pueden producirse tienen como oposición contradictoria una innumerable cantidad de casos en que no hay coincidencia. Por otra parte, además, son siempre un poco vagos y están sometidos á las fluctuaciones de la memoria. Sin embargo, no creo lógico rechazarlos sin examen, pues muchas de esas visiones en sueños presentan al observador un interés particular y pueden enseñarnos algo sobre las facultades del espíritu humano.

Ahora que tenemos ya hecha en el otro volumen la demostración de que existe la acción psíquica de un espíritu sobre otro, podemos entrar en el mundo, un poco más complicado, de los sueños.

Vamos, pues, á presentar á nuestros lectores algunas cartas recibidas en el curso de nuestra información,

que relatan apariciciones de moribundos vistas en sueños y que no son más ni menos interesantes que las primeras y deben, en nuestra opinión, ser aceptadas de la misma manera.

I. — En la noche del 25 de julio de 1894, vi en sueños á un joven con el que debí casarme y le vi tal como le había conocido de 1883 á 1885, cuando él estaba haciendo el servicio militar.

Por razones que sería inútil contar aquí, había yo roto toda relación con él y el matrimonio no se verificó. Desde entonces no oí hablar más de él y solo sabía que vivía en Pau, mientras yo seguía en París. En la noche del 25 de julio de 1894, le vi en sueños tal como le había conocido, con su uniforme de sargento mayor, mirándome con expresión muy triste y enseñándome un paquete de cartas. La aparición se desvaneció después como un rayo de sol disipa las nieblas de la mañana.

Me desperté turbada y conservé por mucho tiempo el recuerdo de aquel sueño preguntándome á qué obedecía, siendo así que nunca soñaba con él aunque profesándole una amistad sincera.

El 20 de enero de 1895, supe su muerte, ocurrida *el 25 de julio de 1894, por la noche*. Sus últimas palabras fueron para mí.

LUCIE LABADIE.
Rochefort.

II — Durante la guerra de 1870-71, una de mis amigas, casada con un oficial y encerrada en Metz, soñó que mi padre, que habitaba en el Norte y era su médico, se aparecía al lado de su cama diciendo: « *Como usted ve, acabo de morir.* »

Cuando se pudo comunicar con el exterior, mi amiga me escribió muy afligida, pidiéndome noticias exactas de

toda mi familia y suplicándome le dijera si el 18 de septiembre había ocurrido alguna catástrofe á mis padres, pues ese día había tenido un sueño desagradable á propósito de mi padre. En efecto, el 18 de septiembre á las cinco de la mañana, mi padre había muerto sin haber estado enfermo.

La primera vez que vi á aquella señora, en el verano, me dijo que aquel sueño le había impresionado tanto más, cuanto que poco tiempo antes había ella tenido un sueño idéntico, concerniente á otro amigo que vivía en Metz, y habiendo pedido noticias suyas, supo que acababa de morir.

L. Bouthors.

Director de Contribuciones directas, Chartres.

III. — A. Tenía yo siete años y mi padre vivía en París, mientras que yo habitaba en Niort con unos parientes que se habían encargado de mi educación. Una noche soñé que subía una escalera interminable y llegaba á un cuarto obscuro, al lado del cual había otro débilmente iluminado. Entré en éste y vi un ataúd sobre unos banquillos. Á su lado ardía un cirio.

Me dió miedo y me escapé, y al llegar á la primera pieza, sentí que alguien me ponía la mano en el hombro. Me volví aterrada y reconocí á mi padre, al que no había visto hacía dos años y que me dijo con voz muy dulce : « *No tengas miedo; abrázame, hija mía.* »

Por la mañana recibimos un telegrama diciéndome *que mi pobre padre había muerto en la tarde anterior.*

Me quedé enteramente huérfana, pues mi madre había muerto hacía muchos años. Aquel sueño me impresionó tanto que le tengo con mucha frecuencia.

B. Teniendo yo trece años murió de la viruela negra mi tía, que me había educado y á la que yo quería como á mi madre. No me dijeron que había muerto y, naturalmente, no me dejaban entrar en su cuarto. Mi tía me había dicho muchas veces en broma : « Cuando me muera, si no estás á mi lado, iré á decirte adiós. » Por la noche vi avanzar hacia

mí una forma blanca que no reconocí al principio. Me desperté y vi á la tenue claridad de mi cuarto *reflejarse el fantasma en el armario de espejo colocado en frente de mi cama.*

El fantasma me dijo con voz apenas perceptible : « ¡ Adiós ! » Tendí los brazos para abrazarle y desapareció.

Mi pobre tía había muerto hacía algunas horas cuando yo tuve esa alucinación.

V. Boniface.

Directora de la escuela de párvulos. Etampes (Seine-et-Oise).

V — Mi mujer vió la imagen de su hermano en el momento en que éste moría.

Mi cuñado, profesor del colegio de Luxeuil, estaba enfermo del pecho y fué cuidado en su última enfermedad por su hermana, á la que él prefería para ese objeto. Sin embargo, los padres de mi mujer, que fueron á Luxeuil, viéndola muy cansada, decidieron al enfermo á que fuese á instalarse en el convento de monjas de Estrasburgo. Unas tres semanas después de su partida, mi mujer se despertó con una especie de pesadilla y vió entre sueños á su hermano echado en un ataúd de piedra parecido á las piedras tumulares romanas que se ven aquí en el establecimiento termal. El ataúd se estrechaba más y más hasta hacer muy difícil la respiración del hermano, el cual miraba á mi mujer con ojos suplicantes para que fuera á prestarle ayuda y sacarle de allí. Después vió que tomaba un aspecto de resignación y parecía decir : « Todo acabó; ya no puedes hacer nada por mí. » Mi mujer se despertó entonces por completo y miró la hora. Eran las tres y veinte de la madrugada.

El día siguiente supimos la muerte de mi cuñado *ocurrida exactamente á la misma hora del sueño.*

A. S.

Luxeuil (Haute-Saône).

VI — Mi abuela murió el año último, el 6 de enero, á las doce menos dos ó tres minutos de la noche. Vivía en el

campo, en los alrededores de Rochefort-sur-Mer, y yo estaba entonces en Auxerre. En la noche del 6 de enero habíamos echado los estrechos muy alegremente y yo me había acostado sin pensar en ella, á pesar de que sabía que estaba enferma hacía unos quince días.

Á las doce, exactamente, me desperté penosamente impresionada porque había visto á mi padre y á mi hermano el pequeño vestidos de luto. Me quedé convencida de que no se pasaría el día sin que viniese la confirmación de mi sueño. ¿ Había una relación extraña entre la realidad y el sueño, puesto que mi abuela murió á las doce, hora de mi pesadilla ?

M. B.

Versailles.

VII — Mi tío era sargento en el 2º regimento de infantería cuando se declaró la guerra de 1870. Asistió á las primeras batallas, fué encerrado en Metz y hecho, después, prisionero y llevado á Mayence y luego á Torgau, donde permaneció nueve ó diez meses.

El domingo de Cuasimodo de 1871, uno de sus amigos le invitó á ir de fiesta á la ciudad, pero él prefirió quedarse en su casamata y dijo á su amigo que no estaba dispuesto, sin saber él mismo á qué atribuir su tristeza. Cuando se quedó solo, se echó vestido en su cama y se quedó profundamente dormido, siendo próximamente las dos y cuarto. En cuanto se durmió, le pareció verse en la casa paterna y que *su madre estaba moribunda en la cama*. Veía á sus tías que la estaban cuidando y, por fin, su madre murió á eso de las tres. Se despertó entonces y vió que todo había sido sueño.

Cuando volvió su amigo á las seis de la tarde, le contó su sueño y añadió : « Estoy convencido de que hoy á las tres ha muerto mi madre ».

Se burlaron de él, pero una carta de su hermano le confirmó la triste noticia.

rosario, al que respondíamos desde nuestras camas, y volvimos á coger el sueño.

De pronto nos despertamos otra vez. La niña había vuelto á soñar y nos dijo que su abuela había muerto, que le había hecho una despedida desgarradora y que, entre otras cosas, le había mostrado un cofrecillo en el que tenía las alhajas que quería dar á su nieta predilecta.

Terminó la noche, y por la mañana, á las ocho, estábamos reunidas en clase, haciendo de rodillas la corta oración que precedía á los estudios, cuando un violento campanillazo nos hizo estremecer aunque habíamos olvidado el suceso de la noche, y vimos entrar á la hermana mayor de nuestra compañera, que venía á buscarla.

La abuela había muerto aquella noche y todo lo que la niña había soñado era exactamente la verdad.

Puede imaginarse la emoción que se produjo en el convento, donde se achacó el hecho á la intervención divina. Todo el día se pasó en oración.

J. G.

París.

XXVII. — Hace próximamente dos años, en Jarnac, una señora amiga mía estaba dormitando, por la mañana, cuando una voz la llamó distintamente por su nombre. Era la voz de su cuñado, del que había recibido recientemente buenas noticias.

En aquel momento no había nadie en la habitación ni en las inmediatas y era imposible atribuir el hecho á una causa conocida.

Unas horas después, aquella señora supo por un telegrama que su cuñado, que vivía en Auzances, acababa de morir de repente, *á la misma hora* en que ella oyó su voz.

Bréaud,

Jarnac.

XXVIII. — Durante catorce años he estado unida por una estrecha amistad con una persona, de la que después me

separé y no la veía sino á largos intervalos. Por último pasó más de un año sin vernos, y mi amigo, enfermo, tuvo que irse al Tirol. Estábamos, pues, á una distancia de 58 horas de ferrocarril. Yo recibía noticias suyas indirectamente, noticias que eran relativamente buenas. Su vuelta estaba próxima.

En la noche del dos de marzo vi á mi amigo en sueños, sentado en la cama y exclamando : « ¡Oh! cuánto sufro ! » Eran las dos de la mañana. Dos días después un telegrama me anunció la muerte de aquella persona, ocurrida á las dos y veinte minutos.

Me llamó mucho la atención esa coincidencia y creo importante que usted la conozca para sus estudios.

C. Cuesnon,
23, Strada Romana, Jassy (Rumanía).

XXIX. — A. Un tío de mi mujer, que era capitán de marina, me contó con frecuencia que la noche en que murió su madre, estando él de viaje, se le apareció en sueños con una cara muy triste. Impresionado y presintiendo una desgracia, apuntó la fecha con lápiz en la mesa de su camarote.

Á su llegada supo la muerte de su madre, en la misma fecha que él había apuntado.

B. Lo mismo le ocurrió á mi suegra cuando la muerte de su hermano. La noche anterior, soñó que se encontraba á su madre muerta, en la escalera de la casa, y que sin dirigirle la palabra, la miraba con expresión de tristeza. El día siguiente se encontró á su hermano muerto de un ataque de apoplejía.

C. Cuando me casé, me ocurrió un hecho semejante. Mi suegra, muy impresionada por la aparición de su madre que acabo de contar, dijo á una amiga suya que si alguna vez veía de nuevo á su madre de la misma manera, estaría segura de que le amenazaba una gran desgracia. Esa amiga, días antes de mi boda, soñó á su vez que la madre de m suegra le decía que no quería ver á su hija por no causarle una enfermedad y que por eso se le aparecía á ella. La misma persona y en la misma noche soñó también que veía la casa de mi mujer enlutada el día mismo de nuestra boda. Y así sucedió, aunque nada podía hacerlo prever; el día anterior murío mi cuñado de la rotura de un aneurisma y le enterraron el día en que debíamos casarnos.

Puedo garantir á usted la autenticidad de estos hechos.

L. Coutant,
La Ciotat.

XXXII. — Siendo mi padre alumno de sexto año en el seminario de Guérande, vió una noche en sueños á su madre acostada, sin dar señales de vida, en el cuarto que habitaba en Croisic. Mi padre se despertó con la cara inundada de lágrimas.

Por la mañana supo por una carta que su madre, á la misma hora en que él la había visto, tuvo una crisis repentina de la que por poco muere en los brazos de sus hijos, que corrieron á socorrerla.

Este hecho, como usted ve, se aleja un poco de las otras observaciones publicadas, puesto que hay en él un *sueño* y ninguna *muerte*. Pero se refiere seguramente al orden psíquico y creo útil contárselo.

Poluec-Proermel.

XXXIII. — Una de sus lectoras de usted soñó una noche que estaba en casa de una amiga, enferma del pecho hacía mucho tiempo. En aquel momento ignoraba que estuviese peor que de ordinario. Su amiga estaba acostada y le tendió los brazos, le dijo adiós y murió abrazándola. Por la mañana la señora en cuestión dijo á su madre : « Fulana ha muerto; la he visto esta noche... » En el mismo día se supo la muerte de la enferma.

Como la visión se efectuó en sueños, no se puede decir si la hora de la muerte coincidió con la de la aparición.

Jean Surya,
37, rue Raynouard, París.

XXXIV. — No tengo más que veintidós años y tres veces ya he experimentado en sueños los fenómenos que usted estudia, con coincidencia de muertes.

A. La primera vez, hace cinco años. Me desperté riendo y conté á mi hermana que acababa de soñar con un viejo gruñón con el que mi familia estaba regañada. No recuerdo hoy en qué consistió el sueño, pero sí que me impresionó.

En el mismo día supimos que el tal acababa de suicidarse.

B. La segunda vez fué un año después. Soñé que un primo mío, viudo y al que veía muy rara vez, me decía que tenía intención de volverse á casar, hecho que yo ignoraba completamente. Conté el sueño á mi familia por la mañana y á eso de las diez encontramos llorando á una tía de aquel joven, que nos contó su muerte ocurrida aquella noche, después de una enfermedad de tres días, durante la cual se lamentó de que si moría no podría *realizar su proyecto* de dar una madre á sus hijos.

C. Hace un año tuve la influenza, al mismo tiempo que varios vecinos de mi casa. Una noche soñé que salía de la casa un entierro con un ataúd de proporciones colosales, y tuve la intuición de que se trataba de M. Durand, uno de los vecinos enfermos, cuya corpulencia era notable. Al despertarme, mi primer cuidado fué pedir noticias suyas y quedé penosamente impresionada al saber que había muerto aquella noche.

JEANNE ABOUT,
Nancy.

XXXVII. — Una amiga nuestra soñó que veía á un hermano suyo al que quería mucho y del que estaba separada hacía mucho tiempo. El hermano estaba vestido de blanco, con el cutis fresco y con aspecto de satisfacción. La habitación en que le vió estaba también tapizada de blanco. Los dos hermanos se abrazaron afectuosamente. Al despertarse, mi amiga tuvo el presentimiento de que su hermano había

muerto; eran las doce en punto. Por la mañana supo que su hermano había expirado á las doce de la noche.

G. P.
Arles.

XXXVIII. — En julio de 1890 soñé qne quería abrir la puerta de comunicación de mi cuarto con otra habitación y que no podía lograrlo á pesar de vigorosos esfuerzos. Vinieron á ayudarme y, por otra puerta muy próxima á la primera, acabamos por vencer el obstáculo : era el cuerpo de mi tío que yacía en el suelo con las piernas plegadas.

No di ninguna importancia á ese sueño pero le recordé cuando supe la muerte repentina de mi tío, ocurrida en el campo el 10 de julio de 1890.

Desgraciadamente no anoté la fecha de mi sueño, pero creo poder afirmar que fué en los primeros días de la semana, si no el mismo 10, que era jueves.

J. C.
Lyon.

XXXIX. — En 1838 me encontraba enfermo en Cartagena y la Nochebuena tuve un sueño penoso. Estaba yo en un arrabal viendo llegar el entierro de una joven. No conocía ni el nombre ni la familia de la muerta y sin embargo se apoderó de mí la tristeza. Me incorporé al cortejo y en la iglesia me coloqué en primera fila detrás del ataúd, sin darme cuenta de las personas que estaban á mi lado. Estaba yo llorando y una voz interior me decía : « Ahí está tu mejor amiga. » En el cementerio hubo una tempestad espantosa con lluvia torrencial. Cuando desperté, creía aún oir los truenos.

Cuando volví á mi pueblo, supe que una parienta próxima, amiga de la infancia y de quince años como yo, *había muerto en la noche de Nochebuena.*

E. ORIEUX,
Nantes, veedor en jefe honorario del departamento.

XL. — Mi tío era capitán de barco y volvía á Francia

después de una ausencia de muchos meses. Una tarde de gran calor, estaba en su camarote anotando algunas observaciones en su libro de á bordo, cuando se quedó dormido y soñó que veía á su madre sentada teniendo sobre la falda un trapo manchado de sangre *sobre el que descansaba la cabeza de su hermano*. Impresionado penosamente, se despertó y quiso continuar escribiendo, pero se volvió á dormir y otra vez tuvo el mismo sueño. Al despertarse escribió en el libro lo que había soñado, con la fecha y la hora.

Al llegar el barco al puerto de Marsella, un amigo subió á bordo y le dijo : « Te voy á acompañar á tu casa ». Mientras mi tío atendía á las operaciones del desembarco, su amigo hizo poner el navío de luto y mi tío al verlo exclamó : « ¡Mi hermano ha muerto! » — Sí, respondió su amigo; pero ¿cómo lo sabes? Entonces mi tío le contó su sueño en pleno océano. *Su hermano se había suicidado* el mismo día del sueño.

J. S.

Marseille.

XLI. — Conozco una señora que se quedó muy impresionada por una aparición que tuvo en sueños de una amiga á quien quería mucho y cuya muerte le fué anunciada al día siguiente por telegrama. Pocos días después supo por carta que su amiga había pronunciado exactamente las mismas palabras que ella oyó soñando.

Jeanne Delamain,

Jarnac (Charente).

XLII. — Hace unos meses fuí advertida en sueños de la muerte de un conocido, en la misma noche en que ocurrió el suceso, que nadie esperaba. La mañana siguiente conté este sueño á una amiga mía, la cual, al entrar en su casa, encontró un telegrama anunciándole la muerte de aquella persona, ocurrida la noche anterior.

H. Bardel.

Yverdon (Suiza).

XLIII. — En la noche del 8 al 9 de julio de 1895 se me apareció en sueños mi abuela, que murió el 9 de julio á las ocho de la mañana. Cuando ocurrió el fallecimiento estaba yo á 120 kilómetros de distancia.

Allier,

Maestro de Florac (Lozère).

XLIV. — Estando hace poco tiempo en casa de unos conocidos, encontré á una señora que le ha conocido á usted en París. Hablamos de uted y de sus nuevos estudios y uno de los presentes me dijo á ese propósito : « ¡Si usted supiera qué sueño tan extraño he tenido esta noche!... ¿Se acuerda usted de Gabriela T...? — Sí, repondí. — Pues bien, he soñado que estaba muerta y que la veía echada en el ataúd. Por la mañana bajé para hacer unas compras y la persona á cuya casa fuí me dijo : « ¿Sabe usted que ha muerto la señorita T... ? » Mi sueño de la noche anterior y aquella noticia me chocaron tan vivamente que me quedé extático ante tan extraña coincidencia, pues ni yo conocía personalmente á aquella persona, ni sabía que estuviese enferma, ni había oído hablar de ella hacía mucho tiempo.

Este es el hecho curioso que acabo de saber. En el caso de que usted le cite, le agradeceré que no consigne más que mis iniciales.

J. A.

Bourges.

XLV. — Estaba yo muy enamorado de una joven de muy buena familia y muy honrada, que cayó enferma.

Una noche á eso de las nueve, hora turca, estaba yo medio dormido y soñaba estar en una gran sala en la que todo el mundo bailaba. Mi amada estaba presente, vestida de blanco y con una cara pálida y triste. Me acerqué á ella para sacarla á bailar y me respondió bruscamente : « Imposible : nos están viendo. »

Me desperté con una gran palpitación de corazón y lágri-

mas en los ojos. Por la mañana me vestí apresuradamente y corrí á casa de la enferma; pero antes de llegar encontré á su criada, que me dijo que su señorita había muerto aquella noche.

M. T.
Constantinopla.

XLVI. — Mi padre era amigo de la infancia del general Charpentier de Cossigny, el cual me manifestó siempre mucho afecto. Como el general padecía una enfermedad nerviosa que le hacía tener un carácter muy raro, no nos extrañaba que á veces nos hiciera dos ó tres visitas seguidas y se estuviese después sin vernos muchos meses. En noviembre de 1892 hacía tres meses que no le habíamos visto. Una noche, atacado por una fuerte jaqueca, me fuí á la cama temprano y empezaba ya á dormirme cuando oí mi nombre, primero muy bajo y después en voz más alta. Apercibí el oído, pensando que era mi padre que me llamaba, pero le oí dormir en la pieza inmediata con la respiración tranquila y acompasada del que duerme hace mucho tiempo. Me dormí de nuevo y vi en sueños la escalera de la casa del general, 7, *cité Vaneau*, y á él mismo, que estaba asomado á la barandilla. Después bajó, vino hasta mí y me besó en la frente. Sus labios estaban tan fríos que su contacto me despertó. Abrí los ojos y vi distintamente en medio de mi cuarto, alumbrado por los faroles de la calle, la alta y fina silueta del general, que se alejaba. No dormía, puesto que oí dar las once en el reloj del liceo Enrique IV. y conté las campanadas. No pude volverme á dormir y la impresión fría de los labios del general permaneció en mi frente toda la noche. Lo primero que dije á mi madre por la mañana fué: « Pronto tendremos noticias del general Cossigny; le he visto esta noche ».

Pocos momentos después mi padre leyó en el periódico la muerte de su amigo ocurrida la noche anterior *á consecuencia de una caída en la escalera.*

Jean Dreuilhe,
36, rue des Boulangers, Paris.

Creo que conviene observar que la muerta llevaba enferma unos tres años.

Camille Massot,
Farmacéutico de 1ª clase. Banyuls-sur-Mer (Pyrénées-Orientales

VIII. — Mi madre me contaba con frecuencia un sueño muy extraño.

Uno de sus cuñados estaba enfermo y una noche mi madre soñó que le veía muerto. También veía á mi abuela que llevaba á sus hijos atravesando un gran prado. En este momento se despertó y despertó también á mi padre para contarle su sueño. Eran las dos de la madrugada.

Pocas horas después mis padres recibieron la noticia de que mi tío había muerto aquella noche á las dos. Mi madre no pudo menos de contestar que ya lo sabía. Preguntó en seguida á mi abuela si había llevado á los niños, y ésta le respondió que sí y que precisamente había atravesado el prado que mi madre había visto en sueños.

M. Odéon,
Institutriz. Saint-Genix-sur-Guiers (Savoie)

IX. — Una noche de invierno, en 1895, soñé de un modo muy claro que el señor Crouzier, octogenario de mi pueblo, situado á diez kilómetros de la población en que yo ejercía, se estaba muriendo á causa del frío.

Al día siguiente fuí á ver á mi familia y mi madre me dijo: «¿ No sabes? el pobre Crouzier ha muerto esta noche. Quiso levantarse á las doce y, sorprendido por el frío, sucumbió casi instantáneamente.»

Esta impresión ha quedado grabada en mí.

Alphonse Vidal,
Maestro. Aramon (Gard).

X. — Estando en Francia, mi madre soñó que su hermano, entonces en América, se moría en sus brazos, Un

mes después recibió la noticia de la muerte de aquel hermano, que precisamente expiró en los brazos de mi abuela. Las fechas coincidieron.

A. D.,
Arles.

XI. — Tenía yo un hermano que vivía en San Petersburgo hacía veinticinco años. Nuestra correspondencia no se había interrumpido nunca.

Hace tres años, en el mes de julio, recibí carta suya. Su salud era satisfactoria. El día 8 de septiembre siguiente soñé que el cartero me entregaba una carta de San Petersburgo y que al abrirla encontré dos estampas, una de las cuales representaba un muerto echado en su cama y vestido al uso que yo había visto en mi viaje á Rusia, en 1867.

Al pronto no miré la cara del muerto, pero vi al rededor de la cama varias personas arrodilladas y entre ellas, un muchacho y una niña de la edad, próximamente, de los hijos de mi hermano. En la otra estampa había un acompañamiento fúnebre. Examiné entonces la cara del muerto, al que reconocí en seguida y exclamé despertándome : « ¡ Ah ! ¡ Es Luciano ! »

Unos días después supe, en efecto, que mi hermano había muerto en la época en que yo tuve el sueño (no pude precisar el día).

L. Carreau,
46, rue de Bel-Air, Angers.

XII. — Mi padre se separó á los catorce años de su familia, que habitaba cerca de Estrasburgo, y creo que no volvió nunca á su país ni vió más á sus padres. Á los veinticuatro años se casó en Nancy y su mujer no vió jamás á sus suegros.

Una noche mi abuela vió desfilar delante de su cama un interminable convoy fúnebre y dos días después una carta le anunció la muerte de su padre, á cuyo entierro había

asistido todo el vecindario de tres grandes aldeas y el alcalde y el cura de la suya, á pesar de tratarse de un judío.

Jenlend,
55, rue de Provence, París.

XIII. — Tengo que señalar algunos hechos observados en sueños, con coincidencia de muerte.

A. El primero le sucedió á mi padre, Pedro Dutant, muerto en 1880 en Burdeos, donde fué farmacéutico durante cincuenta años.

Era mi padre hombre de carácter absolutamente honrado y escrupuloso y de fina inteligencia, y ninguna de las numerosas personas que le conocieron pondría nunca en duda su palabra.

He aquí el hecho que me contó muchas veces y que recuerdo casi textualmente.

« Una noche soñaba que mi hermano, entonces notario en Léagnan y de treinta y tres años de edad, era niño como yo y estábamos los dos jugando en casa de nuestro padre. De pronto mi hermano se cayó por una ventana á la calle, gritándome : « ¡ Adiós ! » Me desperté muy impresionado por la intensidad de aquel sueño y miré la hora : eran las tres. No pude dormir más. Sabía que mi hermano estaba enfermo pero no le creía en peligro de muerte.

« Mi hermano había muerto á las tres en punto. »

B. El segundo hecho me concierne personalmente. Una noche soñé que una prima mía, de mucha edad y á la que yo quería mucho, se estaba muriendo. Por la mañana se lo dije á mis padres, que lo recuerdan perfectamente.

En la misma semana y dos ó tres días después del sueño (no he anotado el día y no puedo precisarle exactamente), mi prima murió de un ataque de apoplejía. La noche del sueño, mi prima estaba en buena salud y no murió hasta dos ó tres días después y he tenido este sueño como un presentimiento. Mi familia se impresionó mucho por esa circunstancia y la recuerda aún perfectamente.

C. Puedo citar aún un hecho personal que me impresionó mucho cuando ocurrió, pero como esta vez se trata de un perro, acaso hago mal abusando de su tiempo de usted.

Era yo entonces soltera y tenía con frecuencia sueños de una lucidez sorprendente. Teníamos una perra de una inteligencia poco común, que me era particulamente adicta, aunque yo la acariciaba poco á menudo. Una noche soñé que se moría y que me miraba con ojos humanos. Cuando me desperté, dije á mi hermana : « La Leona ha muerto ; lo he soñado y es cierto. » Mi hermana se echó á reir y no lo creyó. Llamamos entonces á la criada y le dijimos que llamase á la perra. Se la llamó y no vino. La buscamos por todas partes y la encontramos, por fin, muerta en un rincón. Es de advertir que el día antes la perra estaba buena y que mi sueño no fué provocado por nada.

M. R. Lacassagne,

Castres.

XVI. — En 1862 era yo estudiante de medicina en París. Una mañana, mi portero, que me llevaba á la cama el desayuno para despertarme á la hora de ir al hospital, me encontró bañado en lágrimas. Me preguntó qué me pasaba y le respondí : « Acabo de tener una pesadilla horrible. Mi tío, que me ha educado, pues perdí á mis padres muy joven, y á quien amo tiernamente, se estaba muriendo cuando usted me ha despertado y estoy seguro de que el primer correo que llegue de la Habana, mi país, me traerá la noticia de su muerte. »

Esto fué lo que sucedió. No puedo asegurar ahora que fuese al mismo tiempo que mi sueño, pero la coincidencia del día fué exacta.

Ruego á usted que no publique mi nombre. En cuanto al hecho, puede publicarlo si lo merece.

Doctor F. de M.,

En L....

XVII. — Un hermano mío estuvo empleado desde 1870 hasta 1874 en el arsenal de Fou-Tcheou, en China, en calidad de mecánico. Un amigo suyo, también mecánico y del mismo pueblo que él (Brest), que trabajaba también en el arsenal de Fou-Tcheou, fué una mañana á ver á mi hermano y le contó lo siguiente :

« Querido amigo, estoy aterrado porque he soñado esta noche que mi pobre hijo *había muerto del garrotillo, en un edredón rojo.* » Mi hermano se burló de su credulidad, le dijo que aquello había sido una pesadilla y para que se le borrara la mala impresión le convidó á almorzar. Pero nada pudo distraerle ; para él su hijo había muerto.

La primera carta que recibió de Francia, que fué de su mujer, le anunciaba la muerte del niño, á causa del garrotillo y, coincidencia extraña, *en un edredón rojo*, la misma noche del sueño.

Cuando recibió aquella carta fué llorando á enseñársela á mi hermano, que es el que me ha contado el hecho.

H. V.

Brest.

XVIII. — Una prima mía vivía en Nyon (Suiza), y su madre en Clairveaux, en el Jura. Era un invierno muy riguroso y todas las comunicaciones estaban impracticables á causa de las nieves. Mi tía estaba enferma hacía mucho tiempo, pero su hija no sabía que lo estuviera más que de costumbre, cuando una noche soñó que la veía muerta. Se despertó espantada y dijo á su marido : « Mi madre ha muerto ; acabo de verla. » Mi prima hubiera querido irse en seguida á Clairveaux, pero la disuadieron de ello haciéndole ver los peligros y la imprudencia de emprender un viaje por la nieve, sin más motivo que un presentimiento. Los correos no funcionaban y no se recibían cartas.

No sé si en la misma tarde ó el día siguiente, mi prima vió entrar en el parque un hombre á caballo y exclamó : « Vienen á anunciarme la muerte de mi madre. » Y en

efecto, no habiendo otro medio de comunicación, habían enviado un jinete para decir que la madre de mi prima había muerto la noche anterior, en el momento en que su hija lo había soñado.

Mi prima existe todavía y puede dar detalles más precisos si usted los desea.

G. Belbenat,
Lons-le-Saunier (Jura).

XIX. — He aquí un hecho observado por un amigo mío á quien hice saber los estudios que usted lleva á cabo. Es un antiguo contratista de ferrocarriles en Francia y en el extranjero, actualmente retirado de los negocios en Saint-Pierre-les-Nemours. Su seriedad y su buena fe no pueden ser puestas en duda.

Véase el hecho, tal como me le contó:

« Había yo ido á ver á un granjero amigo mío, que estaba muy enfermo, y en la puerta de la granja encontré á su suegra, que me dijo que su yerno había recibido muchas visitas y estaba fatigado, pero me invitó á entrar á verle un momento, añadiendo que eso le complacería. Entonces rogué á aquella señora que saludase al enfermo en mi nombre y le anunciase mi visita para el día siguiente.

«Aquella madrugada, á eso de las siete, estaba yo dormitando y dispuesto á levantarme cuando se apoderó de mí una pesadilla que me hizo ver al enfermo del tamaño de un niño y como hundido en un agujero en la cuneta del camino, á pocos pasos de la granja. Yo hacía todos los esfuerzos posibles para sacarle de allí y no podía lograrlo.

« Al cabo de unos instantes, salté de la cama, para disipar la pesadilla, y en la misma mañana supe la muerte del granjero, ocurrida á la misma hora en que yo tuve la visión. »

La distancia entre Saint-Pierre-les-Nemours y la granja es de unas dos leguas.

Esto ocurrió hará diez años.

J. Boireau,
Farmacéutico, Nemours (Seine-et-Marne).

XX. — El hermano de mi abuelo, M. Henri Horst, que era profesor de música en Estrasburgo, vió una noche en sueños salir cinco ataúdes de su casa. Aquella misma noche ocurrió en la casa una fuga de gas y murieron asfixiadas cinco personas.

Se cuentan en familia varios casos de apariciones telepáticas. Me informaré de ellos exactamente y se los comunicaré á usted en cuanto los sepa.

Georges Horet,
Alumno del Liceo de Bouxwiller (Basse-Alsace).

XXI. — Nunca me ha ocurrido lo que usted expresa en sus preguntas, pero en sueños, por el contrario, he tenido algunas advertencias. Entre otras, la noche del asesinato de M. Carnot le vi muerto en sueños. El día antes me acosté temprano y como no vivía en el mismo Lyon, sino en la Croix-Rousse, no sabía nada de lo ocurrido en aquella memorable noche. Por la mañana cuando entró la criada en mi cuarto, le dije en seguida : « Acabo de soñar que M. Carnot había muerto. » La criada respondió que bien podía ser. « No, repliqué; hay que reirse de mi sueño, puesto que á las diez va á pasar delante de mis ventanas. »

Debía, en efecto, pasar por mi calle.

Diez minutos después, la criada volvió á entrar y me dijo muy impresionada : « El sueño de la señorita se ha realizado. El lechero acaba de decirme que M. Carnot ha sido asesinado anoche ». Á pesar de mi sueño, me costó mucho trabajo creerlo en el primer momento.

A. M.,
Lyon.

XXII. — He aquí un hecho personal.

En la noche del 13 al 15 de junio de 1887, soñé que mi madre había muerto. Al llegar á la fonda donde comía al día siguiente, estaba contando á un colega mi sueño cuando recibí un telegrama anunciándome la desgracia presentida.

Este es el hecho del que conservo un recuerdo preciso.

A. Carayon,
Director de la Escuela de la Croix-de-Fer (Nimes).

XXIII. — Estando el padre de mi marido lejos de la casa en que había dejado á su mujer enferma, fué despertado una noche por su voz, que le llamó tres veces distintamente por su nombre : ¡ Pedro ! ¡ Pedro ! ¡ Pedro!

Creyendo haber soñado, se volvió á dormir. Dos días después recibió la noticia de que su mujer había muerto aquella misma noche.

MARIE PAUVREL,
Vedrôd.

XXIV. — En la noche del 1° al 2 de enero de 1898, vi en sueños á mi madre, que había muerto hacía dos años y medio. Mi madre se acercó gravemente á mi cama, me besó en la frente y salió sin decir nada. Por la mañana recibí una carta anunciándome *la muerte repentina de mi hermana* á las 10 de la noche del 1° de enero. Como no me desperté, no pude saber si la hora de la muerte había coincidido con la de mi sueño.

M. BAZOUS.
Maestro de Trelons (Haute-Garonne).

XXV. — Mme. V... vivía en Ginebra y tenía un hermano dentista en el cantón de Vaud. Este hermano murió de repente y en la noche de su muerte Mme V... vió en sueños el nombre de su hermano escrito en la pared, con la fecha de su nacimiento ó de su muerte, pues eso no lo recuerda bien. Al despertarse temió una desgracia que pronto le fué confirmada.

JEANNE BLANC,
Le Cannet (Alpes-Maritimes).

XXVI. — Estaba yo en el convento y una noche fuimos despertadas por los gritos y lamentos de una de las niñas. La monja de guardia se acercó á su cama y la niña le dijo que su abuela se estaba muriendo, que la llamaba y que quería ir á verla en seguida.

Se trató de calmarla, nos hicieron rezar, la monja rezó el

XLVII. — Estando una noche dormido en mi casa, vi á mi hermano, que estaba en Argel, en el momento de agonizar.

La impresión que experimenté fué tan viva, que me desperté de repente. Serían, próximamente, las cuatro de la mañana.

Mi hermano estaba enfermo hacía unos dos años, pero no di importancia á ese sueño, pues me había dado buenas noticias de su salud pocos días antes.

Por la mañana recibí un telegrama anunciándome que mi hermano había muerto á las seis de la madrugada.

Nunca he hablado á nadie de este hecho que atribuí á la casualidad, y no le hubiera contado si no se tratase del testimonio científico que usted desea.

LEHEMBRE,
Intérprete del tribunal, Sousse (Túnez).

XLVIII. — Durante la guerra de 1870-71, mi prometido era soldado en el ejército del Rhin, si no me engaño, y hacía muchos días que no se recibían noticias suyas. En la noche del 23 de agosto de 1870 tuve un sueño que me disgustó, aunque no le atribuí gran importancia. Me encontré en una sala de hospital en la que había una mesa y sobre ella mi prometido, echado. Su brazo derecho estaba desnudo y *se veía en él, y cerca del hombro, una grave herida*. Dos médicos, una hermana de la caridad y yo estábamos á su lado. De repente me miró con sus grandes ojazos y me dijo : « ¿Me amas? »

Unos días después supe por su madre que había sido *herido mortalmente en el hombro derecho*, el 18 de agosto, cerca de Gravelotte, y que había muerto el 23 del mismo mes. La hermana de la caridad que le curó fué la primera que nos anunció su muerte.

La imagen vista en sueños está todavía presente en mi espíritu como si fuera de ayer.

SUZANNE KUBLER,
Institutriz. Heidelberg.

XLIX. — En la noche del 30 al 31 de julio de 1897, soñé que atravesaba la plaza de los Quinconces, en la que unos obreros carpinteros estaban trabajando. Uno de ellos me cogió la mano izquierda y me aserró el dedo meñique. Mi sangre corrió en abundancia y pedí socorro.

En este momento me desperté en un estado imposible de describir, me levanté, y mi mujer, asombrada, me preguntó qué me sucedía. Eran las tres.

Unos instantes después me volví á acostar y soñé que veía un navío atravesando un canal y que una embarcación se destacaba de él y ganaba la orilla. Unos hombres desembarcaron, hicieron en tierra una fosa, metieron en ella un bulto y después de haberlo cubierto, se retiraron.

Cuando llegué á la oficina conté mis sueños á los compañeros y uno de ellos me dijo que el soñar con sangre era presagio de desgracias en la familia.

Entonces mi hijo mayor, que era soldado en el 11°. regimiento de marina, en Saigón, cayó enfermo y estaba de viaje para Francia.

El 11 de agosto supe por el comisario de policía del barrio la muerte de mi hijo, ocurrida en el canal de Suez el 31 de julio. Poco después recibí la partida de defunción. Mi hijo había sido enterrado en Port-Saïd.

R. Dubos,

Empleado de aduanas, Burdeos.

L. — Siendo estudiante de medicina y á punto de terminar mi carrera, fuí á pasar con mi familia las pascuas de 1895. Un día, que no puedo determinar, nos acostamos como de costumbre. La cena había sido alegre y mis padres estaban en perfecta salud. Á las dos de la mañana tuve un sueño penoso : mi padre había muerto y yo lloraba á lágrima viva al acompañarle al cementerio. La pesadilla acabó por despertarme y observé que mi almohada estaba llena de lágrimas. No creyendo en los sueños y poco iniciado aún en las cuestiones telepáticas, me volví á dormir pacíficamente.

A las siete de la mañana estaba aún dormido, cuando entró mi madre á decirme que fuese en seguida á ver á mi padre, porque estaba paralítico. Corrí á su cuarto y vi que, en efecto, no podía mover el brazo ni la pierna del lado izquierdo.

Como los casos de parálisis se producen con frecuencia durante el sueño de los enfermos, que se despiertan hemipléjicos, sospecho que la hemorragia cerebral de mi padre se efectuó á las dos de la madrugada, en el momento de mi pesadilla.

Mi padre vive todavía, pero imposibilitado.

¿Se trata de un caso de telepatía ? Es posible. En todo caso se lo digo á usted por lo que valga.

Dr. Durand.

Saint-Pourçain (Allier).

LI. — A. Hará unos quince años. Mme T. C... dió á unas señoritas un *garden-party*, en su quinta de Dourbali Deré, en la orilla asiática del mar de Mármara, y, entre otras cosas, se sirvieron emparedados de jamón.

Cinco ó seis años después, una de las invitadas á la que apenas conocía y de la que no había vuelto á oir hablar, se le apareció en sueños, y le rogó que le diera un poco de aquel jamón que se había servido en su *garden-party*.

Mme. T. C... contó este sueño á su marido y éste le concedió la escasa atención que se atribuye de ordinario á los sueños. Pero cuál fué el asombro de Mr. T. C... cuando al llegar á su oficina se encontró al padre de la joven que su mujer había visto en sueños, y le dijo que su hija, gravemente enferma del pecho, le enviaba á pedir un poco de aquel excelente jamón que probó en el *garden-party*, hacía algunos años.

M. C... complació á la joven y al volver á su casa contó á su mujer lo que había pasado.

Unos días después, Mme T. C... volvió á ver en sueños á la misma joven, que esta vez le pidió flores de su jardín. Al despertar, la señora contó á su marido lo que había

soñado y añadió : « Estoy segura de que esa señorita ha muerto. » En el mismo día se recibió la esquela mortuoria. *La joven había muerto aquella noche.*

B. Mme T. C.. partió para Egipto, á consecuencia de una sentencia recaída en un pleito de separación. Su hija, de 14 años, se quedó en un colegio de monjas, de esta ciudad. El 18 de marzo de 1880, Mme T. C... estaba sentada en su balcón, en Alejandría, á la caída de la tarde y en el momento en que empieza á anochecer. De repente oyó como el roce de un vestido de seda detrás de ella. Se volvió y vió el fantasma de una joven vestida de blanco, parecida á su hija, que atravesó la habitación y desapareció.

Unos días después un amigo fué á visitar á Mme T. C... para darle noticias de Constantinopla, y apenas había pronunciado el nombre de la hija, cuando Mme. T. C... le interrumpió diciendo : « Mi hija ha muerto; lo sé. Ha muerto el 18 de marzo, á las cinco de la tarde ». La carta daba la fecha y la hora del fallecimiento y *eran precisamente las de la aparición.*

APOURONI,
Constantinopla.

LIII. — A. En la noche del 23 de marzo de 1884 soñé que mi amiga estaba jugando al ajedrez en mi casa, con el doctor D..., y vi que tenía en la cara un velo negro muy tupido. « ¿Por qué estás tan tapada? » le dije. « Porque estoy muerta; mira, » me respondió. Se levantó el velo y vi una calavera sin dientes y sin ojos.

Estaba horrible. Esa amiga, de 49 años, estaba en mi casa hacía ocho días, en plena salud, y había ido á París para sacar á su hijo del colegio con motivo de las vacaciones de Pascuas y traerle con ella á mi casa, donde su habitación estaba preparada.

La mañana que siguió á mi espantoso sueño, estaba yo contándoselo muy emocionada al doctor, cuando el cartero me entregó un telegrama concebido en estos términos :

« Venga usted en seguida. María ha muerto esta noche ». Así era, en efecto, la verdad.

MME H. D.,
Rue du Couëdic, París.

LIV. — Una mañana á las nueve, mi marido salió para ir á sus negocios y yo me volví á dormir durante unos minutos. En aquel pequeño espacio de tiempo tuve un sueño que me impresionó mucho. Soñé que había salido con mi marido y que éste se separó de mí un momento para ir á hablar con alguien en un pasaje. Yo me quedé fuera esperándole y á los pocos instantes le vi salir muy pálido y con la mano izquierda apoyada en el corazón. Le pregunté ansiosamente qué tenía y me respondió : « No te asustes, no es nada. Al salir del pasaje me han tirado un tiro de revólver, por accidente sin duda, y tengo una ligera herida en la mano. »

Me desperté sobresaltada y mientras me vestía conté mi sueño á la doncella. De repente sonó un campanillazo y mi marido entró, tan pálido como le había visto en sueños y con la mano izquierda vendada. « No te alarmes, me dijo, no es nada. Al ir á la oficina con un amigo, me han tirado un tiro de revólver y la bala me ha hecho una ligera herida en la muñeca ». ¿Se trata de un caso de telepatía ?

MME KRANSKOFT,
Constantinopla.

LVI. — En 1866, estaba yo en un colegio situado en una pequeña localidad de la Selva-Negra. Una mañana, en el momento en que el profesor iba á empezar la lección, se presentó un alumno y le preguntó si había recibido noticias de su hermano, también profesor del mismo colegio y que estaba con licencia en Suiza.

El profesor contestó que no tenía noticia alguna y entonces el alumno contó en alta voz que había soñado la noche anterior que veía al ausente *tendido en el suelo con un agujero negro en la frente.*

Para disipar la emoción que todos sentimos al oir aquel relato, el profesor se apresuró á empezar la clase y no se habló ya del sueño en todo el día.

Uno ó dos días después, pues esto no lo recuerdo exactamente, el profesor recibió una carta diciéndole que su hermano había muerto á consecuencia de un accidente de caza. Al saltar un foso, se le disparó la escopeta y recibió toda la carga en la cabeza.

A. H.,
Ginebra.

LVII. — Mi madre vivía en Lille y tenía en Alsacia un tío al que quería mucho. Ese señor tenía los dedos muy finos y muy largos. Una noche, mi madre vió en sueños que aquella larga mano se paseaba lentamente por encima de su cabeza, como si buscase algo. El día siguiente, recibió la noticia de la muerte de su tío y, según supo después por las personas que le rodeaban, el moribundo hizo antes de expirar todos los movimientos que ella había visto en sueños.

A. P.,
Rue des Plantes, Paris.

LVII. — Muchas veces me ha ocurrido observar una coincidencia notable entre mis sueños y los sucesos ocurridos en el mismo momento.

Citaré como ejemplo el último que es el que tengo más presente.

Durante toda una noche soñé con una religiosa, á la que tuve en otro tiempo como institutriz.

La veía muy enferma y esto me angustiaba y trataba en vano de aliviarla.

Por la mañana supe que las hermanas de la escuela comunal habían ido á Mirecourt para asistir á las exequias de una de sus compañeras, y aún bajo la impresión de ese sueño) dije en seguida : « Sor San José... »

Y en efecto, era ella.

Nadie me había hablado de ella, sin embargo, é ignoraba que estuviese enferma.

G. Collin,
Vittel.

LIX. — Habitaba yo en Barbezieux (Charente), y el 13 de junio de 1894 soñé que veía continuamente un empleado de telégrafos con un telegrama en la mano. En todo el día siguiente esa misma visión me acompañó, á pesar de mis ocupaciones.

Durante siete días y siete noches consecutivas aquella pesadilla me dominó hasta tal punto, que el día 20 por la mañana llegó á ponerme verdaderamente enfermo. A las doce desapareció mi malestar, con gran contento mío, pero á las tres de la tarde me trajeron la noticia de la muerte de mi padre, de un ataque de apoplejía, en Castillon-sur-Dordogne, á las doce, hora en la cual me sentí aliviado.

Entonces vi delante de mí al empleado de telégrafos, tal como me le había presentado mi imaginación.

Ignoraba yo enteramente que mi padre estuviese enfermo y estábamos separados por una distancia de cien kilómetros.

Ulysse Lacoste,
Cours Saint-Louis, 48, Bordeaux.

LX. — Tengo buena salud y unos nervios muy sólidos. El 20 de abril de 1894 murió mi madre, Olga Nikadlevna Arbousova, á las siete y media de la mañana, teniendo 58 años. La víspera de su muerte, en Pascuas, fuí á ver á unos amigos que viven á 15 *verstes* de mi propiedad. Ordinariamente pasaba con ellos la noche, pero aquella vez no quise quedarme, por no sé qué presentimiento, y durante todo el camino de vuelta no me encontré en mi estado habitual. Al llegar vi á mi madre jugando á las cartas con un caballero y me tranquilicé. Me fuí á la cama y por la mañana me desperté, con un escalofrío en todo el cuerpo, de

un sueño horrible, y miré la hora : eran las siete y media. Había visto á mi madre aproximarse á mi cama y abrazarme diciendo : « *Adiós, me muero.* » Aquellas palabras me despertaron completamente.

No pude volverme á dormir, y diez minutos después sentí que todos corrían por la casa y una doncella entró y me dijo : « ¡Señor! ¡La señora se ha muerto! »

Según lo que contaron los criados, mi madre se había levantado á las siete y había ido á abrazar á su nieta y vuelto después á su cuarto para leer las oraciones de la mañana. En seguida se puso de rodillas ante una imagen y se murió de repente, de un aneurisma, á las siete y media de la mañana, en el momento de mi sueño.

ALEXIS ARBONSOFF,
Pskoff, Rusia.

LXI. — En 1881 abandoné la Francia para ir á Sumatra á reunirme con unos amigos. En Francia se quedaron mi madre, de salud poco sólida sin ser alarmante, y una hermana de 20 años, atacada de una enfermedad incurable y cuya salud exigía un viaje anual á las aguas del Mont-Doré. Todos los años recibía yo la noticia de su viaje á esas aguas.

En 1884, en la noche del 3 de agosto, soñé que recibía una carta de mi hermana diciéndome que nuestra madre había muerto de repente en los Pirineos.

Me desperté muy extrañado por aquel sueño y se lo conté á dos europeos que vivían, el uno conmigo y el otro cerca de mí. El recuerdo del sueño me persiguió sin descanso hasta convertirse en una verdadera obsesión, que me hacía desear y temer al mismo tiempo la llegada del correo. Por fin recibí una carta de mi hermana diciéndome que el médico la había enviado á Luchon y que mi madre, atacada de un enfriamiento, se había salvado por milagro gracias á la enérgica intervención del doctor, el cual declaró, en la

noche del 3 de agosto, que si mi madre vivía aún el día siguiente, podría responder de ella, pero no antes.

Mi sueño no fué, pues, exacto en cuanto á la muerte de mi madre, pero tiene de notable :

1°. Que el sueño señalaba un peligro de mi madre y no de mi hermana, cuya salud me preocupaba mucho más.

2°. Que el sueño me presentaba un balneario diferente de aquel al que iban de ordinario, lo que resultó exacto.

3°. Que si el sueño no fué exacto en cuanto á la muerte misma de mi madre, existió el peligro inminente y mi sueño coincidió con esa inminencia, como pude comprobarlo por los datos que después pedí á mi hermana.

¿No es extraño, por último, que un sueño preocupe al espíritu hasta el punto de tenerlo presente después de quince años? He hecho esta relación sin el auxilio de nota alguna, siendo así que todo el mundo conviene en que los sueños se los lleva el viento.

J. BOUCHARD,
Mocara Enim, Palembang (Sumatra).

LXII. — El 16 de junio de 1870 estaba yo profundamente dormido, cuando sentí que alguien me tocaba en la espalda. Me volví y vi á mi hermana, de 15 años, sentada en la cama. « *Adiós, Nadia* », me dijo, y desapareció.

Poco después supe que había muerto el mismo día y á la misma hora de mi sueño.

H. N. UBANENKO,
Moscou.

He aquí una serie de sueños relativos á manifestaciones de moribundos que nos parece que deben ser clasificadas en la misma categoría que los casos de telepatía consignados en el capítulo III de nuestro primer tomo.

Esos casos indican una acción psíquica del moribundo

sobre el espíritu del que duerme, ó, en todo caso, corrientes psíquicas entre los seres. Pero no he creído deberlos incluir entre los casos observados en el estado de vigilia, porque los sueños son innumerables y debidos con frecuencia á preocupaciones, y en ellos las circunstancias fortuitas no pueden ser eliminadas por el cálculo de probabilidades como en los hechos observados en la plenitud de la razón.

No es por eso menos cierto que gran número de esos sueños prueban que existe una relación cierta de causa y efecto entre el espíritu del moribundo y el del durmiente. Algunos tienen una precisión de detalles absolutamente convincentes, como los casos VIII, IX, XI, XVII, XX, XXVI, XLVII, LVI, etc.

En el momento mismo en que estoy escribiendo estas páginas, M. Daniel Beylard, arquitecto, alumno distinguido de la Escuela de Bellas Artes é hijo del conocido escultor de ese nombre, me trae el relato siguiente. La impresión telepática no ha sido sentida en sueños, sino en un estado mental que ofrece cierta analogía con el sueño; el estado de debilidad intelectual, parecido al de la infancia, que se observa en las personas extremadamente ancianas.

LXIII. — Mis dos abuelas vivían juntas en Burdeos hacía muchos años. Una de ellas tenía ochenta años; la otra, mi abuela paterna, tenía ochenta y siete y no gozaba ya de sus facultades intelectuales. Hacía dos años, sobre todo, que había perdido la memoria hasta el punto de que no recordaba el nombre de los objetos más usuales y no nos conocía.

El 19 de octubre último, según costumbre, mi abuela pasó

la mañana en su habitación y la criada que la cuidaba vió que estaba muy ocupada en cortar cartones y en arreglarse el cabello. Satisfecha por aquella tranquilidad, la dejó hacer hasta la hora del almuerzo. Al sentarse á la mesa, se observó que mi abuela se había puesto entre el pelo, por medio de hilos y de horquillas, una fotografía de su sobrino único, que vivía en Madrid. Nos reimos al principio y quisimos quitárselo, pero se opuso fuertemente y llegó hasta llorar cuando se hizo ademán de emplear la fuerza.

La dejamos, pues, tranquila, y á las cuatro de la tarde del mismo día recibimos un telegrama de Madrid participándonos la muerte de aquel sobrino, ocurrida por la mañana. La noticia nos sorprendió porque nadie sabía en Burdeos que estuviese enfermo.

Debo añadir que mi abuela había educado á aquel sobrino desde la edad de cinco años y que ambos se querían mucho.

He aquí, querido maestro, los hechos tal como ocurrieron en mi presencia y como los pueden certificar mi abuela materna, mis padres y la criada.

DANIEL BEYLARD,
Rue Denfert-Rochereau, 77, París.

He rogado al narrador de este interesante caso de telepatía que rogase á los testigos que le certificasen y que firmase él también, y se han apresurado á complacerme.

Aunque todos estos testimonios sean tan numerosos como irrecusables, añadiremos algunos más. Es preciso que no quede ni un motivo de duda.

El general Serrano murió en 1892, y su viuda ha escrito la siguiente relación de un curioso incidente relativo á esa muerte.

LXIV. — Hacía doce largos meses que una enfermedad

muy grave ¡ay! puesto que debía arrebatármele, minaba vida de mi marido. Su sobrino, el general López Domínguez, viendo que su fin se aproximaba á grandes pasos, fué á visitar al presidente del consejo de ministros, señor Cánovas, para obtener que Serrano fuese enterrado, como otros generales, en una iglesia.

El rey, entonces en el Pardo, negó la petición del general López Domínguez, pero prometió, sin embargo, prolongar su estancia en aquel sitio real, á fin de que su presencia en Madrid no impidiese que fueran tributados al general Serrano los honores militares debidos á su rango y á la alta posición que ocupaba en el ejército.

Los sufrimientos del general aumentaban de día en día; no podía acostarse y permanecía constantemente en una butaca. Una mañana, al rayar el alba, mi marido, que estaba enteramente paralítico por el uso de la morfina y no podía dar un solo paso sin la ayuda de varias personas, se levantó de repente, solo, recto y firme, y con voz más sonora que nunca la tuvo, exclamó en el silencio de la noche :

« ¡Pronto! Que un ayudante monte á caballo y corra al Pardo. ¡El rey ha muerto! »

Volvió á caer aniquilado en el sillón, y creyendo todos que deliraba, nos apresuramos á darle un calmante.

Se quedó traspuesto, pero unos minutos después se levantó de nuevo y dijo con voz débil, casi sepulcral :

« ¡Mi uniforme, mi espada : el rey ha muerto! »

Aquel fué su último destello de vida. Después de haber recibido los últimos sacramentos y la bendición del papa, expiró. Alfonso XII, murió sin esos consuelos.

Aquella repentina visión de la muerte del rey por un moribundo era verdadera. Por la mañana todo Madrid supo con estupor la muerte de Alfonso XII, que estaba casi solo en el Pardo.

El cuerpo del rey fué trasladado á Madrid y por esta circunstancia Serrano no pudo recibir el homenaje prometido, pues se sabe que estando el rey en el palacio de

Madrid, aun muerto, los honoros son solamente para él.

¿Fué el rey mismo el que se apareció á Serrano? El Pardo está lejos; todo dormía en Madrid y nadie, excepto mi marido, sabía nada. ¿Cómo supo la noticia?

He aquí un asunto de meditación.

CONDESA DE SERRANO, DUQUESA DE LA TORRE.

M. G. J. Romanes, miembro de la Sociedad real de Londres, ha consignado el hecho siguiente, que le comunicó uno de sus amigos :

LXV. — Durante la noche del 26 de octubre de 1872 me sentí de repente molesto y me fuí á acostar á eso de las nueve y media, una hora antes que lo acostumbrado. Casi en seguida me dormí y tuve un sueño tan intenso y que me hizo tanta impresión, que hablé de él á mi mujer al despertarme, pues temía que me anunciase alguna desgracia.

Creí estar leyendo en el salón al lado de una mesa y que de repente aparecía una anciana sentada al otro lado. Aquella señora no habló ni hizo movimiento alguno, pero me miraba con fijeza y yo la miré lo mismo durante veinte minutos lo menos. Su aspecto me chocó mucho. Tenía el pelo blanco, las cejas negras y una mirada muy penetrante. No la conocí y pensé que era una extraña. De pronto me volví hacia la puerta, que se abrió, y vi que entraba mi tía, la cual, viendo á la anciana, exclamó muy sorprendida y en tono de reproche : « Pero, John, ¿no sabes quién es? » y sin dejarme contestar añadió : « Es tu abuela ».

En este momento el espíritu que había venido á visitarme se levantó de su silla y desapareció, al mismo tiempo que yo me despertaba. Mi impresión fué tan grande, que anoté aquel sueño extraño, persuadido de que era un presagio de malas noticias. No las tuve, sin embargo, en unos días, pero una tarde recibí una carta de mi padre diciéndome que mi

abuela había muerto en la noche misma de mi sueño y á la misma hora, 10 y media.

El doctor Oscar Giacchi ha publicado en los *Annales des sciences psychiques* los tres casos siguientes :

LXVI. — 1er caso (personal). En 1853 era yo estudiante en Pisa, tenía diez y ocho años, todo me sonreía y no estaba turbado por cuidado alguno del porvenir.

El 19 de abril, no puedo decir si dormido ó medio dormido, vi á mi padre echado en la cama, pálido, lívido y diciéndome con voz apagada : « Hijo mío, dame el último beso porque voy á dejarte para siempre ». Sentí en la boca el frío contacto de sus labios y recuerdo tan bien aquel triste episodio, que podría repetir con el divino poeta : « *che la memoria il sangue ancor mi scipa* ».

Hacía muy pocos días que había recibido buenas noticias suyas y por esta razón no atribuí gran importancia á aquel fantasma de mi espíritu, pero una inquietud terrible se apoderó de mi alma y por la mañana, resistiendo á mi propia razón y á los consejos de mis amigos, me marché á Florencia, tan abatido como un reo al que se conduce al suplicio. Mi angustia era fundada, pues apenas entré en mi casa, mi madre corrió á mi encuentro y me dijo, desesperada, que la noche anterior, *á la misma hora de mi sueño*, mi padre había muerto de una enfermedad del corazón.

2º. caso (en mi clientela). — Tengo, hace más de tres años, en mi casa de locos, una vieja, atacada de delirio senil, que le deja, sin embargo, largos períodos de calma, durante los cuales se puede creer en sus afirmaciones. Es una pobre viuda que, cuando estaba libre, era socorrida por el cura de san Juan de Racconigi. El 17 de noviembre de 1892, aquella mujer, que en sus épocas de calma, pasaba las noches en un sueño, empezó á media noche á gritar, á desesperarse y á asegurar á las religiosas, que trataban de calmarla, que había visto al capellán caerse al suelo, arrojar por la boca una espuma sanguinolenta y morir pocos momentos después. El informe del médico de guardia refirió ese episodio de la noche y al mismo tiempo se supo que el cura de San Juan había muerto, en efecto, de una apoplejía fulminante *á la misma hora* del sueño de la vieja.

3er. caso (*idem*). Un tal G. C..., de Gottasecca, término de Monesillio, estaba hacía dos meses en una casa de Salud. Su estado se había mejorado y todo hacía esperar su curación con esa rapidez característica de las enfermedades mentales que no tienen antecedentes de herencia ni marcha degenerante. Su salud física era perfecta, aunque presentase síntomas de ateromia vascular, pero en la noche del 14 de septiembre de 1892, tuvo una hemorragia cerebral que le mató el día siguiente. El 16 recibí una tarjeta postal de su mujer, pidiéndome con ansia noticias del enfermo y pidiéndome que le respondiera inmediatamente, pues temía una desgracia.

Tal coincidencia de hechos y de fechas no podía serme indiferente y escribí en seguida al eminente doctor Dhiavarino, médico de esa familia, rogándole que buscase la razón de aquella tarjeta postal tan alarmante. El doctor me contestó que había hecho las averiguaciones necesarias y recogido los datos siguientes: «En la noche del 14 y precisamente á la hora en que C... fué atacado de apoplejía, su mujer, de un temperamento muy nervioso y embarazada entonces de siete meses, experimentó un gran malestar moral y se despertó sobresaltada creyendo muerto á su marido. Tal fué su emoción, que despertó á su padre para contarle aquel presentimiento y rogarle que la acompañase en seguida á Racconigi, convencida de que había sucedido una desgracia ».

Estos tres casos me parecen dignos de ser tomados en consideración. Atribuírlos á coincidencias fortuitas, me parecería un escepticismo despreciable y hasta me parece que sería un orgullo vano empeñarse en negar que han podido ser efecto de una ley biológica porque ignoramos esta ley, como ignoramos desgraciadamente tantos otros misterios de la psicología.

La hipótesis de la transmisión misteriosa del cerebro del que sufre ó se encuentra en peligro al de la persona amada es seductora, porque en un momento de peligro supremo ó de espantosa desdicha, el pensamiento puede hacer un esfuerzo poderoso para vencer las distancias. Pero en mis casos 2° y 3° no se puede admitir esta teoría, porque ni el capellán de san Juan ni G. C... atacados los dos por la apoplejía, no pudieron tener fuerza para pensar en los ausentes, y seguramente el cura no quería tanto á aquella vieja para que se dirigiese hacia ella su suprema invocación de moribundo.

Citaré todavía, á propósito de este género de sueños, un caso muy notable observado por M. Frédéric Wingfield, en Belle-Isle-en-Terre (Côtes-du-Nord) y ya publicado en las *Alucinaciones telepáticas* :

LXIX. — Lo que voy á escribir es la relación precisa de lo que pasó, y debo hacer observar á este propósito que no estoy nada dispuesto á creer en lo maravilloso, sino que, por el contrario, he sido acusado con razón de un escepticismo exagerado respecto de las cosas que no puedo explicarme.

En la noche del jueves 25 de Marzo de 1880, me acosté después de haber leído hasta muy tarde, según mi costumbre, y soñé que estando leyendo echado en mi sofá, se me presentó de repente mi hermano Richard Wingfield-Baker, *que se sentó en una silla delante de mi*. Le hablé, pero él inclinó solamente la cabeza, á modo de respuesta, y después se levantó y salió. Al despertarme, me encontré con un pie en el suelo y otro en la cama y haciendo esfuerzos por hablar y pronunciar el nombre de mi hermano. Mi impresión de que mi hermano estaba presente era tan fuerte y tan viva la escena que había soñado, que me levanté y fuí al salón á buscarle. Examiné la silla en que le había visto y me volví á la cama, pero no pude dormir hasta por la mañana. Al

despertarme, mi presentimiento de una desgracia era tan fuerte, que anoté mi aparición en un libro de memorias y añadí esta inscripción : « ¡ No lo quiera Dios ! »

Tres días después, supe la muerte de mi hermano, ocurrida el jueves 25 de marzo, á las ocho y media, á consecuencia de las terribles heridas que se hizo en una caída, estando de caza.

M. Wingfield me envió con esta carta su libro de memorias, en el cual, entre muchas notas de negocios, se lee la siguiente : « Aparición, noche del jueves 25 de marzo 1880. R. B. W. B. ¡ No lo quiera Dios ! »

Á esta nota acompañaba la carta siguiente :

Coat-an-nos, 2 de febrero de 1884.

Mi querido amigo ; no he tenido que hacer ningún esfuerzo de memoria para recordar el hecho de que usted habla, pues conservo de él un recuerdo claro y preciso. Recuerdo perfectamente que el domingo 4 de abril de 1880 llegué á París para pasar unos días y fui á almorzar con usted. Recuerdo también perfectamente que encontré á usted muy impresionado por la noticia de la muerte de un hermano. Recuerdo también, como si hubiera sucedido ayer, que días antes de la triste noticia había usted visto ó creído ver, pero en todo caso muy distintamente, al hermano en cuestión, y que tan convencido estaba usted de que era él, que se levantó y le dirigió la palabra y en aquel momento desapareció como un espectro. Recuerdo que bajo la impresión muy natural que le produjo este suceso, lo escribió usted en un libro de memorias, que me enseñó.

Tampoco me sorprendió lo que me dijo usted entonces, y he conservado de ello un recuerdo tan vivo, porque tengo en mi familia hechos semejantes en los que creo absolutamente.

Estos hechos suceden, créalo usted, con más frecuencia de

lo que se supone; pero generalmente no se cuentan por desconfianza de sí mismo ó de los demás.

Hasta la vista, querido amigo. Crea en los más afectuosos sentimientos de su adicto.

FRANCIGNY, PRÍNCIPE DE LUCINGE.

M. Wingfield añade, como respuesta á las preguntas :

Nunca he tenido otro sueño de la misma especie ni me he despertado con tal impresión de realidad y de inquietud. Nunca el efecto de un sueño me ha durado tanto tiempo y jamás he tenido alucinaciones.

Conviene hacer observar que ese sueño no se ha verificado sino *algunas horas después de la muerte.*

Son tan numerosos los documentos de ese género, que lo difícil es acabar de publicarlos. No podemos menos, sin embargo, de consignar todavía un sueño no menos notable y que ha sido publicado recientemente en la revista especial los *Annales des Sciences psychiques* del doctor Dariex, con todos los documentos que pueden garantir su absoluta veracidad :

LXX. — En los primeros días de noviembre de 1869, salí de Perpignan, mi pueblo natal, para ir á continuar los estudios de farmacia en Montpellier. Mi familia se componía en aquella época de mi madre y mis cuatro hermanas, y dejé á todos contentos y en buena salud.

El 22 del mismo mes, mi hermana Elena, una hermosa muchacha de diez y ocho años, la más joven de todas y la que yo prefería, fué visitada por unas amigas y fueron por la tarde, con mi madre, al paseo de los Plátanos. Hacía un tiempo hermoso. Á la media hora de paseo, mi hermana

sintió un malestar repentino. « Mamá, dijo, siento un escalofrío muy extraño que me recorre todo el cuerpo y me duele mucho la garganta. Vámonos á casa. »

Doce horas después, mi querida hermana expiraba en los brazos de mi madre, víctima de una angina maligna que dos médicos fueron impotentes para dominar.

Como era yo el único hombre de la familia para representarla en las exequias, me enviaron á Montpellier telegrama tras telegrama, pero una terrible fatalidad que deploro todavía, hizo que ninguno llegase á tiempo á mis manos.

Ahora bien, en la noche del 23, diez y ocho horas después de la muerte de la pobre muchacha, fuí presa de una espantosa alucinación.

Volví á mi casa á las dos de la madrugada con el pensamiento alegre y poseído de la dicha que me había causado una partida de placer que duró los dos días 22 y 23. Me metí en la cama muy satisfecho y cinco minutos después estaba dormido.

Á las cuatro de la mañana, vi aparecer ante mí la figura de mi hermana, *pálida, ensangrentada, inerte*, y oí este grito penetrante, repetido, quejumbroso : « *¿Qué haces, Luis? ¡Ven! Ven pronto!* »

Siempre en sueños, tomé un coche, pero á pesar de mis esfuerzos sobrehumanos no podía hacerle andar.

Y no dejaba de ver á mi hermana, pálida, ensangrentada, inerte, y el mismo grito penetrante, repetido, quejumbroso, llegaba hasta mí : « *¿Qué haces, Luis? ¡Ven! ¡Ven pronto!* »

Me desperté bruscamente con la cara congestionada, la cabeza ardiendo, la garganta seca, la respiración corta y fatigosa y el cuerpo bañado en sudor.

Salté de la cama para tratar de tranquilizarme y una hora después me volví á acostar, pero no pude ya conciliar el sueño.

Á las once de la mañana me fuí á almorzar, dominado por una insuperable tristeza. Mis compañeros de mesa me preguntaron qué me sucedía y les conté lo que me había

pasado, lo que me valió algunas bromas. Á las dos me fuí á la Facultad, esperando encontrar alivio en el estudio.

Al salir de clase, á las cuatro, vi venir hacia mí una mujer enlutada. Se levantó el velo y me encontré con mi hermana mayor, que venía á saber qué había sido de mí, inquieta por mi silencio y á pesar de su extremado dolor.

Mi hermana me hizo saber la triste noticia que yo no podía prever, pues el 22 por la mañana había recibido excelentes noticias de mi familia.

Tal es el relato que envío á usted garantizándole por mi honor como absolutamente cierto. No expreso ninguna opinión y me limito á referir.

Han pasado desde entonces veinte años y mi impresión es todavía igualmente profunda, ahora sobre todo. Si los rasgos de la cara de Elena no se me aparecen con la misma claridad, oigo aún aquella llamada plañidera, repetida, desesperada : « ¿Qué haces, Luis? ¡Ven pronto! »

Louis Noell,
Farmacéutico, Cette.

Este relato vino acompañado de documentos que garantizan su autenticidad. Citaremos entre ellos la siguiente carta de la hermana del comunicante :

Mi hermano me ha rogado, á petición de usted, que le envíe una relación de la entrevista que tuve con él en Montpellier, después de la muerte de nuestra hermana Elena. Para complacer á ustedes y á pesar de la amargura que me causan esos recuerdos tan dolorosos, voy á enviarles mi testimonio.

Viendo en la calle á mi hermano, que fué el primero en conocerme á pesar de mi traje de luto, comprendí que ignoraba la muerte de Elena. « ¿Qué desgracia ha ocurrido? » exclamó. Al saber por mí la terrible verdad, me estrechó en sus brazos con tal violencia que por poco me hace caer. Al

llegar á su casa tuve que sufrir una escena terrible. Loco de cólera, muy nervioso, muy ardiente, pero también muy bueno, casi me maltrató. « ¡Qué fatalidad! exclamaba : ¡Qué desgracia! ¡Oh! ¿Por qué no he recibido los telegramas? » Y golpeaba furiosamente la mesa con ambas manos... Se bebió una tras otra tres grandes botellas de agua, y hubo un momento en que le creí loco, tan extraviada tenía la mirada...

Cuando fué dueño de sí mismo, unas horas después, dijo : « ¡Oh! ¡Estaba seguro ; tenía que sucederme una gran desgracia! » Entonces me contó la alucinación que había sufrido en la noche del 23.

Thérèse Noell.

Este sueño, como el precedente, ha ocurrido *después* de la muerte del sujeto que parece haberle determinado. No analizaremos aquí las causas inmediatas de esas sensaciones, pues más adelante tendremos que distinguir las manifestaciones de *muertos* y las de moribundos, ó sea vivos. Pero lo que debemos retener es el sueño mismo, cualquiera que sea la naturaleza de la acción psíquica. Muchas explicaciones pueden ser enunciadas. ¿El espíritu del dormido se transmitió hacia su hermana y sólo encontró una muerta? ¿Su hermana, por el contrario, le llamó antes de morir y esa llamada tardó diez y ocho horas en producir la sensación? ¿No hubo sencillamente una corriente psíquica de naturaleza desconocida entre los dos hermanos? Cuestiones son estas que hay que estudiar. Estamos entrando en un nuevo mundo que dista mucho de estar explorado.

Pero al leer estos sueños se advierte ya, se siente,

que la fuerza en acción no va siempre del moribundo al que la percibe, sino más bien del que sueña al moribundo, lo que se asemeja á una visión á distancia.

Los casos VIII (la abuela que lleva á sus nietos por un prado), XI (hermano que muere en San Petersburgo con sus hijos arrodillados al rededor de la cama), XII (cortejo mortuario), XV (muerte de un perro), XVII (niño que muere en un edredón rojo), XX (cinco ataúdes), XXI (muerte de Carnot), XXXIX (vista del entierro de una joven, de Cartagena á Nantes), XLVI (el general Cossigny que se cae por la escalera), XLVIII (herida en el hombro derecho), LV (tiro de revólver en la mano), LVI (alumno que ve al hermano del profesor con un tiro en la cabeza), LXIV (el general Serrano que anuncia la muerte del rey), LXVII (vieja que ve morir un cura), etc, confirman aquella impresión. Aquí parece que el espíritu del que dormía ha *visto*, *percibido*, *sentido*, cosas que sucedían lejos.

Ese estudio de *la vista á distancia*, *en sueños*, será objeto de nuestro próximo capítulo.

Pero los 70 casos que hemos consignado y que confirman, bajo otro aspecto, las manifestaciones de moribundos expuestas en el otro volumen, son para nosotros otros tantos documentos absolutamente demostrativos. Para nosotros esos fenómenos psíquicos son ciertos é incontestables y deben constituir de hoy más una nueva rama de la ciencia.

II.

LA VISTA Á DISTANCIA, EN SUEÑOS, DE LOS HECHOS ACTUALES.

Según los ejemplos que acabamos de consignar, parece, en efecto, que en ciertos sueños se ve lo que sucede á distancia. Vamos á continuar aquí este examen con el de otros casos especiales observados y relatados con gran cuidado, sin volver á hablar de las manifestaciones de moribundos que tenemos de hoy más por absolutamente demostradas en el tomo primero.

Además, en estos ejemplos de vista á distancia en sueños no nos ocuparemos más que de la vista de sucesos presentes y actuales, pues en nuestra clasificación metódica reservamos la adivinación del porvenir para el capítulo siguiente, que será el último de este volumen.

También dejamos para después la vista á distancia en estado de vigilia, así como el análisis de los *presentimientos*. Estas distinciones son enteramente necesarias para nuestras investigaciones y nos ayudarán á no aceptar ni admitir sino lo que está suficientemente probado y para que lleguemos en seguida á las explicaciones si es posible.

Estas cuestiones son objeto de mis estudios hace

que la fuerza en acción no va siempre del moribundo al que la percibe, sino más bien del que sueña al moribundo, lo que se asemeja á una visión á distancia.

Los casos VIII (la abuela que lleva á sus nietos por un prado), XI (hermano que muere en San Petersburgo con sus hijos arrodillados al rededor de la cama), XII (cortejo mortuario), XV (muerte de un perro), XVII (niño que muere en un edredón rojo), XX (cinco ataúdes), XXI (muerte de Carnot), XXXIX (vista del entierro de una joven, de Cartagena á Nantes), XLVI (el general Cossigny que se cae por la escalera), XLVIII (herida en el hombro derecho), LV (tiro de revólver en la mano), LVI (alumno que ve al hermano del profesor con un tiro en la cabeza), LXIV (el general Serrano que anuncia la muerte del rey), LXVII (vieja que ve morir un cura), etc, confirman aquella impresión. Aquí parece que el espíritu del que dormía ha *visto*, *percibido*, *sentido*, cosas que sucedían lejos.

Ese estudio de *la vista á distancia*, *en sueños*, será objeto de nuestro próximo capítulo.

Pero los 70 casos que hemos consignado y que confirman, bajo otro aspecto, las manifestaciones de moribundos expuestas en el otro volumen, son para nosotros otros tantos documentos absolutamente demostrativos. Para nosotros esos fenómenos psíquicos son ciertos é incontestables y deben constituir de hoy más una nueva rama de la ciencia.

II.

LA VISTA Á DISTANCIA, EN SUEÑOS, DE LOS HECHOS ACTUALES.

Según los ejemplos que acabamos de consignar, parece, en efecto, que en ciertos sueños se ve lo que sucede á distancia. Vamos á continuar aquí este examen con el de otros casos especiales observados y relatados con gran cuidado, sin volver á hablar de las manifestaciones de moribundos que tenemos de hoy más por absolutamente demostradas en el tomo primero.

Además, en estos ejemplos de vista á distancia en sueños no nos ocuparemos más que de la vista de sucesos presentes y actuales, pues en nuestra clasificación metódica reservamos la adivinación del porvenir para el capítulo siguiente, que será el último de este volumen.

También dejamos para después la vista á distancia en estado de vigilia, así como el análisis de los *presentimientos*. Estas distinciones son enteramente necesarias para nuestras investigaciones y nos ayudarán á no aceptar ni admitir sino lo que está suficientemente probado y para que lleguemos en seguida á las explicaciones si es posible.

Estas cuestiones son objeto de mis estudios hace

muchos años. En febrero de 1889 publiqué en *el Voltaire* el sueño siguiente que me fué comunicado por mi amigo P. Conil.

I. — En 1844 estaba yo en séptimo año en el liceo de Saint-Louis, y por entonces, uno de mis tíos, Joseph Conil, juez de instrucción en la isla Borbón (hoy de la Reunión), vino á París para consultar á las celebridades médicas de aquel tiempo sobre un tumor que se le presentó en el cuello y que le había invadido la mejilla y parte de la cabeza.

Mi tío quería que le operasen, pero Velpeau se opuso y dijo á mi padre que sin operación el enfermo viviría un año ó quince meses; pero que si se le operaba, se quedaría entre las manos de los cirujanos.

Mi pobre tío ignoró siempre aquel diagnóstico y todos los días se inventaban nuevos pretextos para retardar la operación.

Un domingo en que salí del liceo, encontré á mi tío más afectuoso que de costumbre y cuando me separé de él me dijo:

« Abrázame, porque no me verás más. »

Protesté, naturalmente, contra esas palabras, le abracé cariñosamente, pues le quería mucho, y volví al colegio, donde continué mis estudios y mis juegos.

En la noche del jueves de aquella misma semana dormía yo profundamente cuando soñé que estaba en Courbevoie, donde mi padre y mi madrastra estaban pasando el verano con mi tío.

En la gran habitación del primer piso, que da al jardín, mi tío estaba acostado en su cama de cortinas rojas y á su lado estaba mi padre y mi madrastra. Cerca de la cama estaba arrodillada y rezando una antigua criada bretona, Luisa, que estaba á nuestro servicio hacía mucho tiempo.

Mi tío hablaba sucesivamente con todos los presentes y

hacía á mi padre recomendaciones sobre mi hermana y sobre mí, que yo oía muy distintamente y podría repetir, pues aquella visión me impresionó tanto que la tengo aún muy presente, pero no tendrían interés alguno para los lectores.

Dió una bolsa con dinero á Luisa. « Tome usted, le dijo, por haberme cuidado como una hermana de la Caridad. »

Y parece que oigo todavía los sollozos de la pobre mujer.

Se produjo un largo silencio, que Luisa rompió diciendo:

« Señor, hace tres meses que no puede usted abrir el ojo derecho. Póngase usted en él esta medalla de la virgen de Auray y verá como le abre. »

Mi tío sonrió, cogió la medalla, la puso en los párpados y casi en seguida sus ojos se abrieron y permanecieron abiertos unos minutos.

Era mi tío muy creyente, y dijo: « Siento que no pasaré la noche. Luisa, vaya usted á buscar un sacerdote. »

Llegó el cura, se le dejó á solas con el enfermo y yo asistí á la confesión, *pero no oí ni una sola palabra*.

El sacerdote salió. Todos entraron de nuevo y pronto empezó la agonía de la que *vi* todos los horribles detalles.

Mi querido tío exhaló un largo suspiro.

Estaba muerto...

Cuando me desperté el reloj del colegio estaba dando las dos de la madrugada y tenía yo los ojos llenos de lágrimas.

« Hay que tomar los sueños al contrario, pensé; he soñado que mi tío estaba muerto y eso quiere decir que está bueno. »

El domingo por la mañana, un antiguo amigo de mi familia, Mr. Vigneau, padre del autor de *Orfa*, fué á buscarme y me dió la triste noticia. Cuando llegué á Courbevoie mi padre me transmitió las últimas recomendaciones de mi tío y eran las mismas que yo había *oído*. Muy extrañado, dije á mi padre: « ¿No ha dicho mi tío tal y tal cosa?

— Sí.

— ¿No ha pasado esto en sus últimos momentos? »

Y conté todo lo que había *visto* y *oído*.

Todo era de una exactitud absoluta.

« ¿Pero cómo sabes todo eso? preguntó mi padre.

— Lo he soñado. Pero dime : ¿á qué hora ha muerto mi tío?

— Á las dos en punto.

— Eso es, contesté. Á esa hora me desperté de mi sueño. »

La acción inconsciente del cerebro no explica esta especie de sueños, como no explica los del capítulo precedente.

Parece como que el espíritu del durmiente se ha transportado ó ha visto á distancia lo que pasaba en el cuarto de su tío moribundo. En otro sueño, M. Conil ha visto el Havre antes de ir á esta ciudad y después ha *reconocido* perfectamente los muelles y las calles cuando fué por primera vez.

He aquí otros ejemplos del mismo orden tomados de mi información :

II. — 1°. Varias veces, en mi vida de treinta y ocho años de sacerdocio, he sido impulsado instintivamente hacia el lecho de un moribundo sin saber siquiera que estuviese enfermo. Si no temiese cansar á usted, dado el gran número de cartas que debe recibir, le contaría todos estos casos. Le referiré tan sólo uno.

Una noche, á la una de la madrugada, me desperté de repente al ver en su cama, moribundo, á uno de mis feligreses, que me llamaba á grandes voces. En cinco minutos me vestí y, con una linterna en la mano, me dirigí á la casa del enfermo. En el camino me encontré á un emisario que venía corriendo á buscarme.

Cuando llegué, el moribundo había ya perdido el conocimiento á consecuencia de un ataque de apoplejía. No tuve tiempo más que para recitar la fórmula de la absolución y murió.

Aquel hombre, muy fuerte y robusto, se había acostado á las nueve de la noche en las mejores condiciones.

BOUIN,
Cura de Couze (Dordogne).

III. — Tenía yo unos buenos amigos, granjeros en Chevennes, á los que no había visto hacía mucho tiempo. Una noche tuve una pesadilla espantosa. Soñé que su granja se quemaba y que yo hacía esfuerzos desesperados para ir á pedir socorro, pero me encontraba imposibilitado para todo porque mi voz no salía de la garganta y mis pies permanecían pegados al suelo. Vi así el fuego comunicarse á varios edificios y, por fin en un momento de hundimiento general, hice un esfuerzo violento para escapar á los escombros y me desperté con la garganta seca y los miembros doloridos. Salté de la cama y en este momento se despertó mi mujer, la cual se rió de mí al verme tan alarmado.

El día siguiente recibí un propio para anunciarme que una parte de la granja había sido destruída por un incendio.

GEORGES PARENT,
Alcalde de Wiège-Faty (Aisne).

IV. — Mi padre, Palmero, ingeniero de caminos y canales, natural de Tolón, después de haber pasado veinte años en la Reunión, donde se casó y tuvo cinco hijos, se retiró y fué á establecerse en su pueblo natal, en 1867.

Mi madre, que pertenecía á una de las más nobles familias de la Reunión, dejó su país con pena porque dejaba en él á sus padres en mala situación de fortuna.

Los primeros años que pasaron en Francia, donde todo les era desconocido, fueron tan penosos para ella como para mi padre, el cual, de corazón bondadoso, formó la secreta resolución de hacer venir á sus suegros con nosotros.

Se guardó bien de informar á su mujer, la cual, á pesar de su cariño á sus padres, se hubiera opuesto á una deter-

minación tan costosa y cuyas consecuencias podían ser deplorables para una familia de siete personas atenidas á la jubilación de mi padre.

Mi madre ignoraba, pues, la determinación de mi padre y aunque la hubiera sabido no hubiera creído en ella. Mis abuelos, de edad muy avanzada, vivían en la Reunión, rodeados de sus otros hijos y con los cuidados y satisfacciones que procura una existencia honrada y tranquila.

Nada hacía, por tanto, suponer que aceptarían, como lo hicieron, la proposición de su yerno.

Dejándolo todo, vendiendo los pocos muebles que les quedaban é impulsados por esa fuerza desconocida que se llama el destino, aquellos viejos tomaron el primer vapor para Francia, sin escribir y sin telegrafiar, pues no había en aquella época comunicación entre la isla Borbón y la metrópoli.

Estábamos, pues, sin noticias, cuando una noche de mayo de 1872, mi madre se despertó sobresaltada y dijo á mi padre : « ¡Levantémonos todos, pues acabo de ver á papá y á mamá que pasaban embarcados por delante de Tolón y apenas tenemos tiempo para prepararles su cuarto! »

Mi padre, que no creía haber sido tan persuasivo en su carta ni podía suponer que pocos días después de recibida hubiese salido un vapor de la Reunión, se echó á reir y aconsejó á mi madre que se volviese á acostar y dejase dormir á los niños.

Pasada la primera emoción, mi madre siguió el consejo y se acostó, no sin repetir *que estaba segura de haber visto á sus padres embarcados delante de Tolón.*

Por la mañana recibimos un telegrama de Marsella anunciándonos la llegada de mis abuelos en un barco de las Mensajerías Marítimas.

Cuando mi madre contó á su padre la visión de la noche anterior, él contó que cansados del viaje y á punto ya de volver á ver á su querida hija, en un impulso del corazón sus ojos sondaron la obscuridad y sus manos se dirigieron hacia la tierra, pensando : « Allí está nuestra hija, á la que vamos á abrazar dentro de unas horas. » Estaban á la vista de Tolón.

Mi abuela, de mucha edad, vive conmigo y cuando le recuerdo su llegada á Francia brillan sus ojos y comprendo que su fluído atravesara la distancia para ir á impresionar el cerebro de la hija por cuyo cariño lo habían dejado todo, á la edad en que un viaje asusta y desorienta.

PALMERO,
Empleado de Correos, Marsella.

V. — Estando mi padre en el colegio á 60 kilómetros de su casa, se despertó una noche sobresaltado por la idea dolorosa y repentina de que su madre se moría. ¿Fué un sueño?

No pudo volverse á dormir hasta el alba y en cuanto amaneció fué á pedir permiso al director del colegio para irse á su casa. El director se le negó. Una carta de su padre le hizo saber después que aquella noche, *á la misma hora*, su madre había recibido los sacramentos, próxima á morir, y había hablado de él repetidas veces. Pero después de haber estado á la muerte, vivió aún largo tiempo.

BERNARD VANDENHOUGEN,
Mantes.

VI. — Hace algunos años habitaba yo una propiedad á pocos kilómetros de Papeete, centro de nuestros establecimientos franceses en Oceanía. Tuve una vez necesidad de ir á una sesión de noche del Consejo general y á eso de las doce, al salir de la población, en una pequeña *charrette* inglesa, me sorprendió una tempestad espantosa.

Los faroles del coche se apagaron; el camino que yo seguía, á orilla del mar, estaba enteramente obscuro y mi caballo, asustado, se encabritó. De pronto sentí un choque violento; el coche acababa de precipitarse contra un árbol. Las dos

ruedas se quedaron con su eje en el sitio del choque, y yo, proyectado al hueco que quedaba entre el caballo y el cuarto delantero del carruaje, fuí arrastrado por el animal enloquecido en una carrera durante la cual debí matarme cien veces.

No perdí, sin embargo, la sangre fría y conseguí calmar al caballo y bajarme del resto de coche sobre el cual me encontraba. Pedí socorro por instinto en aquel país absolutamente desierto, cuando de repente vi una luz que parecía dirigirse hacia mí y á poco apareció mi mujer que había recorrido cerca de dos kilómetros para venir en derechura al treatro del accidente.

Estando dormida, se había despertado *viendo claramente que yo me encontraba en peligro de muerte*, y sin vacilar había encendido una linterna y corrido á mi socorro bajo una lluvia torrencial.

Con mucha frecuencia volvía yo á casa de noche y nunca mi mujer había experimentado la menor inquietud por mí. Aquella noche vió lo que me sucedía y no pudo resistir á la necesidad imperiosa de salir á mi encuentro.

No recuerdo que en aquel momento dirigiera yo una ardiente llamada mental hacia ella, y confieso que me quedé atónito cuando á más de cien metros oí una voz que me decía en la obscuridad :

« Sé que estás herido; aquí vengo. »

JULES TEXIER,
Chatellerault.

VII. — Vivía yo en Cette, con mi mujer, mi suegra y mis dos hijas, en una casita situada en la vertiente de la montaña, é iba todos los días á la ciudad en un coche de alquiler que venía á buscarme á las ocho y media de la mañana.

En una ocasión me desperté á las cinco y media después de un sueño horrible. Había visto *caer de una ventana una joven* y matarse en el acto. Cuando mi familia se levantó, á las siete, les conté mi sueño y todos se emocionaron. Bajé

al jardín esperando al coche, que debía venir á buscarme como de costumbre, pero no llegó hasta las nueve y media. Me enfadé por aquel retraso que me perjudicaba para mis negocios, pero el cochero me dijo que había reemplazado á su amo que era el que de ordinario venía á recogerme, porque una hija de éste *se había caido por una ventana*, á las cinco de la mañana, y se había matado.

Yo no conocía á aquella joven.

MARTIN HALLE,
19, rue Clément-Marot, Paris.

VIII. — Hace seis años tuve mi segundo hijo al que mi madre se llevó consigo, visto mi mal estado de salud, para que le criaran en su casa. Estuve enferma y después convaleciente, y excusado es decir que al levantarme mi pensamiento iba continuamente hacia el pequeño ser que me habían arrebatado tan pronto y al que apenas había visto.

Teníamos frecuentes y muy satisfactorias noticias suyas y estábamos absolutamente tranquilos respecto de él. Una mañana me desperté con una opresión singular; había visto en sueños á mi hijo *jorobado*. Se lo dije llorando á mi marido y él se rió de mí; pero apenas levantada escribí á mi madre contándole el sueño y pidiendo que nos escribiera hablándonos largamente del niño. Nos respondió con mil elogios de mi hijo, una criatura magnífica. La abuela estaba orgullosa de su nieto.

Poco tiempo después, mi madre, que no había vuelto á mi casa desde el parto, vino á vernos y nos reveló en la intimidad que mi carta la había puesto mala de sorpresa pues, en efecto, al recibirla *mi hijo estaba jorobado*. Se había presentado ese defecto de un modo transitorio, pero el médico había dicho que no era nada y unos cuantos *massages* hábilmente aplicados habían corregido en quince días aquella imperfección. Mi carta había llegado en el momento en que mi madre, alarmada, había consultado al mé-

dico, que la tranquilizó y dijo que no me alarmara inútilmente.

MARIE DUCHEIN,
París.

IX. — En el mes de octubre de 1896 estaba yo en casa de una amiga y teniendo que alojar soldados á causa de la revista del emperador de Rusia, el cocinero cogió por error un cubierto de la casa en el momento de marcharse y le empaquetó con los suyos.

En cuanto se marcharon, se observó la desaparición del cubierto.

Mi amiga escribió en seguida y dos días después, al despertarse, me dijo :

« María, he soñado que recibiría hoy el cubierto y al mismo tiempo una carta. Pero lo más curioso es que el papel de la carta es *rosa, cubierto enteramente de escritura*, y el sobre blanco. »

Esperamos con impaciencia al cartero, el cual nos trajo, en efecto, el cubierto y la carta con sobre blanco, papel rosa y *las cuatro páginas escritas*.

¿Cómo se explica que mi amiga viese todo esto en un sueño?

MARIE BOUVRY,
Brimont.

X.— Tengo un hermano, hoy de 29 años, que en 1889 se fué á Santiago de Chile. Tenía mi hermano la costumbre de enviarnos noticias suyas con toda regularidad. Al recibirse una carta suya en 1892 (no recuerdo exactamente la fecha), mi madre nos dijo que había visto en sueños que llevaban á mi hermano *al hospital en una camilla*. Las cartas tardaban unos treinta y cinco días en llegar de Santiago á Francia. Después de cinco meses sin noticias, tuvimos por fin una carta en la que mi hermano nos decía que acababa de salir del hospital, donde había estado enfermo cinco meses con una fiebre tifoidea y una pleuresía.

MARIE VIALLA,
30, rue Victor-Hugo, Lyon.

XI. — Un tío de mi cuñada, que vive aún y estaba entonces en el campo, á unos 60 kilómetros de Bayona, soñó una noche que un amigo suyo íntimo, M. Raush, era asesinado en el paseo del mar, en Bayona, al volver á su casa.

El día siguiente por la mañana, M. Bouin, el tío de mi cuñada, contó su sueño sin darle importancia, pero poco después tuvo noticia de que unos españoles habían asesinado á su amigo en el paseo del mar de Bayona, en la noche de su sueño.

Firmo estas líneas que son la expresión de la verdad, pero agradeceré á usted que no publique mi nombre.

G. F.
Bordeaux.

XII. — En 1872 ó 1873, mi madre, entónces soltera, vivía con la suya en la calle de Tonnelles, y conocía á una pobre familia, llamada Morange, que habitaba en la calle de San Antonio, cerca del liceo Carlomagno. Un sábado por la tarde encontró á aquella familia y la hija, que la quería mucho, le enseñó un traje nuevo estrenado aquel día.

El día siguiente, al despertar, mi madre contó á la suya que *había soñado que la familia Morange entera había muerto*.

En el día se supo que todos ellos habían perecido en el incendio de su casa.

MARCEL GERSCHEL,
París, 80, faubourg Saint-Denis.

XIII. — Puedo afirmar á usted un hecho absolutamente auténtico que sucedió hace unos años.

Una noche vi en sueños á dos señoras conocidas, *que iban de luto*, aunque yo no tenía la menor idea de que alguien de su familia hubiese muerto. Pregunté y supe que llevaban luto por la muerte de un caballero hermano de la una y marido de la otra.

Días después supe que el fallecimiento se había efectuado

en la misma noche de mi sueño, en Moscou. Las dos señoras estaban en Alemania y yo en Mitau (Rusia).

SOPHIE HERRENBERG,
Mitau.

XIV. — Hace treinta años mi familia vivía en Marsella. Una mañana, mi padre nos dijo haber soñado que su madre, que vivía en Alsacia y no estaba enferma, había muerto.

Días después supo que, en efecto, su madre murió en aquella noche.

N. NISCHE,
Châlons-sur-Marne.

XV. — A. Siendo joven, asistí en sueños al robo de un caballo de mi marido por dos individuos y á todas las precauciones que tomaron para sacarle de la cuadra sin ruido. Al despertar conté á mi marido mi sueño y él se fué á la cuadra, que estaba, en efecto, vacía. Tres años después los ladrones fueron cogidos y el caballo pagado.

B. Una noche vi en sueños á un amigo de mi marido, que estaba en un panteón, rodeado por mi madre y mis hermanos muertos y hacia los ¡cuales aquel señor tenía una viva simpatía. Estaba envuelto en un largo sudario blanco y se llegó á mí para hacerme un gran saludo, después de lo cua desapareció, así como mis parientes. Unos días después murió mi marido.

Si usted cree que debe consignar estos hechos, tenga la bondad de no nombrarme.

VIUDA C. F.

XVII. — El 13 ó el 14 de octubre de 1898, acababa de dejar á Mme G..., en cuya casa había pasado unos días, y me había venido aquí. En la noche siguiente esa señora vió en sueños un naufragio con gran cantidad de ahogados. Al despertarse, persuadida por otros ejemplos de que tenía una

especie de doble vista, quiso telegrafiarme para aconsejarme que no partiera, pero su marido se lo impidió.

El 13 de octubre los periódicos anunciaron una gran tempestad y la pérdida de un navío en la que perecieron más de cien personas. Por fortuna para mí, aquel barco no fué el mío.

P. P.
Doctor en Derecho, Philippeville.

XVIII. — Mme B... habitaba hace años en una quinta, cerca de la ciudad de Yokohama, y tenía la costumbre de echarse á dormir una hora antes de comer. Una tarde no sé si estando dormida ó dormitando, exclamó de repente : « ¡ Oh ! Dios mío, M. N... se ahoga... ¡ Salvadle ! ¡ Salvadle !... ¡Ah ! Ya ha muerto. » Aquella señora *lo había visto distintamente*. Su marido trató de tranquilizarla de lo que él creía un sueño, pero poco tiempo después un mensajero fué á anunciarles que su amigo M. N... se había ahogado bañándose en el río antes de ir á comer con ellos. La intención de comer en casa de los de B... explica fácilmente que pensara en ellos en el baño. La hora del accidente y la del « sueño » de Mme B... coinciden exactamente.

F. E. BADE,
Hambourg.

XIX. — En los primeros días de abril de 1884, soñé que mi marido, enfermo, me decía : « Ven á abrazarme ». Mi marido y yo estábamos separados hacía mucho tiempo. En esa época se verificaba la exposición de Niza. El 11 de abril, viernes santo, una voz me dijo : « Ve hoy á la exposición ó no le verás más ». En la noche del 12 llegó un telegrama : mi marido tenía una congestión. El 13 me fuí á París y vi á mi marido en el Val-de-Grâce, *tal como le había visto en mi sueño*. El 15 murió sin recobrar el conocimiento.

Deseo guardar el incógnito. Ruégole no consigne más que mis iniciales.

VIUDA A. S.,
Nice.

XX. — Deseo participar á usted un sueño que tuve hace unos seis años y que me impresionó fuertemente, aunque no soy supersticiosa.

En aquella época era yo institutriz en un colegio del departamento del Aisne. Una noche iba por la calle de la ciudad, cuando al levantar la vista, vi en el cielo, muy claro, en dirección nordeste, una gran cruz negra, debajo de la cual se veían dos letras dispuestas de este modo : M † M.

Por la mañana conté mi sueño y busqué en vano si alguien de mi familia tenía aquellas letras como iniciales. No recordé á nadie y pensé en otra cosa. Días después (no recuerdo bien cuál) recibí una carta anunciándome que una tía mía que habitaba en una aldea al nordeste de nuestra ciudad y se llamaba Margarita Marconnet, acababa de morir. La coincidencia entre mi sueño y aquella muerte era tan extraña, que nunca pude olvidarla. Lo más raro es que no veía á mi tía más que muy de tarde en tarde y casi nunca pensaba en ella.

L. Marconnet,
Montbéliard.

XXI. — Hace algunos años leí en un periódico mensual inglés que un amigo de sir John Franklin vió en sueños que éste fracasaba en su expedición ártica y toda la región en que ocurrió la desgracia.

Walter Snoo, que así creo que se llamaba aquel amigo, era buen dibujante y en cuanto se despertó cogió un lápiz y dibujó las lanchas, los témpanos que las rodeaban y, en una palabra, la región entera. Envió aquel dibujo á un amigo suyo, propietario de un gran periódico ilustrado americano, y éste le publicó con una corta mención de las impresiones de Walter Snoo, sin que, naturalmente, hubiera entonces medio de comprobar su exactitud.

Cuando, mucho tiempo después, se encontraron los restos de Franklin y de sus compañeros en los hielos árticos, los testigos dibujaron también el sitio y la posición de los

cuerpos helados, de las lanchas, de los perros enganchados y muertos, etc., y todo concordaba con el dibujo.

No recuerdo el nombre del periódico americano ni el del inglés, pero á usted le será fácil, sin duda, comprobar la exactitud de esta carta por medio de sus relaciones con el mundo entero.

Doctor Bronislaw Galecki.
Abogado, plaza de la Catedral, Farnow (Austria).

XXII. — Puedo certificar la autenticidad absoluta de los hechos siguientes :

Tenía yo siete años y mi madre, que nunca había querido separarse de mí, accedió un día, sin embargo, al deseo de una de mis tías y me dejó ir con ella á su provincia, después de mil recomendaciones.

Había transcurrido un mes sin incidente alguno, cuando una mañana mi madre fué á visitar con mucha prisa á mi tío y le dijo :

« Ruego á usted que escriba en seguida á mi hermana pidiéndole noticias de mi hija, pues estoy en una mortal inquietud. ¡ La he visto esta noche en sueños cubierta de sangre y tendida sin vida en un camino ! Tengo el presentimiento de que le ha ocurrido una desgracia y sabe usted que en estos asuntos no me engaño jamás. »

Mi tío tomó en broma los temores de mi madre y le dijo que su mujer era bastante prudente para no exponerme á peligros semejantes. Pero el día siguiente recibió una carta, fechada la víspera, en la cual su mujer le contaba, con prohibición de decírmelo, el accidente que me había ocurrido.

En la misma noche del sueño de mi madre, mi tía me llevó en coche con otras tres personas. La noche estaba obscura, el farol se había apagado y nos hallábamos en pleno despoblado, cuando de repente se encabritó el caballo, se arrojó contra un terraplén que bordeaba el camino y dejó caer á todas las personas que iban en el coche, por fortuna ilesas. Yo, solamente, que iba dormida, fuí á parar debajo

del caballo, que me hirió con las patas en la cara y en el pecho.

La sangre corría en abundancia de mi oreja herida, mientras yo oía las llamadas desesperadas de mi tía, que no me veía en la obscuridad. Por fin llegaron socorros de una casa cercana y me encontraron desmayada y en un estado deplorable. Un hombre en mangas de camisa había pasado por delante del caballo y le había espantado.

G. D.,

58, Avenue de Saxe, París.

XXIII. — Una mañana, teniendo yo diez y siete años, soñé, que pasaba por delante de la casa de una familia que yo conocía, pero que no frecuentaba. La casa tenía un almacén y vi la puerta cerrada y un papel pegado en el que se leía : « Fallecimiento ». Me desperté, conté á mi madre el sueño y ella me enseñó un periódico en el que venía anunciada aquella muerte.

¿No prueba esta coincidencia cierto cambio de lugar del alma durante el sueño, sin lo cual no hubiera yo podido soñar tal cosa, puesto que nada me hacía pensar en un fallecimiento en aquella familia?

Marie-Louise Milice,

33, rue Boudet, Bordeaux.

XXIV. — Una amiga mía, que es ahora empleada de correos en Louvigné-du-Dezert (Ille-et-Vilaine), Mlle Blanca Suzanne, era novia, hace veinticinco años, de un joven, hijo de labradores, que se dedicó á la enseñanza. Un día soñó mi amiga que su prometido le había escrito una larga carta en la que figuraba la frase siguiente :

« Mejor hubiera hecho de permanecer con el arado que entrar en la enseñanza. »

Por la mañana, la joven contó el sueño á su madre citándole la frase, y se fué á su trabajo. Pocas horas después el

cartero les entregó una carta del novio, *en la que se leía íntegramente* la frase soñada.

Henriette François.

Bromberg-Posen (Alemania).

XXV. — He aquí lo que le sucedió á mi padre, consejero de Estado y septuagenario, estando en el campo, donde fué á descansar unos días. Era la fiesta de san Elías, pero en el campo, donde no hay distracciones y todos los días son iguales, mi padre había perdido la noción del tiempo y no sabía en qué día estaba. Mientras tomaba aquella mañana el desayuno, nos contó que la noche anterior había soñado que veía á su cuñada y que ésta preguntaba si las exequias de su marido debían verificarse el día de san Elías ú otro. Al contarnos su sueño, mi padre se quedó muy asombrado al saber que era san Elías. Después de haber discurrido sobre la extrañeza de los sueños en general, mi padre se fué á la ciudad prometiendo volver en el día. Cuál fué nuestra sorpresa cuando recibimos un telegrama de su cuñada participándonos la muerte de su marido, ocurrida el día de san Elías.

Marie de Lesley,

Riga-Orel, Smolensk (Rusia).

XXVI. — Tenía yo una hija de quince años, que era mi alegría y mi orgullo, y la había dejado con mi madre mientras yo hacía un pequeño viaje, del que debía volver el 17 de mayo de 1894. El 16 soñé que mi hija estaba muy mala y que me llamaba llorando, y me desperté muy agitada, aunque pensando que los sueños son siempre mentiras. En aquel día recibí una carta de mi hija, sin quejarse de nada y contándome lo que pasaba en casa. El día siguiente llegué y no vi á mi hija salir á mi encuentro según su costumbre. Una criada me dijo que se había puesto enferma repentinamente ; subí y la encontré con mucho dolor de cabeza. La hice acostarse y ya no se levantó más. Pocos días después

se le declaró una angina maligna y á pesar de mis cuidados murió el 29 de mayo. Ahora bien, dos días antes de la desgracia, estaba yo en la cama en una habitación contigua á la de mi hija, y tenía los ojos cerrados aunque sin dormir. La enfermera velaba y mi hija estaba medio dormida. De repente una gran claridad inundó el cuarto con la rapidez y el brillo del sol de mediodía en el mes de agosto. Llamé á la enfermera, que tardó en responderme, y me precipité al cuarto de mi hija. El fulgor extraño había desaparecido y la lámpara se había apagado. La enfermera parecía transida de espanto y la interrogué en vano, pero después dijo á las personas de la casa, y afirma todavía actualmente, que había visto á mi marido, muerto seis meses antes, á los pies de la cama de mi hija.

Esa mujer vive, tiene cuarenta y seis años, y repite el hecho á quien quiere oirlo.

MADAME R. DE L...
Lacapelle.

XXVII. — A. Uno de estos días estaba yo muy nerviosa pensando en mi difunto marido, muerto hace siete años, y al meterme en la cama leí en un periódico una crítica sobre uno de los libros de M. K...

Después de leer la crítica, sentí un ardiente deseo de tener aquel libro, cuyo autor, M. K... era amigo de mi marido.

Por la mañana, al llegar al colegio de niñas del que soy profesora, una alumna de la clase superior me trajo un libro y me dijo : « Señora, quisiera que leyese usted este libro y me diese su opinión ». Abrí el libro y vi que era el mismo que tanto había deseado la noche anterior.

B. Si ese hecho hubiera sido único, acaso le hubiera pasado en silencio, pero en la misma semana me sucedió otro que también me chocó mucho. Soñé con una discípula que se había marchado á otro pueblo y á la que no veía hacía mucho tiempo, y la vi en sueños con el cabello cortado.

Por la mañana, estando en el gimnasio, una discípula se acercó á mí y me dijo : « Señora, he recibido carta de mi amiga Z... y me ruega que salude á usted. Está muy contrariada porque le han cortado el cabello... »

¿Por qué esos dos hechos tan raros en la misma semana?

M. ONANOFF,
Faganray, mar de Azov.

Se ve que no faltan los ejemplos de vista á distancia, en sueños. Á continuación damos otros aún. Nos parece que esas observaciones tan numerosas hacen imposible toda negación. Estos son precedentes de las *Hallucinations télépathiques*. El primero es del doctor Goadall Janes, que vive en Liverpool, *Principe Edwin street*, número 6.

XXIX. — Mme Jones, mujer de William Jones, piloto en Liverpool, se estuvo en la cama el sábado 27 de febrero de 1869. Cuando fuí á su casa el día siguiente, domingo, á las tres de la tarde, encontré en el camino á su marido que venía á buscarme porque su mujer deliraba. Me contó entonces que media hora antes estaba leyendo en el cuarto de su mujer, cuando ésta se despertó de un profundo sueño diciendo que su hermano William Roulands, también piloto en Liverpool, se había ahogado en el río Mersey. El marido trató de calmarla diciéndole que Roulands estaba en la estación del exterior y no podía estar en el río á aquella hora, pero ella insistió y dijo que le había visto ahogarse.

Por la noche se recibió la noticia de que á la hora mencionada, ó sea á las dos y media de la tarde, Roulands se había ahogado. Se había presentado un huracán en el mar y en este momento tuvo que conducir un barco que quería entrar en el puerto. Cuando estaban en el río, enfrente del faro, el barco naufragó y Roulands y otro piloto se ahogaron.

Este es también un ejemplo elocuente de vista á distancia, en sueños. La información ha probado su autenticidad absoluta. Lo mismo sucede con el caso siguiente, observado por una señora Green, de Newry (Inglaterra):

XXX. — Soñé una vez que veía dos mujeres decentemente vestidas que guiaban ellas mismas un coche parecido á los que sirven para transportar aguas minerales. El caballo encontró agua delante de él y se detuvo á beber, pero perdió el equilibrio y cayó al agua. Las mujeres se levantaron pidiendo socorro, sus sombreros cayeron y todo se hundió en el agua. Yo me volví llorando al ver que no había nadie para socorrerlas.

En esto me desperté muy agitada y desperté á mi marido, al que conté mi sueño y me preguntó si conocía á aquellas mujeres. Le respondí que no creía haberlas visto en mi vida. Durante todo el día no logré sustraerme á la impresión del sueño ni á la inquietud que me había producido.

Hice observar á mi hijo que aquel día era mi cumpleaños y también el suyo y por eso recuerdo exactamente la fecha, 10 de febrero.

En el mes de marzo recibí una carta y un periódico de mi hermano, que estaba en Australia, y me participaba la pena que había tenido de perder á su hija, que se ahogó con una amiga á la misma hora de mi sueño y en el mismo día, teniendo en cuenta la diferencia de longitudes.

El periódico *Inglewood Advertiser* da cuenta del accidente.

En efecto, el periódico *Inglewood Advertiser* relata, el 11 de enero de 1878, todos los detalles de esa desgracia, que corresponden exactamente con lo visto en sueños.

He aquí todavía un caso muy notable de vista á

distancia en sueños. El sujeto es un hijo del antiguo obispo protestante de Iowa (Estados Unidos), y vió en sueños, á una distancia de cinco kilómetros, á su padre que se cayó por una escalera. Véase la relación que escribió á un pariente suyo:

XXXI. — Debo decir ante todo que entre mi padre y yo existía un cariño más grande que el que une ordinariamente á un padre y á un hijo, y hacía muchos años que me parecía conocer cuándo él estaba en peligro aunque estuviésemos separados por una gran distancia.

La noche en que se cayó por la escalera había yo vuelto de mi trabajo á eso de las ocho, después de un día de mucha fatiga, y me acosté inmediatamente después de cenar. Tengo la costumbre de acostarme del lado de la pared, de modo que resulto en el oeste de la cama, estando la cabeza hacia el norte. En cuanto caí en la almohada, me dormí profundamente, de tal modo que no vi á mi mujer acostarse ni vi nada hasta el momento en que se me apareció mi padre cayéndose por la escalera. Me precipité entonces á cogerle y salté de la cama haciendo mucho ruido y mi mujer se despertó también, preguntándome qué diablos hacía. Encendí una lámpara y vi en mi reloj que eran las dos y cuarto. Pregunté á mi mujer si había oído el estrépito y me respondió negativamente. Le conté entonces lo que había soñado y ella trató de hacerme reir, pero no pudo conseguirlo.

No dormí más aquella noche, ni me volví á acostar, pues la impresión había sido demasiado viva para que yo pudiese dudar que mi padre estaba gravemente herido. Me fuí á la ciudad y telegrafié pidiendo noticias. Poco después recibí una carta de mi padre que confirmaba la exactitud de mi visión *y de la hora*. Sabemos el triste resultado de la caída, pero lo que no puedo explicarme es cómo vi á mi padre caer, á una distancia de más de tres millas.

H. M Lee.

M. Sullivan, obispo de Algowa, confirma el hecho por haberlo oído contar directamente.

El ejemplo que precede ha sido publicado por M. Sidgwick, en los *Proceedings* de la Sociedad psíquica de Londres, donde también se publica el caso siguiente, enviado en agosto de 1890, por Mme A. de Holtein, 29, avenida Wagram, París. Este caso no tiene pruebas tan satisfactorias como el primero, porque el sueño no fué referido á nadie antes de que se verificase su exactitud. Parece, sin embargo, que hizo tanta impresión en el doctor Golinski, que no es probable que los detalles fueran muy alterados después. Se diferencia de los precedentes en que, en éste, la impresión parece haber sido debida, no á una relación entre el agente y el sujeto ó á una crisis especial sufrida por el agente, sino á su ansiedad y á su intenso deseo de recibir socorro. (¿ Ondas psíquicas?)

He aquí lo que escribe el doctor Golinski, médico de Krementchug, Rusia :

XXXII. — Tengo la costumbre de comer á las tres y de dormir después una hora ú hora y media. En el mes de julio de 1888, me eché como de costumbre en un canapé, me dormí á eso de las tres y media y soñé que llamaban, y yo sentía la impresión ordinaria, algo desagrable, de tener que levantarme para ir á ver á un enfermo. Después me vi transportado de repente á un cuarto pequeño y sombrío. Á la derecha de la puerta había una cómoda y sobre ella una bujía, ó una lámpara encendida, de forma particular, que me interesó mucho por ser diferente de todas las que había visto hasta entonces. Á la izquierda de la puerta había una cama, en la que estaba una mujer con una fuerte hemorragia. No sé cómo pude saber que tenía una hemorragia, pero estaba seguro. Examiné á la mujer, más bien para tranquilidad de mi conciencia, pues sabía de antemano á qué atenerme aunque nadie me había dicho nada. En seguida soñé de un modo vago con algunos remedios que le apliqué y me desperté de un modo no acostumbrado. De ordinario me despierto lentamente y permanezco unos momentos en un estado de somnolencia, pero aquella vez me desperté de repente como si alguien me hubiese despertado. Eran las cuatro y media.

Me levanté, encendí un cigarrillo y me puse á pasear por el cuarto en un estado de excitación particular, pensando en el sueño que acababa de tener. Hacía mucho tiempo que no había tenido caso alguno de hemorragia en mi clientela, y me preguntaba cuál podía ser la causa de aquel sueño.

Unos diez minutos después de despertarme, vinieron á llamarme para ir á ver á un enfermo, y al entrar en su cuarto me quedé admirado porque reconocí la habitación que había visto en sueños. Se trataba de una mujer y lo que más me chocó fué una bujía de petróleo puesta encima de la cómoda en el mismo sitio y en la misma forma que en el sueño. Mi asombro fué tan grande que confundí el sueño con la realidad y aproximándome á la cama de la enferma, le dije tranquilamente : « Usted tiene una hemorragia », y no volví de mi extrañeza cuando la enferma me respondió : « Sí; pero ¿cómo lo sabe usted? »

Pregunté á la enferma á qué hora había decidido enviarme á buscar y me respondió que estaba indispuesta desde por la mañana. Á eso de la una del día se presentó una ligera hemorragia, pero no le inspiró cuidado. Á las cuatro se hizo muy fuerte y la enferma empezó á inquietarse, porque su marido no estaba en casa y no sabía qué hacer. Por último, á las cuatro y media se decidió á llamarme. La distancia entre mi casa y la suya es de veinte minutos.

No conocía á esta enferma más que por haberla asistido en otro tiempo y no sabía nada de su actual estado de salud.

En general no sueño con frecuencia y el único sueño de mi vida que recuerdo es éste, que tengo presente por su carácter verídico.

Mme Henry Sidgwick ha descrito varios experimentos de vista á distancia por una joven de quince años magnetizada, experimentos que se pueden añadir á las observaciones hechas con los sueños. Citaremos dos de los más notables.

XXXIII. — Miss Florencia F..., hoy señora de R..., entonces vecina, fué invitada á venir una noche, en que habíamos preparado un experimento como prueba. Llegó y mandó al sujeto que fuese á la cocina y dijera lo que veía. El sujeto respondió : « La mesa está en medio de la pieza y encima hay una caja cubierta con un mantel. — ¿Qué hay en la caja, Fannie? pregunté. — ¡Oh! No me atrevo á mirar en la caja. Miss Florencia se pondría furiosa. — Miss Florencia quiere que mire usted. Levante usted el mantel, Fannie, y diganos qué hay dentro ». En seguida respondió : « Hay siete panes y diez y seis bizcochos ». Era exacto.

Concedo que esto consista en la comunicación del pensamiento, pues miss Florencia estaba en la habitación y los hechos estaban sin duda presentes en su espíritu, puesto que ella misma había arreglado las cosas para la prueba; pero lo que sigue no consiste en eso ciertamente.

Miss Florencia preguntó á Fannie qué había en la cuadra y ella respondió : « Dos caballos negros, uno tordo y otro alazán. Miss Florencia replicó : « No es eso, Fannie; en la cuadra no hay más que caballos negros ». Unos minutos después un hermano de miss Florencia entró y nos dijo que había viajeros en la casa, que traían un caballo tordo y otro alazán y que éstos habían estado en la cuadra cuando Fannie los señaló.

Se puede, sin duda, sentar la teoría de que Fannie llegó

á aquel conocimiento por medio del pensamiento de alguna de las personas que estaban en casa de miss Florencia, ó de que por simpatía telepática con su padre ó con su hermano, Fannie era inconscientemente avisada de los hechos. ¿Pero no es esta hipótesis un poco alambicada?

XXXIV. — A. Mr. Howard vivía á seis millas de mi casa y acababa de hacerse construir una gran casa de madera. Nuestro sujeto no había visto nunca esa casa, aunque pienso que podía haber oído hablar de ella. M. Howard acababa de pasar algunos días fuera de su casa y pidió que Fannie le dijese si ocurría en ella algo de particular. Fannie se asombró por el tamaño de la casa, pero se burló de la fealdad de la verja, diciendo que no querría tener una verja tan fea para tan hermosa casa. « Sí, dijo Howard riendo ; mi mujer está muy descontenta por la verja y por los escalones de la fachada. — ¡Oh! interrumpió Fannie, los escalones son hermosos y nuevos. — No tiene razón, dijo Howard ; los escalones son aún más feos que la fachada. — ¿Pero no ve usted, exclamó Fannie, con impaciencia, que son nuevos y bonitos?» Y pareció enteramente extrañada, á juzgar por su tono. « Yo los encuentro, añadió, verdaderamente hermosos ».

Cambiando de asunto, Howard le preguntó cuántas ventanas tenía la casa. Casi inmediatamente dijo el número (creo que eran veintiséis.) Howard creyó que eran muchas, pero pensando con cuidado vió que la cifra era exacta.

Desde mi casa se fué directamente á la suya y vió con sorpresa que durante su ausencia su mujer había hecho cambiar la escalinata, uno ó dos días antes de que Fannie la viese con su misterioso telescopio.

B. El hijo de M. Howard había ido á un condado vecino y no se esperaba su vuelta en unos días. Fannie conocía á aquel joven, llamado Andrés. M. Howard, obligado á volver á la estación, estaba todavía con nosotros el día siguiente. Su fe en nuestro « oráculo » había tomado proporciones y nos pidió

que hiciéramos una visita á su casa por medio de las maravillosas facultades de Fannie. Ésta describió perfectamente todas las habitaciones, hasta un ramo que había en una de ellas, y dijo que había en la casa varios jóvenes. Al preguntarle sus nombres, respondió que no conocía más que á Andrés. « Pero Andrés, dije, no está en su casa. — ¿ Cómo? ¿ No le ve usted? — ¿ Está usted segura? — Pues qué, ¿ no conozco yo á Andrés? Digo á ustedes que está allí. »

M. Howard volvió á su casa la mañana siguiente y supo que Andrés había vuelto la tarde anterior y que varios jóvenes de los alrededores habían pasado la velada con él.

He aquí otro caso muy notable de vista á distancia por un sujeto magnetizado, que me ha sido relatado por el doctor Alfred Backman, de Kalmar.

En respuesta á una carta preguntando á M. A. Suhr, fotógrafo de Istad, Suecia, si podría recordar un experimento hipnótico hecho por M. Hansen, hace algunos años, en presencia de los hermanos Suhr, el doctor Backman recibió el relato siguiente :

XXXVI. — En 1867, mi hermano y yo nos establecimos en Odensa, Dinamarca, donde veíamos con frecuencia á nuestro amigo M. Carl Hansen, el hipnotizador, que vivía cerca de nosotros. Todos los días encontrábamos á un hombre de curia, M. Balle, hoy abogado en Copenhague, sobre el cual tenía Hansen una gran influencia hipnótica y que deseó una noche ser dormido con bastante intensidad para tener la doble vista.

Nuestra madre vivía en esa época en Boeskilde, Seeland, y pedimos á Hansen que hiciese á Balle visitarla en sueños. Era de noche y Balle hizo el viaje en unos minutos. Encontró á nuestra madre enferma en la cama, con un ligero consti pado que debía pasar en poco tiempo. No creímos que fuera

verdad y como comprobación pedimos á Balle que leyese el nombre de la calle. El sujeto respondió que estaba demasiado obscuro para leer, pero insistimos y leyó por fin : « Skomagerstraede ». Pensamos que se engañaba completamente, pues sabíamos que nuestra madre vivía en otra calle, pero unos días después nos escribió diciéndonos que había estado mala y que se había mudado á la calle de Skomagerstraede.

Otro caso de vista á distancia, en sueños, de un hecho actual.

XXXVII. — Habitaba yo Wallingford y mi mejor amigo era un joven llamado Federico Marks, graduado en la escuela científica de Yale. Federico tenía un hermano, llamado Carlos, que habitaba entonces en el Estado central de Nueva York, cerca del lago Oneida. En un día de lluvia, Federico subió por la tarde á su cuarto para echarse un rato y una hora después bajó diciendo que acababa de ver á su hermano Carlos en un barquichuelo de vela y un compañero sentado en la popa. Reinaba una fuerte tempestad y las olas eran enormes. Carlos estaba en la proa teniendo con una mano el mástil y con la otra el bauprés, que se había roto. Aquella posición tan peligrosa asustó á Federico, que se despertó. La familia pensó que se había dormido inconscientemente y que aquello había sido un sueño.

Tres ó cuatro días después, sin embargo, Federico recibió una carta de Carlos, contándole una aventura que le había ocurrido en el lago Oneida. Aquella mañana, un amigo suyo y él, fueron al lago, alquilaron un barco y se pusieron á la vela. Como el tiempo estaba hermoso, fueron por el lago hasta la isla Frenchman, á unas veinte millas.

Cuando volvían, por la tarde, se levantó una furiosa tempestad. Carlos se ocupaba en verter el agua mientras su compañero tenía el timón. En lo más fuerte de la tormenta se rompió el bauprés y Carlos, viendo el peligro, saltó á la proa y cogiendo el mástil con una mano y el bauprés con la otra,

trató de amarrar éste. Así consiguieron impedir que el barco se hundiera, pero acabó por encallar. Saltaron al agua y ganaron la orilla sanos y salvos.

El lago Oneida está á unas trescientas millas de Wallingford, y teniendo en cuenta la diferencia de hora, se vió que el accidente y el sueño ó visión de Federico debieron ocurrir simultáneamente. Los caracteres y los temperamentos de estos dos hermanos son muy diferentes y no parece existir entre ellos ninguna afinidad particular. Federico vive ahora en Santa Ana (California) y Carlos en Nueva York.

B. Bristol,
Short Beach (Estados-Unidos).

Unas cartas de Mrs. Carlos y Federico Marks, explican en detalle el peligro y la visión. Esas cartas figuran en los *Annales des sciences psychiques* (1892, p. 230-235), y contienen á no dudar un caso muy cierto de *vista á distancia*. De la carta de Carlos Marks tomamos el pasaje siguiente :

En respuesta á esta pregunta : « ¿ Ha sabido usted que su hermano le veía en aquel momento? » responderé que no tenía conciencia de que mi hermano me viese. Creo que todo mi pensamiento y toda mi atención estaban en lo que hacía, cuando subiéndome en el banco traté de bajar la vela, que es el instante en que mi hermano me vió aparecer. Conociendo las costumbres de mi hermano, que es hombre muy fuerte y robusto, pienso que en aquel momento debía estar durmiendo, porque tiene la propiedad de dormirse cuando quiere durante el día y con mucha frecuencia echa su siesta por la tarde. Cuando estuvo en Wallingford, era estudiante en la escuela científica de Yale (Shetfield).

C. R. Marks.

Todas estas relaciones prueban con certeza que el ser humano está dotado de facultades, aún desconocidas, que le permiten ver lo que pasa lejos. He aquí un ejemplo mucho más notable todavía, en el cual la persona que ha desempeñado el principal papel, no sólo ha *visto*, sino que parece haberse transportado ella misma, en una especie de *duplicado*, y ha sido vista por su marido y por otro testigo.

XXXVIII. — El 3 de octubre de 1863, salí de Liverpool para Nueva York en el vapor *City-of-Limerick*, de la línea Inman, capitán Jones. En la noche del segundo día de navegación, al dejar Kinsale Head, se desencadenó una gran tempestad que duró nueve días. Durante todo ese tiempo no vimos el sol, ni las estrellas, ni barco alguno. Los andariveles se rompieron por la violencia de la tempestad, una de las anclas fué arrancada de sus amarras é hizo muchos desperfectos antes de que se pudiera volverla á atar y muchas velas fueron arrebatadas.

En la noche del octavo día de tempestad, hubo un poco de calma y, por primera vez desde que salí del puerto, pude gozar de un sueño reparador. Por la mañana soñé que veía á mi mujer, que se había quedado en los Estados Unidos. Apareció en la puerta de mi camarote en traje de noche ; en el umbral pareció observar que yo no estaba solo en el camarote ; vaciló un poco y después se acercó á mí, me abrazó y después de haberme acariciado durante unos instantes, se retiró tranquilamente.

Al despertarme me quedé sorprendido al ver que mi compañero de camarote, que tenía su cama encima de la mía, aunque no verticalmente, pues estábamos en la popa del buque, estaba apoyado en el codo y mirándome fijamente. « Es usted un dichoso mortal, me dijo al fin, de tener una mujer que viene á verle de ese modo. » Le pedí con insistencia

que me explicase lo que quería decir y él rehusó al principio, pero al cabo me contó lo que había visto estando enteramente despierto y medio sentado en su camastro. Todo correspondía exactamente con mi sueño.

El nombre de aquel compañero era William J. Tait y no tenía habitualmente carácter bromista, sino que era, por el contrario, un hombre sensato, muy religioso y cuyo testimonio podía ser creído sin vacilar.

El día siguiente al del desembarque, tomé el tren para Watertown, donde estaban mi mujer y mis hijos. En cuanto estuvimos solos su primera pregunta fué: « ¿Has recibido mi visita hace una semana? — ¡Una visita tuya! dije; si estábamos á más de mil millas en el mar... — Lo sé, replicó, pero me parece que fuí á verte. — Eso es imposible; dime qué es lo que te hace creerlo. »

Mi mujer me contó entonces que al ver la tempestad y sabiendo el naufragio del *Africa*, que salió para Boston el mismo día que nosotros para Nueva York, se había puesto muy inquieta por mí. La noche en que la tempestad empezó á disminuir, estuvo despierta mucho tiempo pensando en mí y á eso de las cuatro de la mañana le pareció que iba á buscarme. Atravesando el vasto mar enfurecido, encontró por fin un navío bajo y negro, subió á bordo, atravesó las cámaras hasta la popa y llegó á mi camarote. « Dime, añadió, ¿se tienen siempre camarotes como aquel que yo ví, en los que la litera superior no cae encima de la más baja? Había un hombre en la de encima que me miraba fijamente, y por un momento tuve miedo de entrar; pero por fin llegué hasta ti, te besé, te estreché en mis brazos y me marché. »

La descripción hecha por mi mujer era exacta en todos los detalles, aunque jamás había visto el barco. En el libro de memorias de mi hermana veo que partimos el 4 de octubre y que llegamos á Nueva York el 22 y á mi casa el 23.

S. R. Willmot,
Fabricante en Bridgeport.

El *New-York Herald* dice que la *City-of-Limerick* salió de Liverpool el 3 de Octubre de 1863, de Queenstown el 5, y llegó por la mañana el 22 de octubre. Señala también la situación crítica que atravesó el navío y el naufragio del *África*. La información ha confirmado de diversos modos este extraño relato. La hermana de M. Wilmot, que iba en el mismo barco, escribe lo siguiente:

A propósito del curioso fenómeno experimentado por mi hermano cuando nuestro viaje en el *Limerick*, recuerdo que M. Tait, que aquella mañana me sostuvo para ir á almorzar á causa del terrible ciclón que reinaba, me preguntó si la noche anterior había ido á ver á mi hermano, que tenía el mismo camarote que él. « No, respondí: ¿por qué? — Porque he visto una mujer de blanco que ha ido á ver á su hermano de usted. »

Mmé Wilmot escribe por su parte:

Bridgeport, 27 de Febrero de 1890.

Respondiendo á la pregunta: « ¿Ha observado usted algunos detalles sobre el hombre que ha visto en la litera superior? », no puedo, después de tanto tiempo, decir con exactitud que observase detalles. Lo que recuerdo distintamente es que me sentí muy turbada por su presencia, viéndole mirarnos desde arriba.

Creo que referí mi sueño á mi madre el día siguiente por a mañana y sé que todo el día tuve la impresión muy clara de haber ido á ver á mi marido. Esa impresión fué tan fuerte que me sentí dichosa y tranquilizada, con gran sorpresa mía

Mme S. R. Wilmot.

Este notable caso merece una atención particular. Es algo antiguo. Su relato ha sido escrito probablemente más de veinte años después del suceso. Uno de los testigos ha muerto y no puede dar un informe directo de lo que observó. No se puede afirmar que después de tanto tiempo la memoria de los testigos, por buena que sea, reproduzca exactamente todos los detalles. Sin embargo, hechas todas las reservas posibles, es incontestable que hubo una correspondencia entre las impresiones de esas tres personas. Mme Wilmot, soñando ó despierta, tuvo una visión de su marido, en la cual percibió exactamente una parte de lo que le rodeaba. M. Wilmot soñó lo que su mujer pensaba y además la vió y la sintió. M. Tait, despierto, vió con sus propios ojos el sueño de M. Wilmot. He aquí tres hechos inexplicables que es preciso admitir. En cuanto á los *duplicados*, ó sea las manifestaciones del cuerpo *fluídico* ó *astral*, trataremos después de ese asunto.

M. Marcel Sémézies Sérizolles cuenta las curiosas observaciones siguientes, hechas por él mismo :

XXXIX. — En noviembre de 1881 tuve un sueño muy lúcido durante el cual leí un volumen de versos y experimenté las sensaciones exactas de la lectura real. No sólo comprendía lo que leía y gozaba leyéndolo, sino que mis ojos observaban el granillo del papel, algo amarillento y la impresión, muy negra, y mis dedos volvían las hojas, muy gruesas, mientras que la mano izquierda sostenía el volumen, bastante pesado.

Al volver una hoja me desperté bruscamente y todavía medio dormido encendí una bujía, cogí un papel y un lápiz

y escribí las dos últimas estrofas que acababa de leer en el volumen de mi sueño.

Á pesar de mis violentos esfuerzos de memoria, me fué imposible recordar un solo verso fuera de esos doce, que parecían tratar una cuestión de metafísica y cuyo sentido quedaba incompleto en un período no acabado.

Esos versos no podían ser una reminiscencia de lectura, pues los he buscado sin dar con ellos en todos los tomos de poesías publicados. Era, pues, un volumen inédito y desconocido el que leí en mi sueño.

He aquí ahora unos casos de presentimiento ó de adivinación en sueños.

En 1880 mi padre era magistrado en Montauban y había en su tribunal un procurador llamado Laporte. Parece que le estoy viendo, delgado, rubio, con ojos fríos y de expresión enigmática. Es de notar que yo era entonces muy joven, que la gente de curia me interesaba poco y que no tenía con ella más que las relaciones de cortesía que debe tener el hijo de un magistrado con todos los miembros del tribunal. En 1883 murió mi padre y el procurador Laporte fué nombrado juez de Nontron (Dordogne). Apenas me fijé en ese suceso y había perdido todo recuerdo de esa persona, cuando dos ó tres meses después vi á mi padre, en sueños, que se paseaba en un lugar indeciso, una especie de suelo tembloroso que parecía flotar en las nubes. Todo en mi padre, la actitud, la ropa, el modo de andar, la sonrisa, era como antes de morir. De repente vi que una forma surgía de las nubes del fondo y se dirigía hacia él. Esa forma tomó poco á poco la apariencia real de Laporte, y cuando los dos estuvieron próximos, oí distintamente estas palabras pronunciadas por mi padre: « *¡Calla! ¿Es usted, Laporte? ¿Ahora le toca á usted?* » Á lo cual Laporte respondió sencillamente: « *Sí, soy yo* », y los dos se dieron un apretón de manos.

Unos días después encontré en casa una esquela de defunción. Laporte había muerto muy joven el mismo día de mi sueño.

Otro caso muy semejante, aunque menos fúnebre, cuya fecha recuerdo, el 18 de diciembre de 1894. Estando dormido, vi en su estudio revolviendo papeles á un notario de una aldea distante veinte kilómetros del pueblo que yo habitaba. Aquel notario manejaba capitales míos y se presentaba en mi casa dos veces al año, en épocas irregulares, á traerme los intereses vencidos. Repito que sus visitas no tenían época fija, y que nunca veía á aquel notario, hombre muy respetable, alcalde y condecorado, más que vestido de un modo muy correcto y casi elegante. Aquella noche le vi con una larga levita azul y con un gorro de seda negra. Dos días después, el 20 de diciembre, el notario se presentó en mi casa para entregarme una suma atrasada é inesperada.

« ¿ Qué ha hecho usted, le dije, de su levita azul y de su gorro negro ? »

El buen señor me miró sorprendido y me contestó :

« ¿ Cómo conoce usted tan bien mi ropa de casa ? ».

Le referí mi sueño y él me dijo, no sin asombro, que el 18 de diciembre había, en efecto, estado hasta muy tarde en su estudio y que tenía puestas las prendas por mí descritas.

De estos tres sueños el último indica una *vista á distancia de un hecho actual*; el segundo es una especie de manifestación telepática de un moribundo casi extraño al que la percibe, ó acaso también la vista á distancia, pero de un orden más transcendental; el primero parece indicar una invención real del espíritu del autor, análoga á los actos cerebrales inconscientes señalados en el otro volumen.

Á propósito de sueños, es muy conocido el hecho histórico siguiente :

XLII. — La princesa de Conti vió una noche en sueños

que se iba á hundir un departamento de su palacio y á sepultar entre sus ruinas á los hijos de la princesa, que dormían allí. Asustada, llamó á las mujeres de su servicio y les contó aquel sueño, declarando que quería absolutamente que le trajeran sus hijos. Sus servidoras se resistieron y le recordaron el proverbio según el cual todos los sueños son mentiras (1). La princesa reiteró la orden con insistencia. Entonces el aya y las nodrizas fingieron obedecer y volvieron diciendo que los pequeños príncipes dormían tranquilamente y que sería un crimen el despertarlos. La princesa, viendo su obstinación y acaso su engaño, pidió su bata y no hubo entonces medio de retroceder. Fueron á buscar á los príncipes y apenas habían entrado en la habitación de su madre, se hundió el cuarto en que dormían (2).

La vista á distancia, sin los ojos, en sueños, tiene una analogía muy estrecha con lo que muchas veces han observado los magnetizadores en sus sujetos « lúcidos ». He aquí un ejemplo enteramente auténtico observado por muchos médicos á propósito de la ablación de una mama sin dolor, durante el sueño magnético, contado por Brierre de Boismont.

XLIII. — Mme Plantin, de 64 años, consultó en junio de 1828 á una sonámbula que el doctor Chapelain le había procurado, y aquella mujer le anunció que se le estaba formando en el seno derecho un tumor que amenazaba convertirse en canceroso.

La enferma pasó el verano en el campo, siguió con poca

(1) Este refrán francés es en cierta parte resultado de la fuerza del consonante : « *Tous songes sont mensonges.* » Por eso no resulta bien en español. *N. del T.*

(2) Véase Suetonio, *Vida de Augusto;* Cicerón, *De la adivinación;* Valerio Máximo, *De los sueños*, etc.

exactitud el régimen que se le había prescrito y cuando volvió á ver al doctor Chapelain, á fin de septiembre, le declaró que el tumor había aumentado considerablemente. El doctor empezó á magnetizarla el 23 de octubre siguiente y el sueño se manifestó pocos días después, pero las manifestaciones lúcidas fueron siempre en ella muy imperfectas. Los cuidados puestos en práctica hicieron más lento el desarrollo del mal, sin curarle. Por fin el seno se ulceró y el médico creyó que no había esperanza de salvación más que en la amputación. M. Jules Cloquet, cirujano de gran mérito, fué del mismo parecer, pero faltaba decidir á la enferma, lo que el doctor Chapelain llegó á lograr, gracias á la influencia magnética que ejercía sobre ella. Trabajó con toda la potencia de su voluntad a fin de producir la insensibilidad del órgano y cuando creyó haberlo conseguido, le pellizcó fuertemente con las uñas, sin producir dolores. La enferma ignoraba el día preciso de la operación, que fué el 12 de abril de 1829. El doctor Chapelain la hizo entrar en estado magnético y magnetizó fuertemente la parte que se iba á extirpar.

He aquí el informe que se leyó sobre este punto en la Academia de medicina y que consta en sus archivos:

« Al llegar M. Cloquet á las diez y media el día fijado para la operación, encontró á la enferma vestida y sentada en su sillón en la actitud de una persona tranquilamente entregada á un sueño natural. Hacía una hora que había vuelto de oir su misa habitual y M. Chapelain le hizo caer en sueño magnético en cuanto entró en casa. La enferma habló con mucha calma de la operación que iba á sufrir y, estando todo dispuesto, se desnudó por sí misma y se sentó en una silla.

« M. Cailloux, alumno interno del hospital de San Luis fué el encargado de presentar los instrumentos y de hacer las ligaduras.

« Se hizo una incisión que partió del sobaco, por encima

del tumor, hasta la cara interna del pezón, y otra desde este punto que rodeó al tumor por debajo y fué á encontrarse con la primera. Los ganglios infestados fueron disecados con precaución en razón de su vecindad con la arteria axilar, y el tumor quedó extirpado. La operación duró de diez á doce minutos.

« Durante todo ese tiempo, la enferma siguió hablando tranquilamente con el operador y no dió ni el más ligero signo de sensibilidad. Ningún movimiento en los miembros ni en la fisonomía, ningún cambio en la voz ni en la respiración, ninguna alteración del pulso. La enferma no dejó de presentar aquel estado de abandono y de impasibilidad automática que ofrecía á la llegada de M. Cloquet. Cuando el cirujano estaba lavando la piel, al rededor de la herida, con una esponja empapada en agua, la enferma manifestó sensaciones de cosquilleo y dijo varias veces riendo: « ¡Acabe usted pronto y no me haga cosquillas. »

Aquella señora tenía una hija casada con M. Lagandée, que por desgracia vivía en provincias y no pudo venir á París sino unos días después de la operación. Mme Lagandée era sonámbula y estaba dotada de una lucidez muy notable.

XLIV. — « M. Cloquet rogó al doctor Chapelain que pusiera á Mme Lagandée en estado magnético y le hiciera varias preguntas acerca de su madre. Aquella señora respondió de este modo: Mi madre está muy débil hace algunos días y no vive más que por el magnetismo, que la sostiene artificialmente. Le falta la vida.

— ¿Cree usted que se podrá prolongar la vida de su madre?

— No; morirá mañana temprano, sin agonía y sin sufrimiento.

— ¿Cuáles son las partes enfermas?

— El pulmón derecho está contraído y como replegado en sí mismo; le rodea una membrana que parece de cola y está nadando en mucha agua. Pero donde mi madre sufre

sobre todo es aquí, y señaló al ángulo inferior del omoplato. El pulmón derecho no respira ya; está muerto. El izquierdo está sano y es el que le hace vivir. En la envoltura del corazón (el pericardio) hay un poco de agua.

— ¿Cómo están los órganos del vientre?

— El estómago y los intestinos están sanos. El hígado está blanco y descolorido en la superficie. »

M. Chapelain magnetizó á la enferma muchas veces en el día del lunes y apenas logró hacerla dormitar. Cuando vino, á las siete de la mañana del martes, había expirado. Los dos doctores quisieron comprobar las afirmaciones de la sonámbula sobre el estado interior del cuerpo y obtuvieron el consentimiento de la familia para hacer la autopsia. M. Moreau, secretario de la sección de Cirugía de la Academia, y el doctor Dronsart, asistieron como testigos y la autopsia fué practicada por M. Cloquet y M. Cailloux y su ayudante, asistidos por el doctor Chapelain. Éste durmió á Mme Lagandée un poco antes de la hora fijada. No consignaré la escena de ternura y de piedad filial durante la cual la sonámbula bañó con sus lágrimas la cara inanimada de su madre.

El doctor Chapelain se apresuró á calmarla. Los médicos quisieron oir de su boca lo que había dicho que veía en el interior del cuerpo de Mme Plantin y la sonámbula lo repitió con voz firme y sin vacilar. El doctor Chapelain la condujo entonces al salón contiguo al cuarto en que se iba á hacer la autopsia, y la puerta fué cuidadosamente cerrada. Mme Lagandée continuaba en sonambulismo y á pesar de la pared que la separaba de los operadores, seguía al bisturí en sus manos y decía á las personas que estaban con ella : « ¿Por qué hacen la incisión en medio del pecho, puesto que el mal está á la derecha? »

Las indicaciones de la sonámbula resultaron exactas y el acta de la autopsia fué escrita por el doctor Dronsart.

Todos los testigos de este hecho, añade B. de Boismont,

están vivos y ocupan una situación honrosa en el mundo médico. Se ha interpretado de diferentes modos su informe, pero nunca se ha puesto en duda su veracidad.

He aquí, pues, una observación incontestable de vista magnética sin el auxilio de los ojos. Este caso es todavía más notable que la ablación sin dolor del seno, que hemos consignado, porque es la *primera* operación quirúrgica que se ha hecho por medio del magnetismo. B. de Boismont añade el caso siguiente de vista á distancia :

XLV. — Un magistrado me contó el hecho siguiente. Su mujer tenía una doncella de muy poca salud, y la trataban en secreto por medio del magnetismo para ponerse al abrigo de bromas poco caritativas. Aquella señora hacía que su marido le ayudase. Un día en que la sesión magnética había estado acompañada de fuertes dolores, la sonámbula pidió un poco de vino añejo y el marido cogió una luz y fué á buscarlo. Bajó al primer piso sin accidente, pero los escalones de la bodega estaban húmedos, se escurrió en la escalera y cayó hacia atrás, sin hacerse daño y sin que siquiera se apagase la luz. Continuó su camino y subió con el vino. Su mujer estaba instruída de la caída y de todos los detalles del viaje subterráneo del marido, porque la sonámbula se los había contado á medida que ocurrían.

Otro ejemplo de vista magnética á distancia, tomado del mismo autor.

XLVI. — He conocido á la mujer de un coronel de caballería á quien su marido magnetizaba y que llegó á ser sonámbula. En el curso del tratamiento, una indisposición le obligó á aceptar la ayuda de un oficial de su regimiento,

pero esto no duró más que ocho ó diez días. Algún tiempo después, en una sesión magnética, el marido puso á su mujer en estado de sonambulismo y le preguntó por aquel oficial: «¡Ah! ¡El desgraciado! contestó; le veo; está en X... y quiere matarse... ¡Está cogiendo una pistola!... ¡Corre!... El sitio indicado distaba una legua. Un ordenanza montó en seguida á caballo, pero cuando llegó, el suicidio se había consumado.

He aquí todavía una relación de casos curiosos de sonambulismo tomados de una de las últimas cartas de mi información.

XLVII. — Soy muy incrédulo en cuanto al espiritismo, y era muy escéptico sobre el magnetismo, cuando un hecho de la mayor evidencia vino á formar mi convicción sobre este último punto.

Una señorita de treinta y seis años, muy respetable y de una distinción y una instrucción de primer orden, fué atacada de un quiste en el ovario y no quería dejarse hacer la operación que le aconsejaban los médicos. En 1868 fué un día presa de dolores terribles y el doctor B..., temiendo un desenlace fatal, después de una crisis de treinta horas, se decidió á la desesperada á magnetizarla y consiguió dormirla y dulcificar sus dolencias.

Este tratamiento, continuado, calmó mucho á la enferma, y desde la segunda sesión se produjeron fenómenos de lucidez enteramente notables. La enferma predecía con gran precisión el día, la hora y el minuto exacto en que se producirían las crisis, con intervalos muy irregulares y cada vez más largos. El médico anotaba esas indicaciones, á fin de magnetizar previamente á la enferma.

Una madrugada, á las tres, estando enfermo el médico, se produjo y se desarrolló una crisis con una intensidad espantosa, y la religiosa que la cuidaba, sabiendo que yo

había estudiado los fenómenos magnéticos en las obras de Deleuze y del barón del Potet, me pidió que tratase de suplir al doctor. Logré, en efecto, dormirla y calmarla rápidamente, tan bien, si no mejor que el doctor mismo, pues la paciente declaró que mi fluído era mucho más calmante. De este modo el azar me reveló condiciones de magnetizador que yo no sospechaba. La magneticé ya todos los días en presencia de su madre y de su numerosa familia, y asistíamos á fenómenos extraordinarios de lucidez.

Á pesar del alivio considerable que experimentaba, la enferma reconocía que el magnetismo no era para ella más que un calmante, que su quiste hacía progresos alarmantes y que la operación se hacía necesaria para evitar un desenlace fatal. Se decidió, pues, que la enferma se fuese á Estrasburgo para que la operase el doctor Kœberlé, muy afamado entonces en ese género de operaciones. Ese largo viaje inquietaba al médico y se decidió hacerle por etapas, pero la enferma declaró que podría hacerle de una sola vez, observando las precauciones siguientes. Era preciso, ante todo, llevar varias botellas de agua magnetizada, pero especialmente doce ó quince pañuelos magnetizados, metidos en sobres muy bien cerrados y pegados de modo que no entrase el aire exterior. La enferma declaró que en cuanto se anunciase la crisis, bastaría aplicarle un pañuelo de aquellos en la frente para producir el sueño magnético. En seguida se le debía aplicar en el vientre, sobre la parte enferma.

Á pesar de esas seguridades, nos quedamos todos muy inquietos cuando partió con su madre.

Todo sucedió como la enferma había indicado. El viaje se hizo bien de una vez con el auxilio de algunos pañuelos magnetizados y sin recurrir á las botellas de agua.

Al llegar á Estrasburgo, la madre fué á presentar su hija al sabio cirujano y le dió una nota que el médico B... había escrito, dictada por la enferma, describiendo minuciosamente su estado. « Mi quiste, decía, es del tamaño y del color de esos globos amarillos con que juegan los niños; su

contenido no es flúido, sino de una materia compacta de color obscuro. En un lado se ha formado ya una nueva bolsa del grueso de media naranja, y en el otro empieza á desarrollarse otra bolsa como media avellana. El quiste está rodeado de adherencias ó ligamentos numerosos. Interrogada por el doctor B... sobre el peligro de una hemorragia en la operación, respondió que no había nada que temer por ese lado, pero al preguntarle si se podía temer la septicemia, palideció terriblemente y después de un momento de silencio, respondió : « Sólo Dios lo sabe ».

Tal era el contenido de la nota que la madre sometió al doctor Kœberlé, que la acogió con ironía é incredulidad, declarando que no creía en tales lucubraciones y como prueba añadió : « Su hija de usted pretende que hay en el quiste numerosos ligamentos, y el palpamiento acaba de probarme que no hay más que muy pocos, pues está como flotante y cede á la presión. Ya ve usted que sus afirmaciones son imaginarias. »

La operación, sin embargo, fué muy larga y muy grave á causa del gran número de ligamentos, como había indicado la enferma, y declarada la septicemia, la paciente murió á los tres ó cuatro días.

Partí para Estrasburgo, llamado por aquella infortunada madre, para asistirla en su dolor, y comprobé por mí mismo todos los datos en cuanto al quiste, que fué conservado después de la operación. Antes de volvernos acompañé á la madre á casa del sabio doctor Kœberlé, á quien encontré enteramente desconcertado por la minuciosidad de todos aquellos detalles, que echaban por tierra todas sus ideas. Le pregunté cómo el palpamiento le había hecho creer que había pocas adherencias, no siendo exacto, y me respondió : « Es un caso de los más extraordinarios. Evidentemente, las adherencias eran muy numerosas, pero eran muy largas lo que permitía al quiste flotar y cambiar de sitio bajo la presión de la mano, que fué lo que me hizo caer en error. Todo esto es realmente muy raro, pues no puedo negar la perfecta

exactitud de todas las previsiones é indicaciones de la enferma. »

No sé si el doctor Kœberlé vive todavía, pero el recuerdo de estos hechos notables se ha debido conservar en la magnífica casa de salud en que sucedieron y que debe existir aún.

Tales son los hechos que puedo afirmar por mi honor y que me parece que pueden figurar en la información de usted desde el punto de vista estrictamente científico.

C. du Chatellard,
Marsella.

P. S. — Permítame usted firmar con un pseudónimo, pues soy muy conocido en Marsella, donde ocupo una posición visible, y no querría que mi nombre figurase en ninguna controversia pública.

Pero firmo debajo con mi verdadero nombre á título confidencial, para el caso de que, acogiendo con confianza mis declaraciones, creyera usted interesante que las completase con otros datos que me parecen del más alto interés humanitario y científico.

El mismo corresponsal añade :

XLVIII. — Un día en que la enferma estaba magnetizada, tranquila y lúcida, se habían verificado numerosos experimentos de magnetismo ante muchas personas de la familia, cuando á una de mis primas le ocurrió saber si podríamos seguir á mi tío, que se había marchado el día anterior, con su hijo Pablo, á visitar unas vastas propiedades que comprendían varios pueblos. La magnetizada declaró que los veía en una posada cuya descripción demostró que estaban en una aldea diferente de aquella en que se les suponía. Dijo que el padre estaba hablando con un guarda mientras el hijo se columpiaba en una silla delante del gran hogar de

la cocina. De pronto, la magnetizada se echó á reir y exclamó : « ¡ Ah! M. Pablo acaba de caerse. ¡Qué graciosas contorsiones ha hecho al caer! Pero no se ha hecho daño. »

En el momento, la hermana de Pablo cogió la pluma para escribirle la hora y los detalles de aquel grotesco incidente. Todo resultó enteramente exacto, y Pablo y su padre se quedaron asombrados sin saber cómo se había sabido lo ocurrido.

Si quiere usted comprobar el relato que le he enviado, ya por el doctor Kœberlé, si vive, ya por la casa de salud que debe existir aún en Estrasburgo ó en Francia, enviaré á usted confidencialmente el nombre de Mlle de V...

Segunda carta :

Agradeciendo el interés que ha demostrado usted hacia mis comunicaciones, voy á completarlas convencido de que podrá usted sacar de ellas deducciones instructivas.

Insisto, pues, en la sesión de la posada. Uno de mis primos, que estaba presente, me dijo que ordenase á la magnetizada que subiese al comedor. « ¡Pero si hay que bajar tres escalones para ir á ese comedor ! respondió la sonámbula. »

XLIX. — Me pidieron que la enviase á la iglesia y que hiciera la descripción de una hermosa colección de cuadros que allí existía. Convencido de la verdad de esta aserción por el tono serio con que fué hecha, transmití la petición á la magnetizada y me quedé admirado al oirla reir á carcajadas y hacer una descripción muy humorística de los famosos cuadros. Eran unos lienzos absolutamente grotescos pintados por un habitante de la aldea y en los que la composición y el dibujo presentaban defectos y anomalías de las más risibles. Aquello fué, pues, un coro de risotadas de todos los presentes que conocían los cuadros y que se quedaron asombrados de la fidelidad de la descripción y de la minuciosidad de los detalles.

Conviene sacar ciertas deducciones de los dos hechos citados, desde el punto de vista científico. Algunos sabios medio convencidos y hasta algunos magnetizadores, han sostenido que en estos casos el magnetizado lee los detalles en el pensamiento del magnetizador ó de cualquiera de los presentes, lo que excluiría la vista á distancia. Ahora bien, aquellos no pudo encontrarlos en mi pensamiento, puesto que yo los ignoraba completamente (1). Tampoco pudo leer en el pensamiento de alguno de los presentes, pues si la persona que me sugirió las dos preguntas conocía los cuadros, creía de buena fe que para ir al comedor había que subir, siendo así que era preciso *bajar* tres escalones.

Resulta, pues, que la visita y la descripción de los cuadros de la iglesia fué una vista á distancia, con la circunstancia de que aquello sucedió á las once de la noche, hora en que las iglesias están cerradas y á obscuras.

En una de las largas veladas de familia en que la tenía dormida, me ocurrió una vez la idea de preguntarle la composición de un remedio de nombre extraño que acababa yo de leer en una farmacopea, y en seguida me hizo la descripción completa de una planta con sus fases sucesivas, su florescencia, su género, su familia y, en fin, la descripción botánica más completa. En seguida añadió : « Esta planta procede de una isla ; la veo. Brota en las islas de la Oceanía. » Todos esos detalles eran exactos. Me ocupé después, en las veladas, en escribir, bajo su dictado, la descripción de un gran número de plantas medicinales, y cuando se despertaba llevaba yo la conversación á tratar de las plantas que ella acababa de describir y de las cuales sólo tenía conocimientos muy vagos.

Un día en que la interrogué sobre el acónito, que ella me había descrito indicando su zona de crecimiento, se quedó mucho tiempo pensativa, como sumida en una profunda

(1) Hemos visto que existen los dos fenómenos: *lectura del pensamiento y vista á distancia.*

la cocina. De pronto, la magnetizada se echó á reir y exclamó : « ¡ Ah! M. Pablo acaba de caerse. ¡Qué graciosas contorsiones ha hecho al caer! Pero no se ha hecho daño. »

En el momento, la hermana de Pablo cogió la pluma para escribirle la hora y los detalles de aquel grotesco incidente. Todo resultó enteramente exacto, y Pablo y su padre se quedaron asombrados sin saber cómo se había sabido lo ocurrido.

Si quiere usted comprobar el relato que le he enviado, ya por el doctor Kœberlé, si vive, ya por la casa de salud que debe existir aún en Estrasburgo ó en Francia, enviaré á usted confidencialmente el nombre de Mlle de V...

Segunda carta :

Agradeciendo el interés que ha demostrado usted hacia mis comunicaciones, voy á completarlas convencido de que podrá usted sacar de ellas deducciones instructivas.

Insisto, pues, en la sesión de la posada. Uno de mis primos, que estaba presente, me dijo que ordenase á la magnetizada que subiese al comedor. « ¡Pero si hay que bajar tres escalones para ir á ese comedor ! respondió la sonámbula. »

XLIX. — Me pidieron que la enviase á la iglesia y que hiciera la descripción de una hermosa colección de cuadros que allí existía. Convencido de la verdad de esta aserción por el tono serio con que fué hecha, transmití la petición á la magnetizada y me quedé admirado al oirla reir á carcajadas y hacer una descripción muy humorística de los famosos cuadros. Eran unos lienzos absolutamente grotescos pintados por un habitante de la aldea y en los que la composición y el dibujo presentaban defectos y anomalías de las más risibles. Aquello fué, pues, un coro de risotadas de todos los presentes que conocían los cuadros y que se quedaron asombrados de la fidelidad de la descripción y de la minuciosidad de los detalles.

Conviene sacar ciertas deducciones de los dos hechos citados, desde el punto de vista científico. Algunos sabios medio convencidos y hasta algunos magnetizadores, han sostenido que en estos casos el magnetizado lee los detalles en el pensamiento del magnetizador ó de cualquiera de los presentes, lo que excluiría la vista á distancia. Ahora bien, aquellos no pudo encontrarlos en mi pensamiento, puesto que yo los ignoraba completamente (1). Tampoco pudo leer en el pensamiento de alguno de los presentes, pues si la persona que me sugirió las dos preguntas conocía los cuadros, creía de buena fe que para ir al comedor había que subir, siendo así que era preciso *bajar* tres escalones.

Resulta, pues, que la visita y la descripción de los cuadros de la iglesia fué una vista á distancia, con la circunstancia de que aquello sucedió á las once de la noche, hora en que las iglesias están cerradas y á obscuras.

En una de las largas veladas de familia en que la tenía dormida, me ocurrió una vez la idea de preguntarle la composición de un remedio de nombre extraño que acababa yo de leer en una farmacopea, y en seguida me hizo la descripción completa de una planta con sus fases sucesivas, su florescencia, su género, su familia y, en fin, la descripción botánica más completa. En seguida añadió : « Esta planta procede de una isla ; la veo. Brota en las islas de la Oceanía. » Todos esos detalles eran exactos. Me ocupé después, en las veladas, en escribir, bajo su dictado, la descripción de un gran número de plantas medicinales, y cuando se despertaba llevaba yo la conversación á tratar de las plantas que ella acababa de describir y de las cuales sólo tenía conocimientos muy vagos.

Un día en que la interrogué sobre el acónito, que ella me había descrito indicando su zona de crecimiento, se quedó mucho tiempo pensativa, como sumida en una profunda

(1) Hemos visto que existen los dos fenómenos: *lectura del pensamiento y vista á distancia.*

reflexión, de que me costó trabajo hacerle salir, y acabó por responderme en estos términos, *que quiero repetir á usted escrupulosamente, de tal modo impresionaron mi memoria.* Saliendo de su meditación, me dijo :

« Es cierto; no me engaño. ¿Cómo es que no se ha encontrado todavía el remedio de ese mal espantoso, del cáncer? Veo la planta y vive en los mismos lugares que el acónito. » Me hizo su descripción exacta, completada en varias sesiones, y añadió que se reconocería su virtud inoculando á un animal, especialmente á un perro, la tintura obtenida por la maceración de esa planta, lo que provocaría una llaga de apariencia cancerosa.

He tratado muchas veces, sin éxito, de interesar á los médicos y á los botánicos para que hicieran investigaciones en ese sentido. Un sabio botánico me ha dicho que la descripción parecía asemejarse á la de la « oxiria digina ».

Remito á usted la descripción de esa planta, dictada por la magnetizada. Usted, cuyo nombre y cuya ciencia honran á nuestro país, podrá mejor que yo completar á fondo estos estudios y comprobar su fundamento. ¡Qué aureola añadiría usted á su nombre, si lograse, como Pasteur, dotar á la humanidad de un benificio semejante !

Nadie ignora que los magnetizados más lúcidos tienen momentos de desfallecimiento, sobre todo las mujeres en ciertas épocas en que están sometidas á influencias patológicas. Pero no tengo motivo alguno para suponer que estas afirmaciones sobre el remedio del cáncer no sean tan exactas como las demás. Su gravedad, su espontaneidad, su larga meditación antes de emitir sus afirmaciones, su ardiente deseo de ver aliviados á los desgraciados, me hacen creer en sus declaraciones.

Sin embargo, si publica usted esta comunicación, quisiera que no citase usted el último hecho, único de mi relato que no ha podido ser comprobado.

Me permito no observar la reserva que me pide mi

corresponsal, pues nunca tendré tiempo ni competencia para ocuparme en esta cuestión, y acaso un médico ó un fisiólogo puedan hacer que la humanidad aproveche la indicación. Desde el momento en que la vista á distancia y la adivinación son posibles, debemos no desdeñar nada y registrar las cosas útiles sin negarlas.

He aquí la descripción de la planta.

Es una planta herbácea que forma un ramo de hojas espatuladas, bastante largas y muy tiernas. Es de un verde ni muy obscuro, ni muy claro, pero más bien claro. Tiene analogía con la acedera. Las hojas son seguidas, sin picos, delgadas, y contienen un jugo verdoso muy activo, que es más abundante en el tallo principal, de 50 centímetros, del grueso de un dedo, que se eleva en medio de las hojas en el momento de la florescencia. Las flores, apenas visibles en unos capullos rojizos antes de su desarrollo, se convierten en verdosas al desarrollarse, y aparecen en el extremo y en toda la longitud de ese gran tallo. Este tallo está desprovisto de hojas. La planta crece en la vertiente de una montaña, en Suiza probablemente. Brota en la zona más elevada antes de la de las nieves. Más arriba se encuentra el *ranúnculo glacial*. Corresponde á un suelo rojizo, seco y desmoronable, en el que la vegetación es rara y raquítica.

El tallo se parece bastante al de la acedera. Florece una vez, en junio, y el tallo permanece hasta el invierno, época en que se seca. Las florecillas, muy menudas, se convierten en granitos negros que se reparten por el suelo, y las hojas mueren. La raíz sub-

siste y en la primavera las hojas salen de la tierra.

Es probablemente de la familia de las poligonáceas, dicotiledónea, y acaso de la familia de las herbáceas. El acónito se produce en los mismos parajes.

La flor, cuya envoltura es rojiza antes de desarrollarse, se convierte después en verdosa. El tallo está todo cubierto de flores y éstas se parecen á las de la romaza.

Se presentó algunos días después á la sonámbula un *polígonum alpinum*, y dijo :

« La planta en cuestión se diferencia de ésta en que su flor es todavía más pequeña, más espesa y más húmeda ; no se seca tan fácilmente. Además es *verdosa*, mientras que ésta es *más blanca*. »

La hoja es menos puntiaguda y sobre todo menos leñosa y más herbácea. En conjunto, la planta es más gruesa en todas sus partes, hasta en su extremidad.

Sin multiplicar indefinidamente estos ejemplos, haremos constar solamente que sería muy fácil hacerlo y que la vista sin los ojos en el estado de sonambulismo es un hecho bastante frecuente que tenemos que admitir, á pesar de los numerosos fraudes, más frecuentes todavía, que le acompañan. La vista á distancia, en sueños y en sonambulismo, no puede ser negada.

La comunicación psíquica recíproca, en sueños, puede ser igualmente demostrada por ejemplos ciertos. Sin remontar hasta el caso señalado por san Agustín (*Ciudad de Dios*, libro XVIII, cap. 18), recordamos, entre otros, los que refiere Gratiolet (*Anatomie*, tomo II, pag. 515). Una mujer se levanta una noche, muy

alarmada, soñando que había envenenado á sus hijos; y en aquel mismo instante su hijo soñaba que había sido envenenado por ella. Un joven sueña que una serpiente ha mordido á su madre mientras ésta soñaba lo mismo. Etc. etc. Las corrientes psíquicas deben ser admitidas como una realidad.

III

Los sueños premonitorios y la adivinación del porvenir.

> Quum est somnos evocatus animus a societate corporis, tum meminit præteritorum, præsentia cernit, futura prævidet.
>
> Cicerón.

Los sueños más curiosos y más difíciles de explicar, son acaso los que nos muestran un hecho, una situación, un estado de cosas no sucedido todavía y que se realizan efectivamente en un porvenir más ó menos próximo. No se trata tan sólo aquí de ver sin los ojos, sino de ver de antemano lo que no existe aún.

El solo enunciado de la cuestión parece absurdo y contradictorio y por consecuenca inaceptable. El aceptarla produce serias consecuencias, pues implica que el porvenir puede ser determinado por el encadenamiento de las causas y de los efectos sucesivos y que el libre albedrío está muy cerca de ser una ilusión.

Antes de entrar en el análisis filosófico de un problema que se relaciona con las mayores dificultades del conocimiento de las cosas, veamos si hay sueños dignos de fe que hayan mostrado verdaderamente el porvenir de un modo ó de otro. Es ésta una observación

necesaria y sin la cual sería ocioso meterse en razonamientos imaginarios.

Pues bien, debo declarar inmediatamente que los sueños que muestran con precisión un suceso futuro son ciertos y deben ser aceptados como reales. No se trata de fábulas y aquí tampoco explican la realización del sueño las circunstancias fortuitas ni el azar.

Acabamos de ver en el capítulo anterior sueños que muestran lo que pasa lejos, en la actualidad. Hemos visto hechos análogos en ciertos casos de hipnotismo, de magnetismo, de sonambulismo y de espiritismo; y todo eso ha sido una especie de prefacio ó de preparación natural á lo que ahora vamos á examinar.

Citaré ante todo dos sueños cuya autenticidad absoluta puedo afirmar, experimentados por mi madre en dos circunstancias muy diferentes y que acaba de confirmarme ahora, acaso por la vigésima vez.

El primero data de una época anterior á su venida á París. Mis padres vivían en el pueblo de Montigny-le-Roi (Alto-Marne). Yo estaba empezando mis estudios en Langres y decidieron dejar la provincia para venir á la capital, deseando dar á sus hijos carreras más seguras y más elevadas. Quince días antes de su viaje, mi madre soñó que estaba ya en París, que atravesaba grandes calles y que llegaba á un canal en el que había un puente con escaleras. Algún tiempo después de su llegada á París, tuvo que hacer una visita á una parienta que vivía en la calle de *Fontaine-au-Roi*, en el *faubourg del Temple*, y se quedó sorprendida al llegar al canal, al ver que reconocía el puente, el muelle, el

aspecto del barrio y todos los detalles que no podía conocer ni por grabados ni de modo alguno.

Este sueño no puede ser explicado. Hay que admitir que el espíritu puede ver á distancia y durante la noche, detalles que después se ve que están conformes con la imagen impresa en el cerebro. Esto es difícil, seguramente, y yo preferiría suponer que alguien hubiera contado á mi madre la existencia de esa especie de puentes, que ella había olvidado tal relato y que reapareció en su sueño. Pero mi madre afirma absolutamente que nadie le había hablado nunca ni del canal parisiense ni de sus puentes aéreos.

He aquí el segundo sueño :

Un verano, una hermana mía se fué con su marido y sus hijos á vivir en el pueblo de Nogent (Alto-Marne). Mi padre fué con ellos y mi madre se quedó en París. Todos los niños estaban en buena salud y no había ninguna inquietud respecto de ellos. Mi madre soñó que recibía de mi padre una carta en la cual se leía esta frase : « Tengo que darte una triste noticia. Enrique acaba de morir, casi sin enfermedad, á consecuencia de unas convulsiones. » Mi madre, al despertar, pensó que sólo había sido un sueño y, como tal, mentira. Ocho días después, una carta de mi padre contenía *exactamente la misma frase*. Mi hermana acababa de perder á su hijo menor, á consecuencia de unas convulsiones.

En el primero de esos dos sueños se podría invocar,

como ya lo he hecho, un relato olvidado, latente en el cerebro. Es muy poco probable, pues mi madre está segura de no haber oído hablar nunca de esos puentes. ¿Pero cómo explicar el segundo?

Mi amigo el doctor Macario, autor de un libro apreciado sobre el sueño, los ensueños y el sonambulismo, de que ya he hablado, cuenta el hecho siguiente, ocurrido en su familia :

Mme Macario, dice, se fué el 6 de julio de 1854 á Bourbon-l'Archambault, á fin de tomar las aguas para una afección reumática. Uno de sus primos, M. O..., que vive en Moulins y sueña ordinariamente lo que le va á suceder un poco extraordinario, soñó la noche anterior al viaje de mi mujer, que ésta, acompañada de su hija, tomaba el ferrocarril para ir á las aguas de Bourbon. Al despertarse dijo á su mujer que se preparase á recibir la visita de dos primas á las que todavía no conocía.

« Llegan hoy mismo á Moulins, añadió, para ir esta tarde á Bourbon, y no dejarán de venir á vernos. »

En efecto, mi mujer y mi hija no tardaron en llegar á Moulins, pero como hacía un tiempo muy malo y la lluvia caía á torrentes, pararon en casa de un amigo, cerca de la estación y les faltó el tiempo para ir á ver al primo, que vivía en un arrabal lejano. No se desanimó por eso y pensó :

« Mañana vendrán. »

Pero también entonces se engañó.

Persuadido, sin embargo, de que el sueño era verídico, como todos los suyos, M. O... fué al despacho de la diligencia de Moulins á Bourbon y preguntó si una señora con una niña, cuyas señas dió, habían salido el día antes para los baños. Le respondieron afirmativamente; preguntó entonces si la señora se había apeado en Moulins, y supo

que todas las particularidades de su sueño eran perfectamente exactas.

Es de advertir que M. O... no conocía la enfermedad ni sabía el viaje de Mme Macario, á la que no había visto hacía muchos años (1).

El doctor añade á este propósito el hecho siguiente :

El jueves siete de noviembre de 1850, en el momento en que los obreros de las minas de carbón de Belfast iban al trabajo, la mujer de uno de ellos le recomendó que examinase con cuidado la cuerda del torno que sirve para bajar al pozo :

« He soñado, dijo, que la cortaban esta noche. »

El minero no dió gran importancia á este aviso, pero le comunicó, sin embargo, á sus camaradas. Se desarrolló el cable y con gran sorpresa de todos, le encontraron cortado en diferentes sitios. Unos minutos después iban todos á bajar al pozo, en el que hubieran sido infaliblemente precipitados. Si hemos de creer al *Newcastle Journal*, no debieron su salvación más que á ese sueño.

Cuando mis comienzos en el periodismo, en París, tenía un compañero, en *Le Siècle*, escritor agradable y carácter encantador, que se llamaba Emilio de la Bédollière. Su matrimonio fué debido á un sueño premonitorio.

En uñ pueblecillo del centro de Francia, La Charité-sur-Loire, había una joven encantadora por su gracia y su belleza. Como la Fornarina de Rafael, era hija de un panadero. Entre los muchos pretendientes que aspiraban á su mano había uno muy rico, al que los padres preferían, pero Angela Robin no le amaba y no quería casarse con él.

(1) Sin poner ni un instante en duda la sinceridad absoluta del doctor Macario, afirmaré que es de sentir que ese M. O... haya tenido la preocupación de no atraverse á firmar sus observaciones ni sus convicciones. ¿ Por qué esa estrechez de espíritu? ¿ Qué hay en ese sueño que pueda comprometer á un hombre honrado ?

Un día, acosada por las instancias de su familia, fué á la iglesia y rogó á la Virgen que viniese en su ayuda. Por la noche, vió en sueños un joven en traje de viaje, con un gran sombrero de paja y anteojos, y al despertarse declaró á sus padres que rehusaba absolutamente al pretendiente y que esperaría para casarse más adelante, lo que les hizo formar mil conjeturas.

El verano siguiente, el joven Bedollière emprendió con un amigo un viaje al centro de Francia. Pasaron por La Charité y fueron á un baile. Á su llegada, el corazón de la joven latió tumultuosamente en su pecho y sus mejillas enrojecieron. El viajero la observó, la admiró, la amó, y unos meses después estaban casados. Era la primera vez en su vida que el periodista pasaba por aquel pueblo.

Esta curiosa historia de matrimonio no es única en su género. Podría citar muchos casos análogos y hasta creo no ser indiscreto añadiendo que uno de nuestros más célebres astrónomos contemporáncos, M. Janssen, fué visto en sueños por su señora mucho tiempo antes de su mutua presentación.

Alfredo Maury cita un caso análogo, pero le explica por su teoría de las imágenes de la memoria, que no es ciertamente aplicable al caso de Bedollière y no mucho más á éste. « M. P..., dice, antiguo bibliotecario del cuerpo legislativo, me ha asegurado que vió en sueños á la mujer con quien se casó después y que le era desconocida ó, al menos, no recordaba haberla

visto. *Según toda verosimilitud*, se trata de un hecho de recuerdo inconsciente.

El error de los teóricos consiste en querer explicarlo y encerrarlo todo en sus marcos. *Según toda verosimilitud*, Alfredo Maury se engaña en esto, á la luz de nuestras nuevas investigaciones psíquicas.

M. A. Goupil, ingeniero civil de Cognac, nos ha comunicado el hecho siguiente :

En Túnez, entre el Correo y el café de Francia, hay un peluquero francés, cuyo nombre no recuerdo. Una mañana de verano, en 1891, estaba yo jugando con él una partida de billar y cuando la terminamos le propuse jugar otra.

« No, me dijo; espero al médico y quiero saber lo que dice.

— ¿Tiene usted algún enfermo en casa?

— No, pero mi sobrinillo, de 11 años, tuvo ayer noche una alucinación y se despertó de repente gritando : « ¡Hay una mujer que quiere coger á mi primita (mi hija, de pocos meses) y no quiero que se la lleve! » Todo esto duró un buen rato y no pudimos hacerle creer que había soñado.

— ¿Ha tenido ya otras alucinaciones?

— No.

— ¿Tiene buena salud?

— Sí, pero temo que esto sea indicio de una fiebre.

— ¿Su niña de usted está buena?

— Sí, muy sana.

Hice esta última pregunta porque *se me había ocurrido que aquella visión quería decir que la niña se iba á morir dentro de poco tiempo*. No dije nada á mi interlocutor, que se marchó. Los tres días siguientes le pedí con interés noticias de su familia, lo que no dejó de extrañarle, pues yo no conocía á sus hijos. Se pasaron otros tres días sin verle, y al cuarto le encontré en la calle y le pedí noticias de su casa.

« Ya sabrá usted, me dijo, que hemos perdido á mi niña pequeña. Ha muerto en muy pocas horas del garrotillo.

— No lo sabía, le dije, pero lo esperaba.

— ¿Cómo?

— Sí, aquella mujer se la ha llevado.

— ¿Qué mujer?

— La que vió su sobrino de usted y que representaba la muerte, la enfermedad, ¿qué sé yo? Debió ser aquella una alucinación profética. »

Dejé á mi hombre muy asombrado y él podría afirmar la verdad de este relato, pues quedó sorprendido por mis reflexiones y debe recordarlas.

¿Se puede invocar aquí el azar? No. Hay en esto algo *desconocido* para nosotros, pero real.

Un antiguo magistrado, diputado actualmente, hace este conmovedor relato en la *Revue des Revues* del 15 de septiembre de 1895 :

En aquella época, hace unos diez años, era yo magistrado y acababa de terminar la larga y laboriosa instrucción de un crimen espantoso que había aterrorizado toda la comarca. Día y noche, despierto y dormido, no veía, hacía algunas semanas, más que cadáveres, sangre y asesinatos.

Con el espíritu aún impresionado por esos recuerdos sangrientos, me fuí á descansar en un pueblecillo que duerme tranquilo, triste y descuidado, sin ruidoso casino y sin *mail-coachs* escandalosos, en el fondo de nuestras verdes montañas.

Todos los días me perdía en los bosques y sucedía con frecuencia, en aquellos paseos vagabundos, que me extraviaba por completo, siempre que perdía de vista las altas cimas que me servían para encontrar la dirección de mi casa.

Al caer la noche desembocaba del bosque por un camino solitario que franqueaba una estrecha garganta entre dos

montañas. La pendiente era rápida y en la garganta, al lado de la senda, no había sitio más que para un arroyuelo que caía de las rocas sobre el llano formando una multitud de cascadas. De uno y otro lado, la selva sombría é infinitamente silenciosa.

Un poste del camino indicaba que el pueblo estaba á diez kilómetros, y cansado por seis horas de paseo y atenazado por un hambre violenta, quise albergarme y comer inmediatamente.

A unos pasos, una pobre posada, aislada y verdadero albergue de caminantes, enseñaba su muestra ennegrecida, en la que se leía : « *Á la cita de los amigos.* »

Entré. La única sala del mesón estaba obscura y llena de humo. Al llegar, me salieron á recibir el posadero, especie de hércules, con mala cara y tez amarillenta, y su mujer, pequeña, negra, llena de harapos y de mirada opaca y astuta.

Pedí de comer y, si era posible, acostarme. Después de una miserable cena, muy miserable, tomada bajo las miradas desconfiadas y atrozmente inquisitoriales del posadero y á la luz de un velón que alumbraba muy mal, pero echaba, en cambio, un humo y un olor nauseabundos, seguí á la posadera, que me condujo á través de un largo pasillo y por una empinada escalera, á un cuarto desmantelado que caía encima de la cuadra. El posadero, su mujer y yo estábamos ciertamente solos en aquella casucha perdida en el bosque, lejos de todo poblado.

Tengo una prudencia rayana en el miedo, por efecto de mi profesión, que me hace pensar de continuo en los crímenes pasados y en los asesinatos posibles. Visité cuidadosamente el cuarto, después de cerrar la puerta con llave, y observé que había una cama ó, más bien, un camastro, dos sillas cojas y en el fondo, casi disimulada por el papel de la pared, una puerta sin llave. La abrí y daba á una especie de escala que se hundía en el vacío. Puse delante, para impedir que la abrieran desde fuera, una especie de mesa de madera blanca con una jofaina desportillada, que servía de lavabo, y coloqué al lado una de las sillas. De este modo no se podía abrir la puerta sin hacer ruido. Después de estas precauciones, me acosté.

Fatigado por un día semejante, puede pensarse que me dormí profundamente. Pero de repente, me desperté sobresaltado. Me parecía que abrían la puerta, empujando la mesa y hasta creí percibir el resplandor de una lámpara, de una linterna ó de una bujía por el agujero vacío de la cerradura. Me levanté medio dormido y grité : « ¿Quién va? » Nadie contestó : el silencio; la obscuridad completa. Había, sin duda, soñado ó sido juguete de una extraña ilusión.

Permanecí muchas horas sin dormir, como dominado por un vago terror; pero después el cansancio pudo más que el miedo y caí en un sueño pesado y doloroso poblado de pesadillas.

En mi sueño, vi el cuarto en que yo estaba y en la cama, yo ú otra persona, no lo sé. La puerta excusada se abría y entraba el posadero con un largo cuchillo en la mano. Detrás, en el umbral, su mujer, sucia, andrajosa, haciendo pantalla con sus dedos á la luz de una linterna. El posadero se aproximó á la cama á paso de lobo y hundió el cuchillo en el corazón del huésped. Después, llevando el cadáver el marido por los pies y la mujer por la cabeza, descendieron por la estrecha escalera, y, detalle curioso, el marido llevaba la linterna cogida con los dientes, por la delgada anilla que le servía de asa. Me desperté aterrado y con la frente bañada en sudor frío. Por las grandes rendijas de la ventana los rayos del sol de agosto inundaban el cuarto, lo que sin duda me había hecho ver el resplandor de la linterna. Vi á la posadera sola, silenciosa, astuta, y me escapé alegre, como de un infierno, para respirar en el camino polvoriento el aire puro de los pinos, bajo el sol esplendente y en medio de los pájaros.

No pensé más en mi sueño y tres años después leí en un periódico una noticia concebida, próximamente, en estos

términos : « Los vecinos de la población de X... están muy alarmados por la desaparición repentina é incomprensible de M. Víctor Arnaud, abogado, que hace ocho días salió á dar un paseo por la montaña y aún no ha vuelto al hotel. Los habitantes del pueblo se pierden en conjeturas sobre esta increíble desaparición. »

¿Por qué extraña conexión de ideas, esta noticia trajo á mi mente el sueño de la posada? No lo sé, pero esa asociación de impresiones se fortificó cuando, tres días después, vi en el mismo periódico : « Se han encontrado en parte las huellas de M. Víctor Arnaud. El 24 de agosto por la tarde fué visto por un caminante en una posada aislada que lleva por título : « *A la cita de los amigos.* » El posadero, hombre de una reputación de las más sospechosas y que había guardado silencio sobre aquel viajero, ha sido interrogado y pretende que aquél se marchó en el mismo día y no durmió en la posada. A pesar de esa afirmación empiezan á correr en el país extraños rumores. Se habla de otro viajero, de origen inglés, que desapareció hace seis años, y por otra parte, una pastora afirma haber visto á la mujer del posadero, el 26 de agosto, echar en un pantano oculto por la hojarasca ropas ensangrentadas. Hay en esto un misterio que conviene poner en claro. »

No me pude contener é impulsado por una fuerza invencible que me decía á pesar mío que mi sueño se había convertido en una realidad terrible, me marché á la ciudad.

Los magistrados que entendían en el asunto buscaban sin datos precisos. Llegué al despacho de mi colega el juez de instrucción el mismo día en que estaba oyendo la declaración de la posadera y le pedí permiso para permanecer en el despacho durante esta diligencia.

Al entrar, la mujer no me reconoció ni prestó atención á mi presencia.

Contó que, en efecto, un viajero, cuyas señas coincidían con las de Arnaud, fué el 24 de agosto á su posada, pero no pasó la noche en ella. Por lo demás, añadió, no tenemos más

que dos cuartos en la posada y los dos estaban ocupados aquella noche por dos caminantes. Estos dos hombres habían sido oídos en la instrucción y habían confirmado el hecho.

Interviniendo repentinamente, exclamé : ¿ Y la tercera habitación, la que está sobre la cuadra ?

La posadera se estremeció bruscamente y como quien sale de un sueño pareció reconocerme.

Sintiéndome yo como inspirado por una inexplicable audacia, continué : « Víctor Arnaud se acostó en ese tercer cuarto. Durante la noche fueron ustedes á buscarle, usted con una linterna y su marido de usted con un cuchillo. Subieron ustedes por la escalera de la cuadra, abrieron una puerta oculta que da entrada á ese cuarto y mientras usted permanecía en el umbral, su marido asesinó al viajero á fin de robarle el reloj y la cartera. »

Lo que yo contaba era mi sueño de hacía tres años y mi colega me miraba estupefacto. La mujer, espantada, con los ojos desmesuradamente abiertos y los dientes castañeteando de terror, se quedó como petrificada.

« Después, continué, cogieron ustedes el cadáver, él por los pies, y le bajaron por la escala. Para alumbrarse, su marido de usted llevaba en los dientes el asa de la linterna. »

Aterrada entonces la mujer, pálida y con las piernas vacilantes, exclamó : « ¿ Entonces lo vió usted todo? »

Después, arrepentida, se negó á firmar la declaración y se encerró en un mutismo absoluto.

Cuando mi colega repitió al marido mi relato, aquel hombre, creyendo que su mujer le había delatado, prorrumpió en un espantoso juramento y dijo : « ¡Ah ! ¡La muy p... ya me las pagará! »

Mi sueño se había, pues, convertido en una sombría y horrorosa realidad.

En la cuadra de la posada y debajo de un gran montón de estiércol, se encontró el cadáver de Víctor Arnaud y, á su lado, una osamenta humana, acaso del inglés desapare-

cido seis años antes en condiciones idénticas é igualmente misteriosas.

Este caso es bastante elocuente en sí mismo para dispensarnos de todo comentario. Es un sueño premonitorio de la más grande belleza. No suponemos que el autor, un magistrado, lo haya inventado por el gusto de escribir, por cierto muy bien, un cuento dramático. La cosa, sin embargo, no es imposible. Acaso M. Bérard podría dar un testimonio irrecusable por una confrontación con la causa formada por el asesinato de Víctor Arnaud (1).

Mme A. Vaillant me ha enviado de Foucquevillers (Paso de Calais) el relato, muy curioso, de tres casos de telepatía y un sueño premonitorio. Por una inadvertencia debida ciertamente al gran número de cartas recibidas, los dos casos de telepatía no figuran en su lugar propio. Diremos, sin embargo, sin volver sobre ese asunto, que el primer caso se refiere á una muerte, en 1794, en Arras, vista desde las orillas del Rhin; el segundo á la aparición á dos personas separadas, en Bapaume, de un marido y de un padre muertos en Austria (1796); y el tercero á una joven que vivía en un castillo de Escocia y que ve al pie de una escalera á

(1) Esta historia está incluída también en las *Memorias* de M. Goron, antiguo jefe de policía, que añade otros sueños suyos á propósito de otro asesinato. Este sueño, también muy notable, me parece que se puede explicar por la *asociación de los pensamientos* que ocupaban aquel día el cerebro del autor.

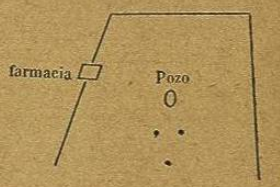
un tío suyo asesinado en ese instante en Londres (1796).

He aquí el sueño premonitorio:

Hace algunos años, en una ciudad del norte, fué nombrado un nuevo vicario en cierta parroquia. Una persona conocida de Mme Vaillant, soñó, días antes, que ese vicario era un M. G...; que éste predicaba el domingo siguiente sobre tal asunto; y que su hermana estaba sentada delante de él. *Todas las particularidades de su sueño se realizaron.*

He aquí otro sueño premonitorio contado por un venerable eclesiástico:

Estaba yo en un colegio de Niort, teniendo quince ó diez y seis años, y una noche tuve un sueño muy singular. Me pareció que estaba en Saint-Maixent, ciudad que no conozco más que de nombre, con el director de mi colegio, en una plazuela, cerca de un pozo, enfrente del cual había una farmacia. De pronto vimos venir hacia nosotros á una señora de la población, á la que conocía por haberla visto una vez en Niort, en la casa que yo habitaba. Aquella señora nos habló de asuntos tan extraordinarios, que por la mañana, ya despierto, hablé de ellos al director. Este, muy extrañado, me hizo repetir la conversación. Pocos días después tuvo un negocio en Saint-Maixent y me llevó con él. Apenas llegamos, nos encontramos en la plaza que yo había visto en sueños, en los dos puntos marcados en la figura, y vimos venir hacia nosotros, en el punto más bajo, á la señora en cuestión, que tuvo con mi director la conservación que yo había contado, *palabra por palabra*.



GROUSSARD,
Cura de Sainte-Radegonde (Charente-Inférieure).

No se comprende cómo el azar puede explicar esta premonición tan precisa.

Mi información ha hecho venir gran número de sueños premonitorios, que he clasificado especialmente, y pido permiso á mis lectores para citar aquí los principales, á fin de poner entre sus manos todas las piezas de convicción, añadidas á los once casos que van consignados.

XII. — Me presento yo mismo : Pedro Julio Berthelay natural de Issoire (Puy-de-Dôme), nacido el 23 de octubre de 1825, antiguo alumno del liceo de Clermont, antiguo vicario, durante ocho años, de Saint-Eutrope (Clermont) y tres veces inscrito en el ministerio de la Guerra como capellán militar.

1°. Después de trece años de penoso ministerio estaba yo muy cansado, y tanto más cuanto que había tenido que hacer de capataz para vigilar, en nombre de la fábrica, la construcción de la iglesia de Saint-Eutrope, en Clermont. Durante cuatro años seguí á los obreros desde una profundidad de 10 metros, en el agua de los cimientos, hasta la cruz de la veleta. Yo mismo coloqué las tres últimas pizarras. Para hacerme cambiar de trabajos, nuestro provisor, M. Vincent, me hizo venir á Lyon, que yo no conocía. Uno de los primeros días, un discípulo me dijo, al acabar de almorzar : « Señor cura, ¿quiere usted acompañarme á nuestra posesión de Saint-Just-Doizieux ? » Acepté y montamos en un coche. Después de haber pasado por Saint-Paul-en-Jarret, exclamé : « ¡ Pero yo conozco este país ! » y, en efecto, hubiera podido circular por él sin guía. Un año antes, lo menos, había visto en sueños todas aquellas pequeñas terrazas de piedras amarillas.

2°. Vuelto á mi diócesis, me enviaron á desempeñar en las montañas del Oeste una misión muy penosa y superior

á mis fuerzas. Permanecí siete meses enfermo en Clermont, y en cuanto pude tenerme en pie, tuve que ir á reemplazar al capellán del hospital de Ambert, que estaba con una congestión cerebral. El ferrocarril de Ambert no estaba aún construído y fuí en la diligencia de Clermont. Al pasar por Billom, miré á la derecha y *reconocí el castillo, con su avenida de olmos como si le hubiera visto*. Le había visto, en efecto, en sueños diez y ocho meses antes.

3°. Estamos en el año terrible. Mi madre, que había visto á los aliados pavonearse en los Campos Elíseos, me reclamó como su único sostén, y me dieron una pequeña parroquia cerca de Issoire. La primera vez que fuí á ver á un enfermo, me encontré en unas callejuelas estrechas, entre paredes negras, pero encontré perfectamente la salida. Muchos meses antes *había recorrido en sueños aquel dédalo de sombrías callejuelas*.

4°. Sucesos independientes de mi voluntad me han traído á Riom, donde me estoy preparando para el gran viaje. ¡ Cuál sería mi sorpresa al reconocer la capilla que mi colega el cura Faure ha edificado para los soldados y cuya existencia ignoraba! Hubiera podido hacer el croquis que le envío, como si hubiera servido de capataz (1).

BERTHALAY,
Riom (Puy-de-Dôme).

XVI. — En los primeros días de septiembre de 1870, en los baños de mar de Weymouth (Inglaterra), á las dos de la madrugada de un viernes, me desperté al mismo tiempo que una voz misteriosa pronunciaba muy distintamente estas palabras : « *Jump out of bed, pray for these at sea* ». « Salte usted de la cama y ruegue por los que están en el mar ». Casi al mismo tiempo, el *Captain*, gran navío inglés, se perdió en la bahía de Vizcaya. Hubo trescientos ahogados.

(1) Esta carta está acompañada de cuatro dibujos de los paisajes y monumentos vistos en sueños.

El resto de la escuadra llegó á Portland-Roads, cerca de nosotros, y como se podía visitarla, fuí á hacerlo con un hermano mío. Este hermano pereció él mismo en el naufragio de la *Avalancha*, en el mismo Portland Roads.

María C. Deustchemdaff,
Esposa del pastor protestante de Charleville (Ardennes).

XVII. — El hecho siguiente me fué relatado por un antiguo colega, hoy de noventa y un años, de espíritu positivista y nada propenso al misticismo.

Una noche, en 1835, estaba trabajando en su casa, en Estrasburgo, y de repente tuvo la visión muy clara de su pueblo natal. La calle en que estaba la casa de sus padres tenía una animación desacostumbrada á aquella hora, y mi amigo reconoció á muchas personas, entre las cuales á un pariente suyo, que llevaba una linterna.

« Unos días después, me dijo, recibí la noticia de la muerte de mi madre, ocurrida aquella misma noche y *en presencia de las mismas personas que yo había visto*. La que llevaba la linterna era mi abuela. »

Estos hechos no son sin duda explicables actualmente, pero esto no es una razón para negarlos con desdén. Esperemos y busquemos. El porvenir nos reserva muchas sorpresas y aclarará muchos misterios.

¿Qué es el pensamiento? Lo ignoramos absolutamente, pero podemos suponer que corresponde á un número de vibraciones determinado; supongamos un millón de quintillones por segundo. El cerebro, que emite esas vibraciones es á la vez transmisor y receptor. Es posible que bajo la influencia de una excitación intensa, esas vibraciones sean capaces de impresionar á enormes distancias otras células nerviosas. Si los fenómenos de telepatía son producidos sobre todo por moribundos, se sabe que con frecuencia, al acercarse el último momento, el cerebro posee una actividad extraordinaria. Por otra parte, los que son impresionados

son también generalmente seres sensibles, nerviosos, impresionables, en una palabra. En fin, el cariño, el odio, la inquietud, pueden contribuir á poner en estado de isocronismo cerebral á dos personas poseídas de esos sentimientos.

Sin caer en el dominio de lo sobrenatural ni de lo imposible, vendrá acaso un día, todavía muy lejano, en que el hombre mirará el telégrafo y el teléfono como medios primitivos y groseros para corresponder á distancia, y enviará su pensamiento á voluntad á través del espacio.

Doctor Devé,
Fouvent-le-Haut (Haute-Saône).

XVIII. — El año último, en el mes de septiembre, tuve una noche la visión clara de un entierro de niño, que salía de una casa cuyos habitantes eran conocidos míos. En mi sueño, ignoraba solamente cuál de los niños había muerto.

Tuve en la memoria este sueño todo el día, y por la tarde, uno de los niños de aquella casa, de cuatro años, se cayó accidentalmente en un foso y se ahogó.

Emilio Boismard,
Seiches (Maine-et-Loire).

XIX. — Mi hermano mayor, Emilio Zipelins, pintor, murió el 16 de septiembre de 1865, á los 25 años, bañándose en el Mosella. Vivía en París, pero se encontraba en aquel momento de visita en casa de unos parientes, cerca de Nancy. Mi madre había soñado dos veces, con un intervalo bastante largo, que su hijo se ahogaba.

Cuando la persona encargada de dar la terrible noticia se presentó en mi casa, mi madre, adivinando que ocurría una desgracia, se informó ante todo de una de sus hijas, ausente y de la que no tenía noticias hacía mucho tiempo. Cuando le dijeron que no se trataba de ella, dijo : « No siga usted ; ya sé lo que sucede. Mi hijo se ha ahogado ». Había-

mos recibido una carta suya en el mismo día, de modo que nada hacía prever aquella catástrofe.

Mi hermano mismo había dicho á su portero poco tiempo antes : « Si una noche no vuelvo, vaya usted al depósito de cadáveres. Tengo el presentimiento de que moriré en el agua. He soñado que estaba en el fondo del agua, muerto y con los ojos abiertos. »

Así fué, en efecto, como se le encontró, muerto en el agua de la rotura de un aneurisma. Mi hermano estaba tan convencido de que así sucedería, que el día de su muerte se había negado á bañarse en el Mosella. Pero por la tarde se dejó seducir por la frescura del agua y fué así arrebatado á nuestro cariño.

J. Vogelsang-Zipelins,
Mulhouse.

XX. — Hace años soñé durante seis meses una vez á la semana que me veía obligada á dejar mis hijos solos para ir á trabajar en un escritorio. Corría por miedo de llegar tarde y cuando la fatiga y la inquietud me despertaban, veía con placer que aquel estúpido sueño no estaba justificado, pues tenía con mi marido una posición modesta, pero suficiente.

En el mismo año, por desgracia, aquel sueño se realizó.

Claire.

XXI. — El 25 de noviembre de 1860, estando de pesca en el mar, volvíamos en una barca á eso de las cuatro de la tarde, cuando uno de mis amigos me dijo que había soñado que moriría ahogado en aquel mismo día.

Le tranquilicé diciéndole que dentro de diez minutos estaríamos en tierra.

Unos instantes después, la barca zozobró y dos de mis amigos, uno de ellos el del sueño, se ahogaron, á pesar de los esfuerzos que hicimos para impedirlo. El hermano del

amigo en cuestión es aún abogado en el Havre, que fué donde ocurrió esta desgracia. Se pueden consultar sobre este punto los periódicos del Havre del 26 de noviembre de 1860

E. B.
78, rue de Phalsbourg (Le Havre).

XXII. — A. En el mes de agosto último, en un momento en que estaba ocupado en el estudio de la creta, creí en sueños encontrar un galete en la creta de los Broches, cerca de Bernot. Dispuse dedicar el día siguiente para ir á ver esa creta, y me quedé muy sorprendido al encontrar un galete exactamente en las mismas condiciones de mi sueño. Los galetes de la creta son raros.

B. Hace unos años vi, en sueños igualmente, un hallazgo de objetos galo-romanos en un sitio determinado del pueblo de Sissy. Ese sitio fué elegido para construir un nuevo cementerio y en una de las primeras fosas los sepultureros encontraron una olla que me remitieron. Era una olla galo-romana, que probó que el cementerio estaba colocado en el sitio de unas antiguas tumbas.

Alfonso Rabelle,
Farmacéutico, Ribemont (Aisne).

XXIV. — Dos veces diferentes he sido prevenido en sueños de la muerte de personas que yo conocía *solamente de vista* y cuyo fallecimiento me ha sido anunciado el día siguiente en circunstancias y con palabras idénticas á las del sueño. En uno y en otro caso ignoraba la enfermedad de aquellas personas, para mí indiferentes.

M. Lorilliard,
Przemysl (Polonia).

XXV. — Tenía yo diez y ocho años cuando murió mi pobre padre. Quince días antes de su muerte soñé que le veía en su cama, muerto y velado por *cinco* personas íntimas de la

familia. Esas mismas cinco personas fueron las que, en efecto, velaron su cadáver la noche del fallecimiento. Esa extraña observación me ha emocionado profundamente durante mucho tiempo.

P. B.,
Marseille.

XXVI. — Tres días antes de saber la muerte de la hermana del pintor Vereschaguine (justamente el tiempo de llegar una carta de San Petersburgo), vi en sueños á su marido y, extrañando el verle solo, le pregunté : « ¿Dónde está María Vasilierna? » y él me respondió distintamente : « *She rest* », que quiere decir « Está descansando ».

J. Mottu,
Seale, How-Ambleside (Westmorland).

XXVII. — Cuando mi madre era soltera, estaba cuidando á la suya noche y día y descansaba muy poco. Una noche, la última, se durmió un instante y vió en sueños á su madre que le dijo :

« *Á las once* me perderás. »

La predicción se cumplió exactamente. El doloroso suceso ocurrió á la hora indicada.

Mi mujer no habló á nadie de ese sueño hasta que pasaron los primeros días del duelo y no hay más prueba que su palabra, en la que creo ciegamente.

X...,
Teniente de navío (Rochefort).

XXVIII. — A. En 1848 estaba yo en Terrazón (Dordogne) empleado en la construcción del ferrocarril de Périgueux á Brive. Otro empleado, originario de los Altos Alpes, me dijo una mañana, muy preocupado, que en la noche anterior había *visto* un fantasma en el que había creído reconocer á su padre. Dos días después recibía una carta de luto anunciándole la muerte de su padre, ocurrida en el mismo día del sueño.

B. En 1885 estaba yo en Perigueux con mi familia y mi mujer vió en sueños, en la noche del 15 de enero, una cama con las cortinas cerradas y al lado una mesa con un cirio encendido y un crucifijo. Me refirió ese sueño, que le había alarmado, y días después recibimos una carta de Rodez, donde se encontraba mi suegro, anunciándonos que éste tenía una pulmonía que le mató á los pocos días.

Lumique,
7, rue Traversière-des-Potiers, Toulouse.

XXX. — Estando despierto he sentido con frecuencia la presencia de un ser desaparecido y llorado vivamente. Dos días antes de la muerte de esa misma persona, soñé que llegaba una carta *impresa* anunciándome su fallecimiento, y de este modo fué como conocí la triste nueva cuando ocurrió.

Viuda Poullain-Bouhon,
Seignalay.

XXXI. — He hecho la triste observación de que siempre que veo en sueños á una amiga mía, muerta hace cinco años, pierdo un miembro de mi familia.

Pero lo que más me ha chocado, hace mes y medio, es que esa misma persona vino á pasearse conmigo hacia Lagonbran. Llegadas al *boulevard de Strasbourg*, á la entrada de Tolón, me dejó y se volvió hacia Lagonbran con unos obreros que tenían todos aspecto desgraciado.

Durante muchos días me estuve preguntando con angustia quién iba á morir en mi familia, cuando supe la catástrofe de Lagonbran, que todo el mundo conoce.

Una amiga mía soñó en la noche del 3 de marzo las escenas que debían ocurrir el día siguiente, y cuando vió desfilar delante de su puerta los camiones de artillería que llevaban

los muertos y los heridos, rodeados de soldados y de curas, le pareció que era aquello una segunda edición de su sueño.

M. J. D.,
Toulon.

XXXII. — Me sucede con frecuencia el verme en una situación cualquiera, tan vulgar como posible, de la cua había tenido una *exacta* sensación algún tiempo antes.

J. H. Charpentier,
Francfort-sur-Mein.

XXXIII. — Un día de abril de 1889, una joven, llamada Juana Dubo, que servía como criada en mi casa, se desplomó de repente en mi presencia sin que pudiese socorrerla. Se trataba de un caso de muerte repentina por la rotura de un aneurisma.

Los padres de aquella muchacha, pobres colonos, que habitaban y habitan aún el departamento de las Landas, llegaron llorando á la casa el día siguiente al del triste suceso.

Aquella primera entrevista fué tan penosa para mí como para ellos, pues estaba yo profundamente afectado por la muerte de aquella joven á la que había tomado cariño por la franqueza y la dulzura de su carácter y por el celo con que cuidaba mi casa.

Por la noche, estando velando á la muerta, en compañía de su padre y de su madre, dirigí al padre, en su dialecto, la pregunta siguiente :

« Dígame usted, Dubo, ¿no ha tenido usted algún presentimiento de la muerte de Juana ?

— ¿Cómo ? me respondió ; no comprendo.

— Sí, un signo cualquiera... qué sé yo... algo que le haya á usted advertido de la desgracia que le amenazaba...

— No, respondió, moviendo la cabeza, nada...

— Un sueño, por ejemplo, insistí.

— ¡ Un sueño !... ¡ Ah ! espere usted, dijo como si tratara de recordar ; sí, un sueño. ¿Oyes, Marcelina ?

Su mujer, que estaba echada vestida en un colchón, respondió á aquella pregunta con sollozos ahogados.

Entonces él me contó que una noche, hacía diez días, su mujer había soñado *que su hija estaba muerta ;* que durante aquel sueño había gemido y llorado á lágrima viva ; y que á pesar de sus esfuerzos para consolarla, conservó hasta el día la idea de que su hija estaba muerta. Después tuvo por muchos días una fuerte jaqueca.

Aquel sueño, que yo había adivinado, se convirtió en realidad diez ó doce días después.

Justin Mano,
Empleado de contribuciones, Belin (Gironde).

XXXIV. — En 1865 era yo institutriz en un colegio de Inglaterra y tenía diez y ocho años. Como aquel clima no convenía á mi temperamento, estaba siempre delicada y mi pensamiento se dirigía siempre á Francia.

Había ido á Inglaterra por dos años, para aprender el inglés y estaba allí desde el mes de enero, cuando á fin de febrero soñé que tenía que estudiar de prisa porque debía estar poco tiempo en aquel país, sin saber la causa que me obligaría á marcharme.

El 13 de agosto siguiente murió mi madre y tuve, en efecto, que volverme á Francia.

Léonie Serres,
Deaux, cantón de Vezénabres (Gard).

XXXV. — Hace dos años justos que ocupaba una plaza en América, y estábamos de viaje en el Maryland, cuando una noche ví en sueños una gran puerta monumental que cerraba la entrada de un gran bosque, y á dos pasos de aquella puerta la casilla de un guarda. Por la mañana conté mi sueño á Mlle. S... en cuya casa era yo institutriz, y le dije que sin duda volvería pronto á Europa.

Cuál fué mi sorpresa cuando un año después, habiendo vuelto en efecto y nombrada para Cracovia, mi discípula, de 14 años, me dijo : « Venga usted, señora, voy á llevar á usted al magnífico bosque de T..., que perteneee al conde de P... Fuimos y á la entrada del bosque *reconocí aquella puerta* que había visto en sueños un año antes. « María, dije á mi discípula, he visto esta puerta en sueños, muy lejos de aquí y hace un año. » La niña se rió mucho.

L. R.,
Moravia (Austria).

XXXVII. — Creo útil comunicar á usted dos hechos muy característicos relativos al presentimiento de dos personas á quienes conozco perfectamente.

A. La primera persona sueña que su padre ha muerto y un mes después muere su padre *en las mismas circunstancias que acompañaron al sueño.*

B. La segunda, una señora, sueña que su hijo acaba de morir, la víspera del día en que muere realmente, y también *en las mismas circunstancias del sueño.*

G. Vian,
Antiguo secretario de la Sociedad científica « Flammarion », Marseille.

XXXIX. — En febrero ó marzo, vi en sueños á una amiga mía vestida de gran luto por la muerte de uno de sus parientes próximos. Aquella noche asistí á todas las peripecias que pueden ocurrir al llegar de viaje, de noche, y la vi en mi sueño con su hijo, *yendo de un lado para otro* en la estación en busca de vehículos ó medios de transporte para llegar á su casa antes de la ceremonia fúnebre.

Cinco meses después supe la completa realización de mi sueño. Aquella persona, á la que yo quería mucho, pasó en las circunstancias relatadas, con su hijo, todos los tormentos y todas las angustias que yo había visto. El pariente que perdió estaba enfermo, pero nada hacía suponer un desenlace tan rápido.

¿De qué procede esa presciencia del porvenir que se manifiesta en los sueños?

M. P. H. D. M.
Romans.

XL. — Iba yo al colegio como externo y me vi en sueños atravesando la plaza de la República, en París, con un cartapacio debajo del brazo. Exactamente delante de los almacenes del *Pauvre Jacques* pasó un perro perseguido por una banda de ocho muchachos que le iban maltratando. Los empleados del almacén empezaban á recoger y una vendedora ambulante pasaba con su carricoche lleno de frutas y de flores.

Por la mañana, al ir al colegio, vi la misma plaza y la misma escena que había visto en sueños. El perro corría por el arroyo, los *ocho* muchachos le perseguían, la vendedora pasaba con su carro y se dirigía hacia el *boulevard Voltaire* y los empleados del *Pauvre Jacques* disponían los géneros en la puerta del almacén.

Ed. Hannais,
10, Avenida Lagache, Villemonble (Seine).

XLI. — En 1827 ó 1828 mi padre estaba en Nancy. En aquel momento se verificaban esas loterías, prohibidas después, en las que convenía determinar, al tomarlos, los números que se querían jugar. Mi padre estaba fuertemente tentado de correr el albur, pero vacilaba todavía, cuando una noche vió en sueños dos números que se destacaban en carácteres fosforescentes en la pared de su cuarto Vivamente impresionado, resolvió ir en cuanto se abrieran los despachos á pedir los números soñados. Ciertos escrúpulos de delicadeza le detuvieron, pero después de salir la lotería, fué á informarse del resultado de la extracción. Los dos números habían salido, en el orden en que él los soñó, y habían dado un beneficio de 75 000 francos.

Mlle Meyer,
Niort (Deux-Sèvres).

XLII. — Mi mujer y yo fuimos á París á pasar unos días y nos detuvimos en Angers, en casa de unos parientes. Por la mañana del día en que debíamos irnos á París, estaba yo en ese estado de deliciosa somnolencia que tanto complace cuando se tiene la vaga idea de que la vida renace al rededor y se está acostado en una buena cama. No estaba despierto sino dormitando. De repente oí una voz fresca y de buen timbre que cantaba una romanza deliciosa hasta el punto de que sentí despertar.

En mi imaginación atribuí aquel canto á algún joven obrero que se habría detenido frente á mis ventanas para cantar.

Llegados á París el mismo día, fuimos á pasar la velada en un café concierto de los Campos Elíseos. Júzguese mi asombro cuando á la mitad del espectáculo ví á un artista cantar la misma romanza que había yo oído en sueños por la mañana. *Afirmo* que eran absolutamente las mismas notas.

Aquella pieza me era desconocida por completo el día anterior y no he vuelto á oirla después.

EMILIO SOUX,

6, Avenida Victor-Hugo, Carcassonne.

XLIII. — En 1871 tenía un hermano de 20 años, médico militar en el hospital de Montpellier. Mi hermano cayó enfermo con la fiebre tifoidea y mi padre fué llamado por telegrama. Mi hermano, agotado por las fatigas de la guerra, empeoró rápidamente á pesar de los cuidados que se le prodigaron.

El 1°. de diciembre dijo á mi padre, que no se separaba de su cabecera : « Veo tres ataúdes en el cuarto. » Mi padre le contestó : « Te engañas, amigo; lo que ves son tres cunas. » Es de advertir que teníamos una hermana mayor, casada hacía tres años, que tenía un niño de trece meses, de muy buena salud, y otro de ocho días.

El día siguiente mi hermano se puso peòr y expiró en los brazos de mi padre.

Volvió éste á Douai después del entierro y encontró al niño pequeño muriéndose del garrotillo. El otro murió también.

Estos fueron los tres ataúdes vistos por mi desgraciado hermano.

BERTHE DUBRULLE,

3, rue de l'Abbaye-des-Prés, Douai.

XLIV. — A. En 1889 era yo empleado de contribuciones en un distrito de la Lozère. Estando de viaje en Saint-Urcize (Cantal), me pareció oir á media noche una voz que me decía : « Tu padre ha muerto. » Volví dos días después á mi casa y no había ninguna mala noticia de mi padre, que vivía en un pueblo lejano, pero el día siguiente recibí un telegrama en el que me llamaba, por estar enfermo con una pulmonía. Me puse en camino en seguida, pero llegué diez ó doce horas después del fallecimiento. Si hubiera ido cuando la advertencia recibida en sueños, hubiera podido pasar con mi padre treinta y seis horas antes de su muerte. No necesito decir cuánto sentí no haberlo hecho.

B. Tenía yo veintiún años é iba á jugar la suerte de soldado. La víspera soñé el número 45, que obtuve efectivamente. Estos hechos parecen indicar que las operaciones que creemos abandonadas á un simple azar, están sometidas á otras leyes. Por otra parte, entre el momento del sueño y el de extraer el número de la urna, se hicieron varias operaciones destinadas á conseguir que fuese el azar solamente el que distribuyera los números. ¿ Cómo es que no modificaron lo que parecía decidido el día anterior ?

GUIBAL,

Empleado de contribuciones, Belizane (Argelia).

XLVI. — En 1893 estaba mi hija en París, en la Escuela dental, y aunque tenía ya veinte años no era aficionada al matrimonio. El 2 de enero tuve un sueño muy extraño, en el que vi á mi hija llegar en vacaciones á las cinco de la mañana, hora á la cual jamás llegaba, y entrar en mi cuarto

cubierta con un gran abrigo de rayas que yo no conocía. Se aproximó á mi cama, me besó y me dijo:

« Mamá, quiero casarme. Amo y soy amada. Si no me caso con él, me muero. »

Le hice muchas reflexiones, diciendo que sería más cuerdo esperar al fin de sus estudios, pero insistió de tal manera, que en mi sueño accedí á su deseo.

Por la mañana al despertar conté mi sueño á la criada y á una obrera que tenía conmigo, pero me guardé de escribírselo á mi hija por no inspirarle la idea del matrimonio.

Á fin de julio recibí una carta de mi hija diciéndome que había salido bien de sus exámenes de segundo año y que llegaría aquel mismo día en el tren que llega á Saint-Amand á las 12 y 45 de la noche. Fuimos á esperarla, pero no llegó.

Á las cinco de la mañana fuimos despertadas por un campanillazo y mi hija entró en mi cuarto cubierta con un guardapolvo de rayas que había comprado unos días antes. Me besó y me repitió *palabra por palabra* lo mismo que había yo oído en sueños. Estaba medio dormida todavía y respondí:

« Ya me lo habías dicho. »

— ¿ Cómo puedo habértelo dicho si hace apenas ocho días que tomé esta decisión?

Entonces me acordé de mi sueño y la criada se lo contó. Mi hija no mostró asombro alguno y me dijo que ya había visto en sueños lo que debía suceder mucho tiempo después. Efectivamente, había visto Saint-Amand y la casa que ocupa actualmente mucho antes de venir á habitarlas por primera vez.

Mme Bavolin,
Saint-Amand (Cher).

XLVII. — A. Hace unos años teníamos una amiguita á quien su madre acababa de llevar á un colegio, en Écouen. En esa época soñé que veía á mi amiga pasar por la calle y que su madre venía á decirnos: « No he podido acostumbrarme á la idea de que mi hija estaba en el colegio y *he ido á buscarla.* » Uno ó dos días después de mi sueño, recibimos la visita de aquella señora. Yo le pregunté: « ¿ Está contenta en el colegio Margarita? » y ella respondió: « No saben ustedes, pues, lo que acabo de hacer. No podía acostumbrarme á que estuviera allí y *he ido á buscarla.* »

B. En Toul, donde vivíamos, había un mendigo que me impresionaba de un modo extraño, porque era repugnante en lo físico y en lo moral. Una noche soñé que llamaban á la puerta y en la obscuridad creí reconocer la silueta de aquel mendigo, que me dijo: « Señorita, estoy sin asilo; ¿ quiere usted albergarme por esta noche? » El día siguiente, no ya en sueños, sino en realidad, estaba en el comedor con mi hermana y una prima, cuando oí ruido hacia la puerta de la cocina. Fuí á ver y me encontré con el mendigo, que me dijo: « *Estoy sin asilo; ¿ quiere usted albergarme por esta noche?* »

Mlle Huber,
Nancy.

XLIX. — A. Á la edad de 11 años soñé que estaba cerca de un bosque, á la caída de la noche, delante de una tapia. Estaba solo y tenía ganas de llorar. Unos meses después me encontré en el mismo caso y en iguales condiciones.

B. En 1892, cuando acababa de ascender á sargento en el 119° (Havre) soñé que era maestro y la cosa me hizo reir, pues estaba lejos de pensar en tal cosa. Dos años después me encontraba en Stains en la misma escuela y con los mismos alumnos que había soñado.

C. En 1893 llamé á la puerta de la casa de mi padre, al volver de la Martinica, después de nueve años de ausencia. Mi padre, sin conocerme, me preguntó quién era yo y qué quería.

« Soy un viajero que le trae á usted noticias de su hijo, el que está en Normandía.

— ¿ Y el de la Martinica?

— De ese no tengo noticias. ¿Por qué me lo pregunta usted?

— *Porque esta noche he soñado que le veia ahi, cerca de la puerta, donde usted está ahora.* »

Y el pobre viejo se marchó llorando.

Conviene notar que mi padre había hablado de aquel sueño antes de verme y que mi vuelta no había sido anunciada de ningún modo.

LEGROS,

Director de escuela, Gros-Morne (Martinica).

LII. — Unos días después de mi boda, me dijo mi mujer: « Es extraordinario, pero hace seis meses soñé que me casaba contigo. Hice el relato de este sueño á mi madre y los dos nos reímos. Mi madre añadió que lo probable era que tú no pensases jamás en mí. »

Nótese que antes de aquella época no nos habíamos hablado nunca, *que no nos conocíamos* aún, viviendo en el mismo pueblo, que sólo nos habíamos visto de lejos y por casualidad y que no teníamos ningún amigo común.

Es, pues, extraordinario que aquella joven soñase que se casaba conmigo y que su sueño se haya realizado.

T.

Villeneuve-sur-Yonne.

Este sueño está en el límite de los que pueden ser explicados por causas conocidas, pues, en rigor, se puede admitir que aquella joven hubiera fijado la atención en el mancebo y que el sueño asociase ideas muy naturales. Puede no haber aquí más que una coincidencia fortuita.

LIII. — A. En el mes de febrero de 1888 estaba yo embarazada desde una época absolutamente desconocida por razones especiales. Como me encontrase muy fatigada, mi marido llamó á la partera, que me dijo: « Creo que será muy pronto. » El día siguiente me encontraba bien. El 1°. de

febrero me volví á indisponer y mi hermana, de un año menos que yo y soltera, que no sabía mis sufrimientos y vivía en otro barrio, me dijo: « Esta noche, estando medio dormida, he oído una voz que decía: « Tu hermana no debe inquietarse por sus dolores; *la criatura nacerá el 22 de junio.* » Yo repliqué: « Puesto que está usted tan bien enterado, ¿será un niño ó una niña? » Y la voz respondió: « No lo sé, pero no quedaréis nada contentos. » Teníamos ya dos varones y deseábamos una niña.

Naturalmente, nos burlamos todos de mi hermana y como mis indisposiciones duraban, estaba haciendo mis preparativos.

Pero pasaron febrero, marzo y abril y poco á poco acabamos por no reirnos de ella, que soportaba nuestras burlas sin que se quebrantase su convencimiento. Llegamos hasta admitir que sería niño, puesto que no debíamos quedar contentos y tan bien creímos en la predicción, que el 21 de junio preparé la cuna y todo lo necesario para el día siguiente. El 22 de junio, á las 10 de la mañana, la criatura vino al mundo. Era una niña, que hubiera sido aclamada si una hemorragia no me hubiera puesto á la muerte. Dos días después mi hijo mayor tuvo una bronquitis; mi hermana se puso enferma por primera vez en su vida; en seguida mi segundo hijo tuvo la difteria y sufrió la operación; mi hermana, que salió demasiado pronto para verle, pasó una angina muy grave; y por fin, mi padre, tres meses después, tuvo un accidente del que murió. No fuimos, ciertamente, muy dichosos.

B. Tenía mi hija tres semanas y no pudiendo yo darle el pecho, porque tenía abscesos, mi marido tuvo que ir á Manosque á buscar una nodriza que nos recomendaban y que debía venir el mismo día, viernes 13 de julio. Mis hijos estaban bien. El mayor estaba convaleciente y el pequeño tenía una salud de bronce. Una mañana dije á mi marido: « Es extraño; esta noche he soñado que estaba en un pueblo desconocido y buscando á la niñera de René me dijeron: Como

es *sábado*, ha ido á lavar. La busqué muy inquieta y encontrándola sola le pregunté : ¿ Y René ? ¿ Qué ha hecho usted de él ? Clotilde respondió : Señora, le he dejado detrás de esa pared. Fuí corriendo á buscarle y le encontré echado contra la pared, desnudo, con el cuerpo negro como el carbón y con un agujero en la garganta por el que salía la traquearteria. No estaba muerto, sin embargo. »

Mi marido se burló de mi sueño y de mi inquietud. Á las cuatro de la tarde, René, que estaba jugando con su padre, tuvo un golpe de tos muy rara, que le ahogaba. Llamamos á un médico y pronto se declaró la difteria.

Á las dos de la mañana del *sábado* 14 de julio, cuatro médicos se disponían á hacerle la operación de la traqueotomía. Todavía no se había descubierto el *serum*. El niño fué echado *desnudo* en una mesa, su *cuello fué abierto* y le pusieron *una cánula de plata en la traquearteria*. Casi estaba terminada la operación cuando la tráquea se desprendió del corchete que la sujetaba y el niño, ahogado por la sangre, *se puso negro*. Por fortuna, una fuerte dosis de ipecacuana produjo una tos que hizo subir la tráquea y pudieron cogerla. Durante la operación, mi marido, inclinándose hacia mí, me dijo : « ¡ Valentina, tu sueño de ayer, del que yo me burlaba !.. »

El niño es ahora mayor y está sano y bueno.

Mme X.,

Forcalquier.

LV. — El juez M. A... contó una mañana á su mujer y á su hija el sueño siguiente :

« Entraba yo en coche en el pueblo, cuando vi delante de la casa D... *dos ataúdes* y un cortejo fúnebre que se formaba detrás de ellos. Conocí á todos los asistentes : el prefecto, los jueces, las autoridades municipales, los parientes, y pregunté á un transeunte : « ¿ Quién ha muerto en la familia D... ? — ¿ No lo sabe usted ? Mme D... y su hijo han muerto en el mismo día y hoy es el entierro. »

El mismo día, al llegar á aquel pueblo, *M.* A... vió, en efecto, dos ataúdes delante de la casa D... y *los mismos asistentes que había visto en sueños*. No se atrevía casi á preguntar quiénes eran las personas que habían muerto, tan seguro estaba de oir las palabras del sueño. Se decidió por fin á detener á un transeunte y le hizo la pregunta. « ¿ No lo sabe usted ? le respondió. Mme D... y su hijo han muerto en el mismo día y hoy es el entierro. »

Lo que me parece más interesante en este sueño es que las palabras soñadas son exactamente las mismas que en la realidad. Hubo, pues, á la vez visión y audición premonitorias.

Puede usted estar seguro de la *perfecta autenticidad* del hecho. La familia A... quedó tan impresionada, que conserva un recuerdo absolutamente preciso.

H. Besson,

Pastor protestante, Orvin, près Brienne (Suiza).

LVI. — Soñé una vez que corriendo en bicicleta, venía un perro á interponerse en mi camino y que me caía rompiendo el pedal de la máquina.

Por la mañana conté el sueño á mi madre, la cual, sabiendo que muchas veces mis sueños se realizan, me aconsejó que no saliera. Así lo resolví, en efecto, pero á las once, en el momento de sentarnos á la mesa, el cartero nos trajo una carta diciéndonos que mi hermana, que vivía á unos ocho kilómetros, estaba enferma. Olvidando mi sueño y sin pensar más que en mi hermana, almorcé de prisa y salí en bicicleta. Mi viaje se realizó sin inconvenientes hasta el sitio en que me había visto la noche antes rodando por el polvo y rompiendo mi máquina. Apenas el sueño volvía á mi recuerdo, un enorme perro salió de una granja vecina y trató de morderme en la pierna. Sin reflexionar, quise darle un puntapié, perdí el equilibrio y me caí sobre la bicicleta cuyo pedal rompí, realizando así mi sueño en todos sus detalles.

Nótese que era aquella, lo menos, la centésima vez que hacía el mismo trayecto sin el menor accidente.

AMADEO BASSET,
Notario, Vitrac (Charente).

LVII. — El general Vaillant, que no era ni un visionario ni un espíritu pequeño, afirmó á uno de sus amigos que al marcharse al sitio de Roma, cuyas operaciones estaba encargado de dirigir, y sin saber los trabajos ejecutados para fortificar la plaza, vió en sueños muy distintamente, antes de llegar á Italia, el *sitio preciso* por donde convenía empezar el ataque. Como después vió, era en efecto el punto más débil de la defensa. Entrego á usted el hecho sin comentarios. Usted le clasificará sin duda en la categoría de las autosugestiones.

B. KIRCH,
Provisor retirado, Semur (Côte-d'Or).

Este sueño está también en el límite de los premonitorios, como el caso LII. El general Vaillant estaba entonces estudiando el plan de la toma de Roma, del que muchas veces me ha hablado él mismo. Se trata probablemente de un caso de actividad cerebral inconsciente.

LVIII. — A. Mi madre, que nació en 1800 y murió en 1886, padeció la fiebre en 1811 estando en un colegio en Aire-sur-la-Lys. En un acceso de delirio vió á su madre, María Luisa de Lannoy, en Estrée-Blanche (Pas-de-Calais), y pidió á gritos que la llevasen, porque la casa estaba ardiendo.

Un año después, en 1812, la casa de Estrée ardía en efecto y mi madre vió el incendio *exactamente* como le había visto en su fiebre de 1811.

B. En julio de 1887, habitaba yo Tatinghem, á cuatro kilómetros de Saint-Omer, y una persona que vivía en mi casa desde 1873, Mlle Estela Poulain, vió en sueños á su tía, Mme Leprêtre, que hablaba con ella. Mlle Poulain no pudo

distinguir sus facciones, pero *sabía* que era su tía. En aquel momento dieron las tres de la mañana.

Hacia las 12 ó la una, el tío de Estela, Mr. Leprêtre, llegó á mi casa para anunciarnos que su mujer, la tía de aquélla, había muerto, un poco antes de las tres de la madrugada, y había dicho á la religiosa que la cuidaba:

« ¡Qué desgracia! Ya no veré más á Estela ».

LEON LECOMTE,
Redactor en jefe de l'*Étudiant*, Paris.

Iba á terminar estos ejemplos cuando recorriendo antiguas cartas sobre estos problemas, acabo de encontrar una de la princesa Emma Carolath, del 5 de marzo de 1870, contándome un sueño del mismo orden y notablemente explícito.

Hele aquí, muy abreviado:

LIX. — Acababa de dormirme, muy alarmada por la salud de una persona querida, y me vi de pronto en un castillo desconocido y en una habitación octogonal tapizada de rojo. En ella había una cama, en la que estaba durmiendo la persona cuya salud me inquietaba. Una lámpara suspendida del techo inundaba de luz su cara pálida, pero sonriente, encuadrada por una opulenta cabellera negra. En la cabecera de la cama vi un cuadro cuyo asunto se grabó tan fuertemente en mi pensamiento que hubiera podido dibujarle al despertar: era un Cristo coronado de rosas por un genio celestial, y al pie unos versículos de Schiller, que leí.

Dos años después, tuve que ir de viaje á un castillo del fondo de Hungría y me detuve estremecida al entrar en el departamento que nos destinaron. Era el gabinete octogonal, tapizado de damasco rojo, y sobre la cama, el Cristo coronado de rosas y los versículos de Schiller.

Ese cuadro no ha sido nunca copiado ni reproducido y era imposible que yo le hubiera visto más que en sueños, como asimismo el gabinete octogonal.

EMMA, PRINCESA CAROLATH,
Wiesbaden.

Después de haber leído este conjunto de hechos, es imposible dudar que algunas veces se han visto en sueños cosas del porvenir.

Varios de esos sueños pueden explicarse naturalmente y así lo hemos hecho notar. Por ejemplo: no es más extraordinario soñar un número de la lotería que otro cualquiera, y como esos casos son muy raros, acaso los explica la coincidencia fortuita. Habría que conocer el número de estos casos para ver si excede notablemente del que arrojaría el cálculo de probabilidades. Pero la mayor parte de las premoniciones que acabamos de exponer no se explican.

Se trata de sueños que parecen haberse producido en un estado normal de salud y no en casos patológicos excepcionales. Esta misma previsión del porvenir ha sido observada en el estado de sonambulismo y de magnetismo. Los ejemplos de esto son muy numerosos, pero solamente señalaremos algunos.

El doctor Liébeault cita el hecho siguiente en su *Thérapeutique suggestive*:

LX. — En una familia de los alrededores de Nancy, dormían con frecuencia á una joven llamada Julia, la cual, una vez en estado de sonambulismo y como si fuera una inspiración, repetía en todas las sesiones que una parienta próxima de aquella familia moriría antes del 1°. de enero. Era el mes de noviembre de 1883. Aquella insistencia indujo al jefe de la familia, que olió un buen negocio, á hacer un seguro de 10 000 francos sobre la vida de la persona en cuestión, que estando sana, obtendría fácilmente un certificado de los médicos. Para hacer este negocio se dirigió á M. L..., al que escribió varias cartas, en una de las cuales le contaba el

motivo de sus gestiones. Esas cartas, que M. L... me ha enseñado, son prueba irrecusable de la profecía. No habiendo acuerdo sobre la cuestión de intereses, el asunto quedó en tal estado, pero algún tiempo después el prestatario sufrió una decepción pues la señora que debía morir antes del 1°. de enero, murió en efecto el 31 de diciembre, lo que está probado por una carta del 2 de enero dirigida á M. L.. y que éste guarda con las demás de la misma persona.

He aquí otro hecho no menos curioso comunicado á M. A. Erny por Mme Lecomte de Lisle, cuñada del poeta y prima de un amigo suyo:

LXI. — Un señor X... tuvo la idea de consultar á una mujer que echaba las cartas, y ésta le predijo que moriría de la picadura de una serpiente.

Este M. X... había rehusado siempre un empleo en la Martinica, isla reputada por sus abundantes serpientes, que son de las más peligrosas.

Por último M. B... director del Interior en la Guadalupe, le decidió á aceptar un buen empleo á sus órdenes en esta colonia, donde nunca ha habido serpientes, á pesar de su proximidad con la Martinica.

Nadie escapa á su destino, dice un refrán, que una vez más se realizó.

Terminado el tiempo de su residencia en la Guadalupe, M. X... volvía á Francia y en la escala de la Martinica no se atrevió siquiera á ir á tierra por unas horas.

Como de costumbre unas negras fueron á vender fruta á bordo del vapor y M. X..., que tenía mucha sed, compró una naranja del cesto de una de las negras, pero en seguida lanzó un grito y dijo que había sentido una picadura. La negra volcó el cesto y se vió una serpiente oculta entre las hojas que le guarnecían. Se mató á la serpiente, pero M. X... murió unas horas después.

M. Myers cita el caso siguiente de repetición de un sueño premonitorio :

LXII. — Hace sesenta años murió una Mme Carleton, en el condado de Leitrim, que era amiga íntima de mi madre, y pocos días después de su muerte se le apareció en sueños y le dijo que mi madre no la vería más soñando, excepto una vez, que sería 24 horas antes de su muerte.

En marzo de 1864, mi madre vivía con mi yerno y mi hija, en Dalkey. El 2 de marzo por la noche, mi madre subió á su cuarto, muy animada, alegre y bromeando con mi hija. Aquella misma madrugada, mi yerno oyó ruido en el cuarto de mi madre, despertó á su mujer y la envió á ver lo que pasaba. Encontró á mi madre con el cuerpo fuera de la cama y con una gran expresión de horror pintada en su fisonomía. Se le prodigaron los mayores cuidados y por la mañana pareció recobrar su estado normal. Se desayunó, como de costumbre, en la cama y muy alegremente y rogó á mi hija que ordenase á la criada le preparase un baño. Envió en seguida á buscar á su hija y le dijo que Mme Carleton se le había aparecido, después de un intervalo de 56 años y le había hablado de su muerte, muy próxima, y que moriría el día siguiente á la misma hora en que yo la había encontrado como ya he dicho. Añadió que, por precaución, había tomado un baño para evitar que lavaran su cuerpo. Empezó entonces á declinar poco á poco y murió en la mañana del 4 de marzo á la hora que había dicho. Mi madre me había dicho siempre que recibiría á Mme Carleton antes de su muerte.

TOMÁS JAMES NORRIS,
Darbrey (Irlanda).

Siguen los testimonios.

M. Myers escribe acerca de esto :

Hay, dice, tres explicaciones posibles para este echo : Estoy muy dispuesto á admitir que la difunta Mme Carleton conocía realmente la enfermedad que amenazaba á su amiga y que los dos sueños fueron producidos telepáticamente por un espíritu *desencarnado* en otro *encarnado*, pero podemos también suponer que el primer sueño, aunque puramente accidental, hizo tan profunda impresión, que al reproducirse por azar, equivalió á una autosugestión de muerte. Podemos también suponer que el primer sueño fué accidental y el segundo simbólico y producido por alguna sensación orgánica que preludiaba la muerte inminente, percibida durante el sueño antes que en el estado de vigilia.

Hay sin embargo casos en los que esas predicciones de muerte en sueños, son hechas con tanta anticipación y con tanta latitud en cuanto á la fecha fijada para la muerte, que es difícil concebir que sea la autosugestión la que produce el resultado.

No empezaremos aquí la discusión del gran problema de la comunicación con los muertos, que exigiría para él solo desarrollos extraordinarios, aun en el caso de que llegáramos á dilucidarlo. Tenemos un número considerable de ejemplos cuyo análisis exige un trabajo más concienzudo todavía que el que ha presidido á las investigaciones precedentes, en las que no hemos salido del límite de los seres vivientes.

Lo que hemos querido establecer por la publicación de estos sueños premonitorios, es que, realmente, los ha habido que han PREVISTO Y ANUNCIADO EL PORVENIR, *con precisión*. No se trata de presentimientos vagos ó de predicciones alambicadas de doble y de triple sentido, como las de Nostradamus, y que pueden aplicarse *á posteriori* á muchos sucesos diferentes, sino de la *vista real y exácta* de lo que en seguida ha sucedido.

Por el momento no iremos más lejos. El ser humano está dotado de facultades desconocidas todavía, que permiten ver de lejos en el espacio y en el tiempo. Esto es lo que queríamos demostrar por un conjunto de testimonios satisfactorios.

No ha llegado aún la hora de buscar esas leyes. Se ha podido observar que estos sueños se refieren á veces á las cosas más vulgares de la vida diaria. Pero se debe confesar, por otra parte, que la vida humana terrestre está, en general, compuesta de esos hechos fútiles.

De que se haya visto el porvenir en ciertos sueños excepcionales, no hay que deducir que se puedan interpretar todos los sueños. Sería este un error completo y no aconsejaré que se consulte á nadie sobre el porvenir.

Nos falta espacio para tratar en estos volúmenes de la cuestión de los *presentimientos*, así como de la adivinación del porvenir estando despiertos, y nos vemos obligados á dejar para otra ocasión esos interesantes estudios. También examinaremos en seguida la curiosa impresión *de haber ya visto las cosas*. Después llegaremos al eterno problema del libre albedrío y del destino y haremos constar que el porvenir existe tan seguramente como el pasado y como el presente, determinado por las causas que le producirán, en virtud de ese principio absoluto de que no hay efecto sin causa. El alma humana, con todas sus facultades, es una de esas causas.

No se puede hacer todo al mismo tiempo y más

bien tengo que pedir excusas á mis lectores por haberles sometido á tan larga atención. Pero importaba ante todo hacer una *clasificación metódica* de los fenómenos, empezar por los más seguros, estudiarlos sucesiva y metódicamente y admitir desde luego lo que parece demostrado á nuestra razón como certeza moral.

Las manifestaciones telepáticas de los moribundos (1), la transmisión del pensamiento, la acción psíquica de un ser humano sobre otro, á distancia, sin el intermedio de los sentidos, la vista á distancia y la previsión del porvenir en sueños y en sonambulismo, son para nosotros *hechos ciertos*. Nos ha parecido lógico comenzar por ahí nuestra investigación del mundo invisible.

(1) Véase el primer volumen.

CONCLUSIÓN

Los documentos presentados en estos volúmenes á la atención de los amigos de la verdad, están lejos de abrazar el conjunto de los fenómenos psíquicos, pero nos llevan ya á algunas conclusiones preliminares.

El fin de estos estudios es saber si el alma humana existe como entidad independiente del cuerpo y si sobrevive á la destrucción de éste.

Pues bien, los hechos que acaban de ser expuestos favorecen casi todos la idea de esa existencia.

Es cierto que un alma puede ejercer influencia sobre otra, á distancia y sin el auxilio de los sentidos.

Gran número de muertes han sido sabidas por comunicaciones telepáticas, apariciones objetivas ó subjetivas, llamadas de voces, cantos, ruidos y movimientos ficticios ó reales, é impresiones diversas. No se puede tener duda alguna sobre este punto. Luego el alma obra á distancia.

La sugestión mental es igualmente cierta.

La comunicación psíquica entre vivos no está menos probada por suficiente número de observaciones. Existen las corrientes psíquicas, como existen las corrientes aéreas, eléctricas, magnéticas, etc.

La abundancia de testimonios recientes y contemporáneos nos ha impedido citar los relatos antiguos, que

son extremadamente numerosos y la mayor parte de los cuales se presentan con todos los caracteres de una incontestable autenticidad. Acaso los describiremos un dia con todos sus interesantes detalles. Recordemos solamente los principales.

La telepatía era casi uno de los lugares comunes de la literatura antigua. Las obras de Homero, de Eurípides, de Ovidio, de Virgilio, de Cicerón, ponen con frecuencia en escena manifestaciones de moribundos y de muertos, apariciones, evocaciones y realizaciones de sueños premonitorios.

Uno de los más antiguos relatos de ese género es el de la Biblia, en el *Libro de Samuel;* el rey Saúl consultando á la pitonisa de Endor y viendo aparecer ante él el fantasma del profeta Samuel. Si este relato no es más que un cuento, lo que no está demostrado, indica al menos las creencias de aquella época lejana.

Se puede leer en PLUTARCO la trágica historia del asesinato de Julio César y el sueño premonitorio de su mujer Calpurnia, que hizo cuanto pudo para impedir que fuera al Senado. Al leer aquel relato parece que se oye la voz del destino y se ven curiosos signos premonitorios, como el hecho de abrirse las ventanas de la alcoba de César, etc., análogos á los que acabamos de estudiar.

Bruto y Casio eran, seguramente, unos espíritus fuertes y escépticos, impregnados en la filosofía de Epicúreo. Puede leerse también en PLUTARCO la aparición de un fantasma á Bruto, en su tienda, para darle cita en la llanura de Filipos, donde debía encontrar la muerte.

Si Julio César hubiera sido menos incrédulo en lo que concierne á los sueños, hubiera acaso escuchado el ruego de su mujer. Augusto estuvo mejor inspirado en la batalla de Filipos. Un sueño de un amigo suyo le hizo salirse de su tienda y poco después el campo fué tomado y su tienda y su cama acribillada de estocadas (SUETONIO, *Augusto*, XCI).

Cicerón cuenta en su libro sobre la *Adivinación* la aparición de Tiberio Graco á su hermano, el sueño de Simonides recompensado por una sombra por haber dado sepultura á su cuerpo, y el del viajero de Megaro que yo he consignado en Urania.

Valerio Máximo señala (VII, § I, 8) el sueño premonitorio de Alterio Rufo, que asistiendo á un combate de gladiadores, fué muerto por un reciario que había visto en sueños la noche anterior, y en el momento en que acababa de contar ese sueño á sus amigos.

Se puede leer en el mismo autor el sueño premonitorio del rey Creso, que vió á su hijo muerto por un hierro homicida. Le confió de resultas del sueño á un guarda para preservarle de todos los peligros, y ese guarda le mató en una cacería de jabalíes (VII, § II, 4).

Plinio el Joven cuenta en sus *Cartas* (Lib. VII) la historia de una casa embrujada, en Atenas, y de una sepultura reclamada por un espectro.

Vopisco señala la predicción hecha por una druida á Diocleciano de su destino futuro.

Gregorio de Tours afirma que el día de la muerte de san Martín, en Tours (año 400), san Ambrosio, obispo de Milán, vió y conoció esa muerte durante un síncope.

Se sabe que sucedió lo mismo en el siglo XVIII con san Alfonso de Ligorio á la muerte del papa Clemente XIV. (Stella, pág. 73). Esos ejemplos no son raros en la vida de los santos, pero en modo alguno prueban santidad ni son, mucho menos, milagros, como lo creen los canonizadores.

En 1348, Petrarca vió á su querida Laura aparecérsele en sueños el día en que exhaló el último suspiro y consagró á ese recuerdo una hermosa poesía (*El triunfo de la muerte*).

El papa Pío II (Æneas Silvius) cuenta en su *Historia de Bohemia*, que Carlos, hijo de Juan, rey de Bohemia, después emperador Carlos IV, fué advertido por un sueño de la muerte del delfín (26 agosto 1336). Debo el conocimiento de esta relación á M. Mourrel, de Monestier, que me señala también la aparición de un moribundo descrita por Nicolás Charrier, abogado del Parlamento de Grenoble en el siglo XVII.

Juana de Arco predijo su propia muerte.

Á Catalina de Médicis le predijeron que sus tres hijos serían reyes.

Juan Stoeffler, astrólogo (1472-1530), anunció la fecha de su muerte y cómo moriría (caída de un objeto sobre su cabeza).

Francisco de Belleforest, autor de las *Historias Prodigiosas* (1571) cuenta que se le apareció su padre en un jardín en el momento de morir, y que él no sabía que estuviese enfermo.

Montluc da cuenta en sus *Comentarios* de un curioso sueño que le hizo ver, la víspera del suceso, la muerte

de Enrique II atravesado por una lanza en el torneo de Montgomery (30 junio 1559). Este hecho me ha sido recordado por Mme Villeneuve de Nérac.

La reina de Navarra, Margarita de Angulema, estando en el convento de Tusson (Charente), oyó que la llamaba su hermano Francisco I° en el momento en que éste moría en Rambouillet.

Francisco Bacon cuenta (*Sylva sylvarum*, 10ª centuria, 986) que una visión en sueños le presagió la muerte de su padre, entre Londres y París (1578).

Sully pone en sus *Memorias* (VII, 383) los presentimientos siguientes en la boca de Enrique IV : « Me han dicho que debía ser muerto en la primera solemnidad que hiciera y que moriré en una carroza, y por eso soy tan miedoso. ¡Si se pudiera no hacer esa maldita consagración!... »

David Fabricius, astrónomo alemán, al que se debe el descubrimiento de la estrella variable Mira Ceti, predijo que moriría el 7 de mayo de 1617. Ese día tomó todas las precauciones para evitarlo y no salió de su casa. Por fin, á las 10 de la noche, salió á tomar el aire y un campesino le mató de un golpe con una horquilla.

El abad de San Pedro (1658-1743) cuenta que el cura Bezuel vió á su camarada Desfontaines, muerto la antevíspera, y habló con él durante largo tiempo.

Swedenborg describió, el 10 de julio de 1759, á 200 kilómetros de Estocolmo, los detalles de un incendio (Urania).

Carlos Nodier cuenta (*Jean-François les Bas-Bleus*) que el 16 de octubre de 1793, el joven á quien se llamaba así en Besançon, predijo la ejecución de María Antonieta, con gran estupefacción del público.

No inscribo la predicción de Cazotte, porque parece un cuento arreglado por Laharpe. Mis investigaciones me han dado el mismo resultado respecto de la pretendida visión de Carlos XI.

Gratien de Semur expone en su tratado de los errores y de los prejuicios, que una amiga de su familia, Mme Saulce, casada con un rico colono de Santo Domingo, exclamó un día jugando á las cartas : « M. Saulce ha muerto » y cayó desmayada. Aquel mismo día su marido fué asesinado por los negros.

Recordamos brevemente los principales de estos hechos antiguos, de valor muy diverso seguramente, para demostrar que no datan de hoy. Es de desear que su estudio científico los haga salir de las sombras de la leyenda y de la superstición.

Nos falta igualmente el espacio para analizar en detalle cada uno de los casos que hemos registrado en esta obra y para establecer desde luego que hay gran número de *causas diversas* en esos fenómenos. Hemos querido ante todo probar la realidad de las manifestaciones de los moribundos (1), de la acción psíquica á distancia, de las comunicaciones mentales, del conocimiento de las cosas por el espíritu sin el auxilio de los sentidos.

Se puede *ver sin ojos y oir sin orejas*, no por una

(1) Véase la obra « *Lo Desconocido* », del mismo autor. Viuda de Ch. Bouret. París.

hiperestesia del sentido de la vista ó del oído, pues estas observaciones prueban lo contrario, sino por un sentido interior, psíquico, mental.

La vista interior del alma, no sólo puede ver lo que pasa lejos y á distancias considerables, sino que puede conocer de antemano *lo que sucederá en el porvenir*. El porvenir existe potencialmente y determinado por causas que traerán los efectos sucesivos.

La observación positiva prueba la existencia de un mundo psíquico tan real como el que conocen nuestros sentidos físicos.

Ahora, de que el alma obre á distancia por una fuerza que le es propia, ¿ podemos deducir que existe como ser real y que no es una resultante de las funciones del cerebro?

¿ Existe realmente la luz?

¿ Existe el calor?

¿ Existe el sonido?

NO.

No son más que manifestaciones del movimiento.

Lo que llamamos *luz* es una sensasión producida en nuestro nervio óptico por las vibraciones del éter comprendidas entre los 400 y 756 trillones por segundo, ondulaciones obscuras en sí mismas.

Lo que llamamos *calor* es una sensación producida por vibraciones cuyo número está comprendido entre 350 y 600 trillones.

El sol alumbra el espacio á media noche como á medio día y sin embargo el espacio permanece sombrío. Su temperatura es de unos 270 grados bajo cero.

Lo que llamamos sonido es una sensación producida en nuestro nervio auditivo por vibraciones del aire, silenciosas en sí mismas, comprendidas entre 32000 y 36000 por segundo.

¿ Existe la electricidad ó es tan sólo un modo de movimiento? El porvenir de la ciencia nos lo enseñará. (Es probable que exista como entidad real. ¿ El éter no será una substancia eléctrica?)

La palabra *atracción* no fué empleada por Newton más que para representar la manera como los cuerpos celestes se mueven en el espacio. « Las cosas suceden, pues, *como* si esos cuerpos se atrajeran. » La esencia, la naturaleza de esa fuerza aparente, nadie la conoce.

Gran número de términos científicos no representan más que efectos, y no causas.

Pudiera suceder que el alma estuviera en el mismo caso.

Las observaciones expuestas en esta obra, las sensaciones, las impresiones, las visiones, las audiciones, etc., podrían ser *efectos físicos producidos entre cerebros*.

Sí, sin duda. Pero no parece que son tal cosa.

Examinemos un ejemplo.

Una joven, adorada por su marido, muere en Moscou. Su suegro, que está en Poulkovo, cerca de San Petersburgo, la ve á la misma hora á su lado, acompañándole por la calle, hasta que desaparece. Penetrado de sorpresa y de espanto, telegrafía á su hijo y sabe á la vez la enfermedad y la muerte de la joven.

Estamos absolutamente obligados á admitir que « algo » ha emanado de la moribunda y ha ido á impresionar á su suegro. Ese « algo » desconocido puede ser un movimiento etéreo, como en el caso de la luz; un efecto, un producto, un resultado. Pero ese efecto tiene una causa y esa causa está evidentemente en la moribunda. ¿Puede la constitución del cerebro explicar esa proyección? No creo que ningún anatomista ni ningún fisiólogo se atrevan á responder afirmativamente. Se ve en esto una propiedad, *no del organismo físico*, sino del *ser que piensa*.

Tomemos otro ejemplo de « *Lo Desconocido* ».

Una señora oye en su casa una voz que canta, la voz de una amiga que está en el convento, y cae desmayada porque comprende que aquella voz es la de una muerta. *En el mismo momento*, aquella amiga moría, en efecto, á 40 kilómetros de distancia.

¿No tenemos aquí también la impresión de una comunicación de alma á alma?

Otro ejemplo aún :

La mujer de un capitán que está en las Indias, ve una noche á su marido en pie delante de ella, con las manos en el pecho y aspecto de sufrimiento. La conmoción que siente aquella mujer le convence de que su marido está muerto ó gravemente herido. Era el 14 de noviembre y el ministerio de la Guerra anuncia que el oficial ha muerto el 15. La viuda hace comprobar esta fecha y resulta que no fué el 15, sino el 14 cuando murió.

Un niño de seis años deja de jugar y exclama; « ¡Mamá! ¡He visto á mamá! » En aquel mismo instante murió su madre lejos de allí.

Una joven que está en un baile, se detiene de pronto y grita deshecha en lágrimas : « ¡Mi padre ha muerto; acabo de verle! » En el momento mismo moría su padre, que ella no sabía estuviese enfermo.

Todos estos hechos se nos presentan, no como indicación de actos fisiológicos del cerebro, sino como relaciones psíquicas de espíritu á espíritu.

Es, sin duda, difícil distinguir lo que pertenece al espíritu, al alma, y lo que corresponde al cerebro. No podemos dejarnos guiar en nuestros juicios más que por el sentimiento íntimo que resulta en nosotros de la discusión de los fenómenos. Así es como han sido fundadas todas las ciencias. ¿No siente en esto todo el mundo que se trata de manifestaciones de un ser pensante y no, solamente, de hechos fisiológicos y materiales ó de transformaciones de la energía física?

Esta impresión está plenamente confirmada por las facultades del alma desconocidas que se ponen en juego en los sueños y en el sonambulismo.

Un hermano sabe la muerte de su hermana por una horrible pesadilla.

Un hombre sueña que ve caerse por una ventana una joven á quien no conoce.

Una señora ve en sueños ahogarse á una amiga suya.

Una madre ve á su hija en un camino y cubierta de sangre.

Una señora va en sueños á visitar á su marido en

un buque lejano y el marido recibe realmente esa visita, vista por una tercera persona.

Una mujer magnetizada describe el interior del cuerpo de su madre moribunda y la autopsia confirma enteramente aquella descripción.

Un hombre ve en sueños á una amiga llegar en el ferrocarril, sin que pudiera prever tal viaje.

Una joven ve en sueños al hombre desconocido con quien debe casarse después.

Un magistrado ve con tres años de anticipación y con todos sus detalles la perpetración de un crimen.

Varias personas ven de antemano una ciudad, un paisaje y situaciones en que se encuentran mucho después.

Una madre oye con seis meses de anticipación á su hija anunciarle un casamiento imprevisto.

La acción psíquica de un espíritu sobre otro; la comunicación á distancia existen tan seguramente como las corrientes eléctricas y magnéticas de la atmósfera.

Se trata de facultades del alma desconocidas. Tal es, al menos, mi impresión. No me parece que se puede razonablemente atribuir la previsión del porvenir y la vista mental á una producción nerviosa del cerebro.

El cerebro no es más que un órgano, como el nervio óptico ó el auditivo. El alma, el espíritu, el ser intelectual obra y percibe por él, pero no es una propiedad física suya.

La adivinación del porvenir es acaso lo que hay más

extraordinario, pues para que exista es preciso que el porvenir esté determinado de antemano con certeza por las causas que le producirán. Observemos que un solo hecho de ese género, exactamente comprobado, probaría la tesis. Y no es sólo un hecho lo que tenemos delante de los ojos, sino centenares de ellos. Nos falta el espacio y no es este el lugar para discutir el grave problema del libre albedrío y de la fatalidad. Recordaremos solamente estas palabras de Laplace: « Los sucesos actuales tienen con los precedentes una unión fundada en el principio evidente que una cosa no puede empezar á ser sin que una causa la produzca. Este axioma, conocido con el nombre de *principio de la razón suficiente*, se extiende á las acciones más indiferentes. La voluntad más libre no puede dar nacimiento á esas acciones sin un motivo determinante, pues si siendo exactamente las mismas todas las circustancias de dos posiciones, la voluntad obrase en una y se abstuviese en otra, su elección sería un efecto sin causa. Eso sería, dice Leibnitz, el azar ciego de los epicúreos. La opinión contraria es una ilusión del espíritu, que perdiendo de vista las razones fugitivas de la elección de la voluntad en las cosas indiferentes, se persuade de que se ha determinado por sí misma y sin motivos. Debemos, pues, considerar el estado actual del universo como efecto de su estado anterior y como causa del que vendrá después. Una inteligencia que conociese todas las fuerzas de que la naturaleza está animada y la situación respectiva de los seres que la componen, si era bastante vasta para

someter todos esos datos al análisis, abrazaría en la misma fórmula los movimientos de los más grandes cuerpos del universo y los del más ligero átomo; nada sería incierto para ella y tanto el porvenir como el pasado estarían presentes á sus ojos. El espíritu humano ofrece en la perfección que ha sabido dar á la astronomía un ligero boceto de esa inteligencia » (1).

Si el porvenir es inevitable ¿qué es de nuestra libertad? La filosofía conciliará sin duda un día esa contradicción aparente, pues tenemos la conciencia de poder elegir y el sentimiento de la utilidad de los esfuerzos realizados, y todo el progreso de los pueblos occidentales es debido precisamente á la acción intelectual opuesta al fatalismo de los orientales. Hechos contradictorios en apariencia se explican hoy por el conocimiento de las cosas, por ejemplo, la elevación, el cambio de lugar de un pesado pedazo de hierro por la influencia de un imán. La ascensión de un globo es tan natural como la caída de una piedra. Que los moralistas no arguyan, pues, las consecuencias de cierta necesidad determinada de antemano, para negarse á admitir las previsiones del porvenir reconocidas y comprobadas. Las contradicciones no son más que aparentes. El determinismo no es el fatalismo.

Los fenómenos que estudiamos no están acaso tan lejos como parece de los razonamientos de la ciencia positiva.

Creo preciso ó negar todos estos hechos ó admitir

(1) Laplace, *Essai analytique sur les probabilités*, 1814, p. 3.

que denotan una causa intelectual, espiritual y de orden psíquico, y pienso que los escépticos preferirán negarlos y considerarlos como ilusiones ó casualidades, lo que es más cómodo. Los intransigentes rebeldes hasta á la evidencia serán aún más absolutos y declararán que los autores de estos relatos extravagantes son unos farsantes que me han escrito para engañarme y que lo mismo ha sucedido en todos los siglos á los pensadores que han tratado estas cuestiones.

¿Sería verdaderamente posible negarnos á aceptar todos los testimonios humanos? No creo que tengamos ese derecho. Los que han sido comprobados, han hecho ver su verdad y su autenticidad. No han sido imaginados ó arreglados *á posteriori*, sino que, por el contrario, lo que choca es su espontaneidad y con frecuencia ha sido el deseo de obtener una explicación de esos aparentes misterios lo que ha guiado á mis corresponsales al escribirme. Todos los relatos no ofrecen sin duda la misma garantía y muchos pueden haberse transformado en la memoria de los narradores y adaptados más estrictamente á los acontecimientos, pero no por eso han sido inventados ni son fabulosos. Recusar todos estos testimonios conduciría á recusar las relaciones de todo lo que sucede al rededor nuestro en la vida, bajo el pretexto de que no se ha comprobado todo ó de que ciertos detalles no son exactos. Me atengo en esto al razonamiento de Emmanuel Kant, citado en « Lo Desconocido » y á lo que allí he dicho sobre el particular.

Tal es, al menos, mi impresión, y la someto á los

lectores deseosos de llegar á la verdad y sin tener en modo alguno la presunción de imponer mis opiniones á nadie. Trato solamente de poner las cosas en su punto, como un astrónomo coloca su anteojo, como un fotógrafo delante de un paisaje ó un naturalista armado de un microscopio.

Estos fenómenos prueban, para mí, que el alma existe y que está dotada de facultades aún desconocidas. Lo lógico era empezar por aquí nuestros estudios, cuya continuación nos conducirá al problema de la supervivencia y de la inmortalidad. Un pensamiento puede transmitirse de un espíritu á otro. Hay *transmisiones mentales, comunicaciones de pensamientos, corrientes psíquicas* entre las almas humanas. El *espacio* no parece un obstáculo y el *tiempo* resulta á veces como anulado.

¿Cuál es el modo de energía que funciona en esas transmisiones? Es imposible decirlo actualmente. Cierto número de las impresiones experimentadas hacen pensar en el modo de obrar del rayo y de la electricidad. No sería irracional pensar que ese agente estuviese mucho más íntimamente asociado al organismo humano de lo que se ha creído hasta aquí. Pero repito que no ha llegado la hora de las teorías.

Siendo relativamente raros y no teniendo la vulgaridad de las cosas ordinarias de la vida cotidiana, esos hechos son mucho más numerosos de lo que se ha creído hasta hoy. Hemos visto antes que en la información abierta por mí en el mes de marzo de 1899 recibí 1130. Añadiendo los que he recibido durante la impresión de estos volúmenes, pasan de 1200. En el curso de la obra se han podido apreciar numerosos fenómenos de orden psíquico que indican la existencia de fuerzas aun desconocidas que obran entre los seres pensantes y los ponen en comunicación latente los unos con los otros. Aun dando lo que corresponde á las variaciones de la memoria y á la imaginación de los narradores, es imposible no ver en esos testimonios un fondo de verdad y de sinceridad incontestables. Por otra parte, ciertas observaciones y ciertos experimentos han sido relatados con tal cuidado de no dejar deslizarse error alguno, que llevan en sí mismos los caracteres de la autenticidad científica más absoluta y mejor comprobada. Y ahora que se ha llamado la atención general sobre esta clase de hechos, se observará un número mucho mayor, pues muchos pasaban inadvertidos ó no se les atribuía ningún valor. En astronomía, una vez que los astros han sido descubiertos, todo el mundo los ve.

Creo que del conjunto de los hechos expuestos se deducen lógicamente las siguientes conclusiones :

1ª EL ALMA EXISTE COMO SER REAL, INDEPENDIENTE DEL CUERPO.

2ª EL ALMA ESTÁ DOTADA DE FACULTADES DESCONOCIDAS AÚN PARA LA CIENCIA.

3ª EL ALMA PUEDE OBRAR Y PERCIBIR Á DISTANCIA SIN LA MEDIACIÓN DE LOS SENTIDOS.

4ª EL PORVENIR ESTÁ PREPARADO DE ANTEMANO Y

DETERMINADO POR LAS CAUSAS QUE LE PRODUCIRÁN. EL ALMA LE PERCIBE ALGUNAS VECES.

Se han presentado ya otras observaciones, especialmente en lo que concierne á los duplicados de los vivientes, al cuerpo etéreo ó astral y á las manifestaciones de los muertos; pero los cuatro puntos que preceden me parecen afirmados y demostrados.

En cuanto á las explicaciones, lo cuerdo es no pretender tenerlas. He demostrado muchas veces en esta obra que no son necesarias para admitir los hechos. Se padecen, en general, en este punto, ilusiones muy singulares. En el tiempo de los poseídos de Loudun ó de los convulsionarios de Saint-Medard, los efectos de la sugestión y del hipnotismo eran desconocidos y se declaraba que aquellos fenómenos eran fraudulentos ó diabólicos. Hoy vemos que no eran ni lo uno ni lo otro. Ahora se oye con frecuencia decir para explicarlo todo: « Eso es hipnotismo; eso es sugestión; eso es subconciencia. » Otro error. « Eso » puede no ser ninguna de tales cosas y existir, sin embargo. No cerremos el círculo de nuestros conceptos, no establezcamos escuelas ni sistemas, no pretendamos que actualmente todo debe explicarse para ser admitido. La ciencia está lejos de haber dicho la última palabra en nada.

Estos estudios exceden con mucho de la extensión que había querido darles. Pero mi plan restringido me obligaba á tantas condensaciones y supresiones, que insensiblemente se ha impuesto un desarrollo mayor. Ser demasiado incompleto hubiera sido no probar nada

y he preferido tratar entera y metódicamente los asuntos en estudio, en vez de desflorar inútilmente un número demasiado grande. En esta especie de investigaciones son precisas pruebas acumuladas y convincentes y testimonios concordantes y numerosos. Era necesario ante todo probar y creo que la prueba queda hecha para todo espíritu libre, claro y de buena fe.

La continuación de estos estudios conduce á examinar los fenómenos del espiritismo y de los *mediums*, los del sonambulismo, los del hipnotismo, el conocimiento de los hechos lejanos y del porvenir fuera de los sueños, los presentimientos, los duplicados de vivos, el cuerpo astral, las apariciones y manifestaciones de muertos, las casas encantadas, los movimientos de objetos sin contacto, la brujería, la magia, etc.

Lo que podemos pensar desde hoy es que, descartando las farsas, las mentiras y las malicias, quedan hechos psíquicos verdaderos y dignos de la atención de los investigadores. Hemos entrado en el estudio de todo un mundo, tan antiguo como la humanidad, pero muy nuevo todavía para el método científico experimental y que empieza á abordarse simultáneamente en todos los países desde algunos años.

Es este un programa de estudios que yo quisiera llevar á cabo, si dispusiera del tiempo necesario. Pero por una parte, es prudente no entregarse por completo á esta especie de asuntos ocultos, pues se perdería la independencia de espíritu necesaria para juzgar imparcialmente, y por otra, la tierra da vueltas muy de prisa y los días pasan como sueños. Espero, sin embargo,

darme el placer científico de estudiar una parte de estos misterios, y lo que yo no haga otros lo harán, para que cada cual aporte su modesta piedra á la construcción de la pirámide futura.

Recordemos también que estos hechos son excepcionales. Los fenómenos psíquicos de todo orden, aun habiendo dejado de pertenecer al dominio morboso de las supersticiones, no dejarán de ser anormales. No debemos jamás abandonarnos á ellos prescindiendo del espíritu crítico, sin el cual la razón humana sería un engaño, ni se les debe considerar más que como *asuntos de estudio* interesantes para el conocimiento de nosotros mismos. Hay que confesar, en efecto, que lo que conocemos menos todavía es nuestra propia naturaleza. La máxima de Sócrates : « Conócete á ti mismo », puede aún inspirar nuestros más nobles pensamientos.

Todo autor es un director de almas. No se debe decir sino lo que se sabe y acaso no siempre conviene decir todo lo que se sabe, máxima que es aplicable hasta á la vida normal de todos los días.

Estudiemos, pues, trabajemos y esperemos. El conjunto de los hechos psíquicos demuestra que vivimos en medio de un mundo invisible, en el cual se ejercen fuerzas aún desconocidas, lo que está de acuerdo con lo que sabemos sobre el límite de nuestros sentidos terrestres y sobre los fenómenos de la naturaleza. Repitamos con Shakespeare el pensamiento que hemos escrito como epígrafe de un capítulo :

Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio,
las que puede soñar toda nuestra filosofía.

y digamos con Lamartine, volviendo á la filosofía astronómica :

La vida es un grado en la escala de los mundos
Que debemos franquear para llegar á otra parte.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

I. — La telepatía en los sueños. — Diversidad indefinida de los sueños. — Fisiología cerebral. — Sueños psíquicos. — Manifestaciones de moribundos sentidas durante el sueño. — Sueños telepáticos..... 1

II. — La vista á distancia, en sueños, de los hechos actuales..... 75

III. — Los sueños premonitorios y la adivinación del porvenir..... 124

Conclusión..... 166

París. Librería é Imprenta de la Vda de Ch. Bouret.